



FRANK McFAIR

EL CONFIDENTE



OBRA PUBLICADAS DE FRANK McFAIR

EN SELECCIONES «NEVADA»:

- «Hombres de rapiña», núm. 47.
- «Triple K», núm. 62.

EN EXTRAORDINARIA DEL OESTE:

- «Los libertadores de Texas», núm. 39.
- «Viento mortal», núm. 45.
- «Cinco ases y el comodín», núm. 55.
- «De sangre perversa», núm. 79.

EN F. B. I.:

- «Luchando en la sombra», núm. 5 (2.^a edición).
- «La ruta de la locura», núm. 8 (2.^a edición).
- «¡Sangre!», núm. 13 (2.^a edición).
- «Armonías de muerte», núm. 22.
- «La muerte alada», núm. 27.
- «Contrabando funesto», núm. 31.
- «Palestina en llamas», núm. 40.
- «La bestia escarlata», núm. 58.
- «Billetes malditos», núm. 61.
- «Comaradas enemigos», núm. 63.
- «Cita de madrugada», núm. 66.
- «Loup-Garou», núm. 69.
- «Mirad a las sombras», núm. 71.



SAN BERNARDO, 68. - MADRID.

COLECCION F. B. I.

ros publicados:

- 1.—CULPABLE!, por Alf Manz. (5.ª edición.)
- 2.—LA HORA GRIS, por Alf Manz. (4.ª edición.)
- 3.—EL REY DEL HAMPA, por Fred Baxter. (4.ª edic.)
- 4.—EL COBARDE, por Alf Manz. (3.ª edición.)
- 5.—LUCHANDO EN LA SOMBRA, por Frank McFair. (2.ª edición.)
- 6.—CONTRA SCOTLAND YARD, por Alf Manz. (3.ª edición.)
- 7.—SU ALTEZA EL LADRON, por Fred Baxter. (2.ª edición.)
- 8.—LA RUTA DE LA LOCURA, por Frank McFair. (2.ª edición.)
- 9.—A LA OFENSIVA, por Eddie Thorny. (2.ª edición.)
- 10.—LA REDADA, por O. C. Tavin. (2.ª edición.)
- 11.—SHANGHAI, por Alf Manz. (2.ª edición.)
- 12.—GUERRA DE GANGTERS, por Fred Baxter. (2.ª edición.)
- 13.—SANGRE!, por Fran McFair. (2.ª edición.)
- 14.—LA REBELION DE LOS MUERTOS, por Alar Benet. (2.ª edición.)
- 15.—EL HOMBRE DE LAS TRES CARAS, por A. G. Murphy. (2.ª edición.)
- 16.—TANGER, por Alf Manz. (3.ª edición.)
- 17.—TRAIDOR!, por O. C. Tavin. (2.ª edición.)
- 18.—TRAGEDIA EN BERLIN, por Eddie Thorny. (2.ª edición.)
- 19.—ALTA TRAICION, por Fred Baxter. (2.ª edición.)
- 20.—TERROR EN LA ACADEMIA DE QUANTICO, por Alf Manz. (2.ª edición.)
- 21.—EL DELATOR, por Alar Benet. (2.ª edición.)
- 22.—ARMONIAS DE MUERTE, por Frank McFair.
- 23.—DESTINOS CRUZADOS, por Alf Manz.
- 24.—PERSECUCION, por O. C. Tavin.
- 25.—UNA CIUDAD ABIERTA, por Eddie Thorny.
- 26.—HORAS TRAGICAS, por A. G. Murphy.
- 27.—LA MUERTE ALADA, por Frank McFair.
- 28.—DOCTOR X, por Alf Manz.
- 29.—EL COLOSO DE HIERRO, por Alar Benet.

- Núm. 30.—TRAMPAS MORTALES, por O. C. Tavin.
- » 31.—CONTRABANDO FUNESTO, por Frank McFair.
 - » 32.—NUEVA YORK-SAN FRANCISCO, por A. G. Murphy.
 - » 33.—ENTRE REJAS, por Alf Manz.
 - » 34.—MUERTE EN EL CARIBE, por Alar Benet.
 - » 35.—SECUESTRO, por O. C. Tavin.
 - » 36.—EL DUEÑO DEL MUNDO, por Eddie Thorny.
 - » 37.—HERMANO CONTRA HERMANO, por A. G. Murphy.
 - » 38.—FILLIBUSTEROS MODERNOS, por Fred Baxter.
 - » 39.—PALESTINA EN LLAMAS, por Frank McFair.
 - » 40.—LA LEY DEL TERROR, por Lewis Haroc.
 - » 41.—A LA DESESPERADA, por O. C. Tavin.
 - » 42.—LA PROMOCION DE LA MUERTE, por Alar Benet.
 - » 43.—TINIEBLAS, por Alf Manz.
 - » 44.—ESPIAS EN LA NOCHE, por Fred Baxter.
 - » 45.—FIDELIDAD, por Alar Benet.
 - » 46.—SIN CUARTEL, por A. G. Murphy.
 - » 47.—ARMOUR, EXPULSADO, por O. C. Tavin.
 - » 48.—
 - » 49.—LA MAFFIA, por Alf Manz.
 - » 50.—ALASKA, FINAL DE RUTA, por Lewis Haroc.
 - » 51.—TRAS EL TELON DE ACERO, por Alar Benet.
 - » 52.—GANGSTERS DE GUANTE BLANCO, por John L. Martin.
 - » 53.—ACUSADO!, por A. G. Murphy.
 - » 54.—MISTERIO EN VIENA, por O. C. Tavin.
 - » 55.—EL GENIO DEL MAL, por Alar Benet.
 - » 56.—HOMBRES ARMADOS, por Jak Brooklyn.
 - » 57.—FAVOROSA ELECCION, por O. C. Tavin.
 - » 58.—LA BESTIA ESCARLATA, por Frank McFair.
 - » 59.—HUELLAS DE ULTRATUMBA, Thomas Settee.
 - » 60.—S. O. S., por Lewis Haroc.
 - » 61.—BILLETES MALDITOS, por Frank McFair.
 - » 62.—CAMINO DE PERDICION, por John Nebot.
 - » 63.—CAMARADAS ENEMIGOS, por Frank McFair.
 - » 64.—A LA DERIVA, por Alar Benet.
 - » 65.—ODIO, por Alf Manz.
 - » 66.—CITA DE MADRUGADA, por Frank McFair.
 - » 67.—«KILLER» A SUELDO, por O. C. Tavin.
 - » 68.—MUERTE EN EL ATARDECER, por Eddie Thorny.
 - » 69.—LOUP-GAROU, por Frank McFair.
 - » 70.—PUNTO FINAL, por O. C. Tavin.
 - » 71.—¡MIRAD A LAS SOMBRAS!, por Frank McFair.
 - » 72.—ENTRE ESAS BRUMAS, por O. C. Tavin.
 - » 73.—TORTURA, por T. Wanton.

En preparación:

EL FINAL DE ROCCO.

I



ABÍA cuatro hombres reunidos en torno, a la mesa, y sobre ésta, toda una naturaleza muerta de botellas, emparedados y vasos. En una fuente, las ruinas de lo que fuera un gallo altivo y crestirrojo. Uno de los hombres se echó hacia atrás con un suspiro de satisfacción.

—¡Cielos! —dijo—. Me encuentro mejor que nunca —era un hombre de mediana estatura, pero muy ancho de hombros.

—Pronto tendrás qué empezarte a desabrochar el cinturón después de las comidas, Hillcrest —dijo otro de ellos, un rubio pajizo, cuyos párpados entornados tapaban casi siempre el color de sus pupilas.

Ni el más desconfiado de los policías, y ya se sabe que un policía

no tiene más remedio que serlo, hubiera podido encontrar, ni con microscopio, algún rasgo de hampón en ninguno de los cuatro hombres. Por el contrario, y de haber sido solamente cinco años más jóvenes, hubieran podido parecer escapados de cualquier Universidad, después de haber obtenido los primeros puestos en todas las asignaturas.

Hillcrest se echó a reír bonachonamente.

—No es hora de discutir sobre mi perímetro abdominal, muchachos, sino de intentar llegar a un acuerdo. Lattimer...

El rubio pajizo levantó los párpados con gesto perezoso.

—Lattimer —repitió Theodor Hillcrest—: ¿no has llegado a una conclusión?

—Y claro.

—Bueno, pues exponía. Te escucharíamos con mucho gusto, puedes creerlo. Principalmente, porque no desearía que nos separásemos hoy sin haber concretado en lo posible. Jansen, Doolittle, ¿conformes?

—Conformes —respondieron los otros dos.

Jansen era un escandinavo alto, delgado, con cara de intelectual que realizaban más todavía un par de lentes montados al aire. Doolittle no desmentía su nombre galés. Era bajo, moreno, de ojos soñadores, pero todos sabían que era seguramente, el más inteligente de los cuatro. Por lo menos, su inteligencia trabajaba siempre a doble velocidad que la del escandinavo y que la de la Sandy Lattimer, al cual el nombre parecía haberle sido impuesto pensando en cómo sería su pelo cuando creciese [1].

Gwen Doolittle aún añadió algo más a ese «conformes».

—Theodor —dijo—: ¿estás seguro de que valdrá la pena tanto como nos has expuesto?

—Claro, Gwen, completamente seguro. Eres desconfiado, como todos los buenos celtas. Pero no te preocupes. Habrá para todos y en cantidad apreciablemente superior a todas cuantas pudiéramos ganar trabajando toda la vida. Bien; parece que estamos conformes. Podemos ponernos al trabajo.

—Primero, armas —dijo Lattimer.

Gwen lo miró con desagrado.

—No te preocupes de ese detalle. Si me pescan algún día no me importaría ir desarmado. Siempre hay más probabilidades de salir

con vida si la Policía ve que no llevas armas. No comprendo el porqué de estar siempre pensando en cosas morbosas, tales como muerte y demás.

—Siempre fuiste muy blando, Gwen —respondió el rubio—. ¿Serías incapaz de tirar contra la Policía si ella metiese las narices en tus cosas?

Doolittle pensó un momento.

—No lo sé —respondió con sinceridad—. Pero, sea como sea, prefiero, no ir armado.

—La discusión sobre ese punto puede esperar —dijo Hillcrest, apoyando los codos sobre la mesa—. Ahora se trata únicamente de si alguno de nosotros no sentirá escrúpulos.

—Yo... —dijo Lattimer.

Y había un profundo desprecio en su vez. Los pesados párpados volvieron a descender sobre sus ojos, como dos cortinas. En aquel «yo» había todo un mundo de promesas de no arrepentimiento.

—Por mi parte, no —respondió Doolittle, con aquel perezoso acento galés que había heredado de su padre—. Cuando me quedé sin trabajo, después de terminada la guerra, el Tío Sam no me echó una mano. Lo siento, pero entonces perdió todas las simpatías que le había demostrado palpablemente cuando me alisté voluntario y me dejé herir por un japonés que también combatía por su patria. Maté al japonés, sí; pero contra mi voluntad. El Tío Sam me lo recompensó tratándome con la más completa indiferencia cuando necesité de él.

—Yo no fui a la guerra porque encontraron que mis servicios como ingeniero eran más útiles aquí que allá, pero cuando la guerra acabó, perdí mi empleo. En realidad, sólo me lo habían dado ínterin duraba la contienda —contribuyó Hillcrest—. No me importa en absoluto lo que vamos a hacer.

—Yo no fui a la guerra porque un amigo me extendió un «Cuatro-F». Pero me costó quinientos dólares. Claro que de esta manera era seguro que no arriesgaba la pelleja —terció Sandy Lattimer[2]). Pero no siento especial simpatía por los Estados Unidos. Ya sabéis cómo me trataban los compañeros en la Universidad. Tenía que hacer de camarero de los más ricos, y excepto vosotros cuatro, los demás me trataban peor que si fuese un negro o un piel roja.

Inconscientemente, todos se volvieron hacia Jansen, único que no había explicado las razones que pudiera tener para odiar a su país. Pero el intelectual escandinavo apretó firmemente los labios y no dijo nada.

—Bien; conformes —dijo Hillcrest—. Uno de nosotros tiene que asumir la autoridad del grupo. Habéis de tener en cuenta, que hemos de lidiar con hombres de los que desconocemos todo, Mi conocimiento del hampa es sumamente reducido, aun cuando no creo que nos falte el valor para no achicarnos ante un par de maleantes. Jansen y Doolittle han hecho la guerra y tienen medallas que acreditan que no estuvieron solamente en los campamentos de instrucción.

—Tú eres el más indicado —dijo Doolittle—. Reconozco que no me siento con autoridad de tomar el mando.

—Tonterías —dijo claramente Jansen—. Que sea Hillcrest la mano ejecutante, pero que sea Doolittle la cabeza rectora. Confieso que tengo gran confianza en él.

—Estoy por completo de acuerdo —dijo Hillcrest—. Y, por lo que más queráis, no olvidéis que si nos separamos estaremos perdidos. Cuatro inteligencias vivas y fértiles, pueden discutir perfectamente con la Policía.

Doolittle le miró fijamente.

—Empezaremos —dijo, con suavidad—, porque ninguno de los... adláteres que hayamos de utilizar sepa jamás quiénes somos. Creo que encontraremos la manera de arreglárnoslas. En seguida, pedir dinero adelantado. No se puede trabajar sin este requisito importante, y nuestros... amigos lo comprenderán perfectamente. Ellos están acostumbrados a gastar el dinero a manos llenas. En Italia, por ejemplo, los aduaneros se extrañaron de la enorme cantidad de menaje de cocina que necesitaba la Embajada de nuestros amigos. Examinadas las cacerolas y demás, que se suponía eran de aluminio, se encontraron con que, en realidad, estaban fabricadas con el elemento Setenta y Ocho. No necesito recordaros que dicho elemento es ese metal precioso que recibe el nombre de platino.

Los demás sonrieron débilmente.

—Propongo, entonces, que alquilemos una casa en algún sitio —dijo Jansen—. Los adláteres, como los llama Gwen, podrían ir allí,

pero llevados por nosotros en coche, por la noche y con los ojos vendados. No verían a nadie, y las voces podríamos disfrazarlas. Esto quizá sea muy melodramático, pero debe ser altamente eficaz.

—El sitio de emplazamiento de la casa debe ser cuidadosamente elegido —dijo Doolittle, asintiendo—. No lejos de la ciudad, pero tampoco dentro de ella. Sin casas alrededor, pero si hay algún vecino mantendremos amistosas relaciones con ellos. El que se mete en su concha, tarde o temprano acaba por atraer, sobre sí la curiosidad de los demás.

—Creo que tengo el sitio —dijo Jansen—. Por casualidad pasé un día por allí con mi coche y me gustó mucho. Está en Nueva York, en el Estado, a orillas del lago New Croton, en un pueblo llamado Kitchavan. Hay allí una reserva.

—Lo veremos —respondió Doolittle—. Pero conservaremos, para cuando queramos descansar, una de nuestras casas, cualquiera de ellas.

—¿Y por qué no las cuatro? —preguntó Lattimer.

—No nos conviene que cuatro grupos de vecinos empiecen a sospechar de nuestras andanzas. En cambio, nadie hará caso de cuatro jóvenes que se reúnen de cuando en cuando para pasar los fines de semana o una temporada larga. ¿De acuerdo?

—De acuerdo —dijo Hillcrest, que le había estado escuchando con mucha atención—. Jansen sabía lo que hacía cuando te eligió. Y ¿cuándo empezamos?

Doolittle entornó los ojos, hasta que las largas pestañas se los velaron.

—Dentro de diez días, yo. Pero antes hemos de alquilar la casa y ponernos de acuerdo con un individuo cualquiera. Se procurará que sea de la mayor confianza, pero, realmente, tampoco sabrá mucho. Creo que tengo la persona necesaria.

—Empezarás por...

—Exacto, empezaré por...

Y los cuatro hombres se echaron a reír, mientras se servían nuevas copas. Parecían cuatro intelectuales celebrando una fiesta estudiantil.

La casa ascendía veinticinco pisos sobre el suelo, y la mayor parte de ellos estaban ocupados por oficinas, que tenían algo que ver con la vida exterior e interior de la nación. Ni que decir tiene

que sus empleados eran escogidos siguiendo unas normas bastante rígidas e inflexibles. Muchos de ellos eran hijos de militares muertos durante la pasada contienda.

A las cinco de la tarde, expulsó de entre su enorme vientre de acero y cemento unos cuantos centenares de empleados activos y afanosos de encontrarse de nuevo en sus casas o en los bares, libres ya de la rutina diaria. Una joven, vestida de rojo, color muy indicado, porque tenía los cabellos de un rubio dorado, se paró un momento en la acera, mirando a su alrededor con aire contrariado. Varios de sus compañeros la empujaron al pasar, pero ella no pareció darse cuenta, sino que continuó en el mismo lugar hasta que, de pronto, vió algo que hizo que su carita se alegrase.

Hacia ella se dirigía un hombre de mediana estatura, de pelo muy oscuro y ojos negros, vestido con un elegante terno hecho a la medida, de color gris claro, y una corbata discreta, que resaltaba entre los insultantes colores de las de los hombres que pasaban a su lado. No siendo un hombre alto, sin embargo, algo había en él que lo hacía diferente de todos y que obligaba a las mujeres a mirarle dos veces.

Tampoco podía ser confundido con un latino, porque su pelo era sedoso y brillante, sin necesidad del aceite que emplean los italianos, y su tez, muy blanca.

La joven se dirigió hacia él, y el hombre del pelo oscuro le estrechó la mano cálidamente.

—Ven, tengo el coche aparcado muy cerca de aquí.

Y ambos, muy contentos, se dirigieron hacia la esquina, donde había un aparcadero casi embutido en la acera. Allí se metieron en un convertible azul claro e inmediatamente el hombre del pelo negro puso el coche en marcha.

—Daremos un paseo, querida —le dijo—. Estoy seguro de que te encontrarás muy cansada.

—Bastante —suspiró ella.

Pero era fácil ver que ahora todo su cansancio debía haber desaparecido, por la cara tan feliz que tenía. Para un observador casual no hubiera supuesto un gran esfuerzo de imaginación el darse cuenta de que estaba enamorada del hombre del pelo oscuro y que éste la correspondía.

El coche se zambulló entre el tráfico, guiado por una mano

experta. La joven se dejó caer hacia el respaldo y contempló perezosamente las casas y la gente.

—Se está bien así, Gwen —dijo—. ¡Qué lástima que el campo no esté más cerca de Nueva York! Me gustaría marcharme a él todas las tardes, después de salir de la oficina.

—Sí, claro, pero, bueno, ahí tenemos el parque. No es una selva virgen, pero hace bastante bien las veces. Al menos, se siente fresco.

—Si, pero el campo —repuso ella, soñadora—. El campo... Bueno; no te lo puedes imaginar... Las carreteras bordeadas de árboles, el olor a heno recién segado, los arroyos y los ríos llenos de juncos...

—Sí, sí, desde luego, querida. A mí no me es tan fácil apreciarlo como a ti, porque, después de todo, yo he nacido en una ciudad. Y el único campo que he conocido eran selvas pestilentes pululantes de mosquitos y de japoneses, y que conste que no sé cuál de ellos era peor enemigo.

No hablaron hasta que no estuvieron en el parque Central, lleno a aquellas horas. No obstante, aún encontraron un rinconcito en el que aparcar el «auto». Pero no se bajaron, sino que continuaron sentados en el «baquet».

—¿En qué te ocupas, Gwen? —preguntó de pronto la muchacha.

Había en su acento no la curiosidad ociosa de los que no tienen de qué hablar, sino la curiosidad apasionada de la muchacha a la que nada de lo que hace el compañero puede ser indiferente.

—¡Oh, de esto y de aquello! Un poco de cada cosa... Corretajes... Bueno; cosas sin importancia, querida.

—Pero antes de la guerra, tú... estabas estudiando, ¿no es así?

—Por supuesto. Pero terminada la carrera, me vi metido de lleno en el lío y hube de salir de él como pude. Pero no hablemos más de mí. Dime algo acerca de ti misma. Hace... ¿ocho?, ocho días que nos conocemos y aún no sé de ti sino que te llamas Wanda Myers y eres secretaria en una enrevesada oficina que te consume casi todo el tiempo que debieras dedicarme a mí.

—Calla, loco. Es necesario que trabaje, ¿no? Después de todo, tengo que atender a un pisito que me cuesta veinte dólares semanales y a algunas cosas más, tales como comer. En cuanto a la oficina... Bien; no es enrevesada, sino solamente monótona.

—¿Qué haces en ella? —preguntó él, cogiéndole una mano.

—Números, querido, números, y, para distraerme, copio las cartas que me dicta el director. Pero todo referente a lo mismo.

—¿A qué?

—A... Pero bueno; lo primero que nos dicen al entrar ahí es que no debemos hablar de nuestro trabajo.

—Ya; creo que sé cómo es eso. Como cuando nosotros en la guerra recibíamos alguna orden. No debíamos hablar de ello ni a nuestros amigos más íntimos. Comprendo. Pero... bueno, quiero decir que siendo nosotros... Y no teniendo interés de ninguna clase... Bien, bien, dejémoslo. Después de todo, más vale que hablemos de nosotros mismos.

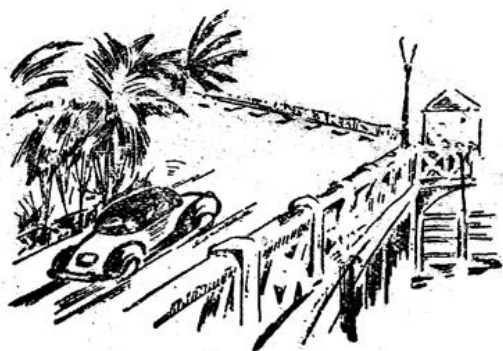
—Sí —dijo ella, gozosa.

El parlamento había sido una obra maestra. La joven, a la que Gwen Doolittle había conocido ocho días antes, se había enamorado de él con la fuerza de una parra joven cuyos zarzillos se abrazan a las enramadas de los soportes. Sus veintidós años eran propicios para la cosa, y ella se abandonó al amor con plena seguridad de ser correspondida. Le gustaba el hombre, mucho y aún le gustaba más ver que las mujeres lo miraban tanto. Esto es un orgullo para cualquier mujer, así como no lo es cuando es él el que mira a las mujeres.

Durante dos horas charlaron de cosas indiferentes y, por fin, a las siete se fueron a un café para comer algo, y luego al «cine». En él, Gwen cogió una mano de su compañera entre las suyas y no la soltó durante toda la película, que era una cinta más sentimental que una solterona rodeada de gatos y loros. Cuando salieron, de regreso a casa de la joven, que vivía en Brooklyn, en la avenida Lafayette, fueron silenciosos, y al despedirse, un apretón de manos larguísimo hizo vibrar los nervios sensorios de ambos.

Durante varios días se vieron sin interrupción y cada día el galés se mostraba más enamorado y ella más apasionada, como una muchacha muy joven que era. Y claro, no siempre iban a estar hablando de que en los ojos de ella se reflejaban las estrellas más hermosas aún que las del cielo, ni de que la barbilla de él estaba deliciosamente partida en dos lóbulos. Algunas veces habían de hablar del trabajo de ambos, Owen Doolittle hablaba de sus clientes y ella de las cosas que hacía en la oficina. Y la mente perfectamente ordenada del hombre iba recogiendo dato tras dato. Y así

transcurrieron treinta días.



EN LOS MEJORES QUIOSCOS DE ESPAÑA
su niño puede adquirir:

AVENTURAS DEL F. B. I.

¡LO MEJOR Y MAS ECONOMICO!

II



L director era un hombre alto, gordo y calvo, cuya barbilla, saliente, era indicio de una energía nada blanda. Había llegado a aquel cargo a fuerza de inteligencia, trabajo, honradez y tenacidad, amén de un desmesurado amor por la patria que lo vió nacer. Sus padres eran unos escoceses del Ulster, que habían emigrado de Irlanda antes de nacer él.

—Diga lo que quiere —profirió sin ambages.

El hombre que se sentaba enfrente de él también era alto, pero más joven y menos calvo. En realidad, debía tener unos treinta y cinco o un poco más y las sienes empezaban a grisearle. Jo que él, en broma, atribuía a las preocupaciones y no a los años.

—Ya sabe de dónde vengo, ¿no es así, míster Dundas?

Andrew Dundas afirmó con la cabeza.

—Sí, de la Oficina Federal de Investigación. ¿Alguno de mis empleados?

—Lo ignoramos, señor —respondió el inspector— pero pudiera ser que sí. A no ser que haya filtraciones desde el exterior.

—Explíquese —respondió sucintamente Dundas.

De todos era sabido que si, con una palabra podía indicar lo que quería, no usaba más. Algunos de sus amigos le llamaban «Infinitivo», ya que, en su avaricia de palabras, llegaba a usar esta forma verbal cuando no veía manera de ahorrar saliva de otra forma.

—Sencillamente, señor. El cónsul nuestro en Budapest nos ha advertido que eran de sobra conocidas las cantidades de producción de armas en Norteamérica. No es que esto tenga gran importancia, ya que, éstas son cosas que tarde o temprano se saben, pero es que un individuo que da el número de armas que fabricamos diariamente, podría dar otra clase de información más peligrosa para nosotros.

—¿Las fábricas? —preguntó Dundas, mirándolo fijamente.

—Muy difícil, señor, por no decir imposible. Nuestros agentes están metidos en todas partes. En todas. Hemos llegado a la conclusión de que es desde aquí, desde esta oficina de control, desde la que parte la información. A menos, claro, que sea una infiltración desde fuera.

El director guardó silencio unos momentos.

—¿Sospechas? —preguntó.

—No, señor; pero vamos a vigilar. Y necesitamos su cooperación.

—Sí. Obren ustedes y yo obraré.

Con lo que quería dar a entender, que se proponía emprender él sus trabajos de investigación. Entendiéndolo así, el inspector Nichols Scarlatti, del

F. B. I.,

se retiró.

Al pasar por el antedespacho del director echó una ojeada. Era una habitación bastante grande, con un diván en uno de sus lados, y una mesa provista de dictáfono y dos teléfonos, en un rincón, recibiendo la luz de una cristalera alegre y amplia. Ante la mesa se

sentaba una joven rubia, de unos veintidós años, que escribía rápida y eficientemente en unos papeles, mientras atendía al teléfono. De cuando en cuando en los momentos que éste no sonaba, se ponía a mirar por la ventana.

Luego, Scarlatti siguió su camino, atravesando por una serie de oficinas en las que personas de ambos sexos se afanaban como hormigas, llevando y trayendo de un lado a otro fichas y cilindros fonográficos, o consultando amplios archivadores metálicos. Uno de los pilares de la nación, pensó Scarlatti, descansaba sobre todas estas atareadas personas. El de controlar la producción nacional en globo, de armamentos. Ni un fusil ni una pistola automática saldría de una fábrica sin ser registrado allí. Al pensarlo, uno sentía vértigo, sobre todo cuando se recordaba la cantidad de armamento que se desperdició en la guerra.

Por fin, y con un suspiro de alivio, se vió en la calle. Scarlatti era un hombre activo, cuyos abuelos habían nacido ya en los Estados Unidos, lo cual quiere decir que solamente el nombre quedaba en él de italiano. Estaba casado con una norteamericana y su mayor desilusión en este mundo consistía en no haber podido tener un par de chicos revoltosos, con afición a jugar al «base-ball»

y a desconfiar del árbitro, lo cual es prueba de personalidad. Él mismo se encontraba en maravillosas condiciones físicas.

Su esposa le esperaba en casa, preparando la cena. Era una mujer rubia y alta, que jamás encontraba tiempo para estarse quieta un rato, cosa que no acababa de agradar a su marido.

—Hola, Nick —saludó—. Te han llamado desde esa oficina que llevamos a medias.

—Quizá algún día aprendas a tratar con respeto a uno de los soportes más importantes de los Estados Unidos. ¿Quién era?

—Amén. No, no sé quién era, pero puedes comprobarlo tú mismo con sólo coger el teléfono y marcar ese número que tiene tantos ceros. Yo he de terminar la comida.

Cuando Scarlatti obtuvo la comunicación, oyó la voz del inspector-jefe de la División de Nueva York, cargo que él no tardaría mucho en ocupar si caía en sus manos algún buen caso. Por regla general, cuándo el inspector jefe Toyers lo llamaba fuera de las horas de servicio es que ocurría algo bastante fuera de lo común.

—¿Qué es ello, señor? —preguntó apenas sintió descolgar al otro.

Cuando se sentía enfadado llamaba «señor» ceremoniosamente a su superior, pero normalmente le llamaba por el nombre de pila.

—¡Ah, Nick! —dijo el otro, evidentemente aliviado—. Se trata de algo importante.

—Mi cena «también» es importante, Tony —respondió Nick quejumbrosamente—. A mi mujer no le gusta cenar sola.

—Ni a la mía, pero eso no tiene nada que ver con el trabajo. Necesito que te pongas en comunicación con «Equis». Y pronto, Nick.

—Como siempre, como siempre. Algún día me arrepentiré de veras de haber ingresado en Quántico, ya lo creo. No considero necesario, añadir que mi mujer está arrepentida desde hace algunos años. ¿Qué ocurre con míster «Equis»?

—Lo de siempre, Nick. Ha enviado una nota diciendo que sabe algo sobre esos asuntos de espionaje. Quizá sea así y quizá no, pero ya sabes que no suele equivocarse, el condenado.

—Trataré de ponerme en comunicación con él. Pero, Tony, recuerda que nos escribió que no volviésemos a llamar a aquel teléfono público, porque Cronin tuvo la humorada de querer descubrir la identidad de «Equis». No lo censuro, desde luego, porque a mí a veces tampoco me deja dormir la idea de que un hombre pueda hacernos confidencias sobre toda clase de cosas y nosotros no podamos saber quién diablos es. En fin...

—Ha dicho que te pases esta noche por al lago del parque, por el primero entrando desde el Sur y que a las once y media te acerques a un banco que hay a la izquierda, casi cubierto por las enredaderas, y que mires entre éstas. Allí habrá un papel para ti.

—Bueno, Tony; pero esto, ¿no podía hacerlo cualquiera de los muchachos? Si no es más que recoger eso...

—Ha dicho que tiene que ir... el inspector Scarlatti. Ya sabes que «Equis» siempre ha sentido marcada simpatía por ti.

—Sí, ya lo sé. Es como para echarse a llorar de emoción, pero me va a arruinar la cena y mi mujer se pondrá furiosa conmigo. En un fin, Tony, no te muevas del despacho hasta que yo llegue luego, a las doce.

—¿Estás loco? —protestó Toyers, alarmado—. ¿Que te espere...?

—Sí —respondió Scarlatti.

Y colgó el teléfono con un suspiro. Su mujer llegaba en aquel momento llevando en la mano los manteles y demás.

—¿Qué? —preguntó, muy atareada—. Tienes que salir, ¿no es eso?

—Sí, querida. Lo siento.

—No te preocupes. Ya sabes que la mujer es el apoyo, ayuda y sostén del marido...

—Sí, claro, en las dificultades, que jamás tuvo de soltero. Es ese «Equis» otra vez. Parece que tiene informes.

El inspector Scarlatti no era un charlatán, pero sí sabía que su mujer era muy inteligente —era catedrática de Filosofía cuando lo conoció a él y se enamoró de sus ojos oscuros— y muchas veces lo había sacado de algún apuro, cuando él, cansado, perdía el hilo de un asunto.

—¿Informes? Bueno, pues entonces, ¿por qué pones esa cara? Deberías estar contento.

—Pues no lo estoy, querida. No me gusta nada ver cómo «Equis» puede permanecer en el más absoluto incógnito, y nosotros, el

F. B. I.,

la organización policíaca mejor dotada del mundo, nos estrellamos contra esa muralla. Ciertamente que sus servicios son inestimables, pero... Bueno; eso es algo que no soporta ningún policía.

—Pues vosotros lo soportáis ya desde hace unos meses, querido. Bueno, anda a cenar. Ya me explicarás algunas cosas más durante la comida.

Hacía exactamente diez meses que, un día, el inspector Scarlatti recogió una llamada telefónica. A la pregunta usual de con quién hablaba, el otro respondió sencillamente: «Con mister “Equis”». Como es natural, Scarlatti respondió que no se admitían identidades brumosas en el

F. B. I.;

pero «Equis» se limitó a reírse musicalmente. Su voz era la de una persona educada, y siempre salpimentaba sus frases con citas de autores latinos, griegos y clásicos. El caso es que, sin contestar, le dió la hora y sitio exactos en que una partida de cuadrilleros desembarcaría en el norte de la isla, de una gabarra, unos cuantos paquetes de drogas.

Todo resultó exacto. Bien es cierto que no se pudo coger toda la droga, porque los maleantes la lanzaron al río, pero sí coger a éstos y llevarlos ante la Corte. Inmediatamente, empezó a pensarse en «Equis» y a preguntarse Scarlatti como podría verlo, pero fué el mismo «Equis» quien dió de nuevo muestras de vida por sí mismo.

Llamó al inspector y le dijo que, naturalmente, como a cualquier otro confidente, le deberían pagar. Scarlatti, encantado, le ofreció entregarle el dinero en propia mano y demostrarle, al mismo tiempo, el agradecimiento del Gobierno de los Estados Unidos, «Equis» volvió a reír con la misma musicalidad y contestó que el dinero, en bonos de guerra, debería ser enviado a cierta casa del Riverside. Dos fornidos agentes del

F. B. I.,

se llegaron hasta ella, decididos a, por lo menos, conocer a «Equis», pero no pudieron, hacerlo. Cuando, en las señas dadas, preguntaron a quién habían de dar el paquete, no pudieron sacar nada en limpio. Ninguna de aquellas personas se mostró dispuesta a aceptarlo, porque no les pertenecía, según declararon.

No hubo manera. Pero al cabo de cinco días, «Equis» volvió a llamar. «Por haber querido descubrir una identidad que, por otra parte, tengo perfecto derecho a ocultar, les diré que esta misma noche se hará un alijo de drogas en cierto lugar de la ciudad, pero no especificaré cuál. De esta forma aprenderá usted, inspector, a que, si quiere que siga suministrándole informes sobre el bajo mundo, tendrá que someterse a mis condiciones».

Y resultó verdad que entraron nuevas drogas.

Era perfectamente cierto, porque los precios bajaron en el mercado negro, pero la Policía, el

F. B. I.,

y el Tesoro se quedaron sin poder echar mano a nadie. Desde entonces, y a regañadientes, respetaron el incógnito de «Equis», aunque sin desesperar de conocer algún día su verdadera personalidad.

Y así estaban las cosas por el momento. Scarlatti no era tan ingenuo como para pensar que podría estar «Equis» esperándole en el parque Central, junto al lago, pero la esperanza es lo que se pierde últimamente. Además, Nick era uno de los más inteligentes miembros del

F. B. I.,

y cualquier indicio podía llevarle a la solución del enigma.

Cuando terminó de cenar encendió la pipa y se puso a reflexionar profundamente. Su esposa vino a sentarse sobre el brazo del sillón que él ocupaba.

—¿Preocupado?

—Pues, sí. No me gustan nada estas cosas de sabotajes y espionajes dentro de nuestro país. No comprendo siquiera cómo puede haber americanos que se venden por dinero.

—O no por dinero.

—La mayoría, querida. Te asombraría saber de qué cosas es capaz el dinero. Para todo el mundo, no creas que sólo para unos cuantos. Es necesario tener unos ideales muy arraigados, como por ejemplo el de la patria, para resistir al poder de sugestión del dinero. Pero, bueno, dejémoslo. Creo me voy a ir a dar una vuelta por el parque Central.

—Lleva cuidado, querido. Me he acostumbrado ya tanto a verte mancharme las alfombras con los zapatos, que te echaría de menos si me faltases.

A las once y media, Scarlatti estaba junto al lago. Para hacer tiempo había tomado un par de copas de coñac en un bar, y aunque la noche de primavera era más bien fresca, sentía un leve y grato calorcillo insinuársele en los miembros.

A las doce menos veinticinco, una pareja pasó por su lado, abrazados tiernamente. Entonces, él vió que habían estado sentados en el banco que cubría casi la enredadera. Rápidamente se llegó hasta el asiento y metió la mano por entre las húmedas y olorosas plantas, cuyas flores se abrían en aquel momento.

Allí estaba. Un sobre de recio papel castaño, pero de mediana dimensión. El que lo preparó sabía que tendría que permanecer entre la humedad durante algún tiempo y lo había preparado convenientemente. Con toda la velocidad de que era capaz, Scarlatti se lanzó a la persecución de la pareja.

Cuando la alcanzó, tocó al hombre en la espalda. El otro se volvió y le echó una mirada furiosa. Se trataba de un soldado de Marina, un sargento, y pareció irritado al ver que lo molestaban.

—Dispense,

G-I

—dijo Scarlatti—. Pero ¿han estado ustedes mucho tiempo sentados en ese banco?

El marino se desasíó de su novia.

—¿Tiene usted mucho interés en que lo deje sin nariz? —preguntó belicosamente—. Lárguese y vaya a dormirla a cualquier parte.

Scarlatti le enseñó su chapa, pero el otro no pareció aplacarse demasiado.

—Bueno, ¿y qué? —dijo—. ¿Desde cuándo no puede uno sentarse en un banco del parque sin que venga un policía a enterarse de las cosas? Antes de marcharme yo a Corea, dejaban sentarse sin hacer preguntas.

—Lo siento, amigo —respondió el inspector—. Pero alguien dejó caer este sobre detrás del banco que ocupaban ustedes, y al

F. B. I.,
le interesaría saber quién fué.

—

¿F. B. I.?

Bueno, eso es otra cosa, amigo. Pues nadie lo hizo. Quiero decir que nadie dejó caer nada mientras estábamos nosotros aquí. He venido con sólo diez días de permiso y si veo a alguien rondando por donde yo estoy con mi chiquita, le largo un puntapié donde luego no pueda sentarse sin ver las estrellas. Nadie vino a tirar cosas.

—Espera, «*darling*» —dijo la joven, una preciosa moracha de respingada nariz—. Cuando llegamos nosotros... ¿no te acuerdas?

—¿Aquél muchacho? Mire, amigo, había un crío cuando llegamos nosotros al banco, saltando de un lado a otro.

—¿Un chico? —preguntó decepcionado Scarlatti—. Bueno, no los detengo más tiempo, Gracias, amigos.

Apenas salió del parque, cogió un «taxi» y le dió la dirección de Centre Street 240. Cuando entró en el despacho del inspector jefe Toyers, eran las doce y media de la noche.

—¿Qué, qué? —preguntó su superior con impaciencia.

—Aguarda a que abra el sobre. Nos ha vuelto a dar esquinazo, como de costumbre. Ese hombre es más escurridizo que una anguila untada de manteca. Pero algún día se descuidará, y ése será el nuestro.

Cogió una plegadera de encima de la mesa y abrió el sobre. En

él había una hoja de papel maíz, fuerte, con algunas líneas. Míster «Equis» escribía siempre a máquina, y firmaba exactamente lo mismo. Y sus cuartillas estaban inmaculadamente limpias de huellas digitales, a más de ser de un papel sumamente común en el comercio: un papel fuerte, de color amarillo y con una marca de agua que representaba a un galgo corriendo.

La nota de ahora decía así:

«¿Se han enterado ustedes de que alguien está haciendo trabajo de espionaje? Si así es, no tienen más que poner un anuncio en el “Herald Tribune”, en la “columna de agonía” [3], indicando que John Smith II quiere comprar un “Ford” del año 1917 para rodar una película-noticiario. Contesten mañana mismo».

—¡Él y sus malditas ocultaciones! —estalló el inspector-jefe Toyers, golpeando la mesa con el puño cerrado—. ¡Maldito confidente, que no quiere dar la cara! ¡Por qué, vamos a ver! ¿Por qué?

—Puede haber un par de razones —dijo serenamente Scarlatti—. Por de pronto, Tony, envía una nota al «Herald». No quiero que, por dejarnos llevar de la ira, vayamos a perder una información importante. Tan molesto es para mí como para ti el tener que depender de un hombre incógnito, pero, por ahora, arpeggiaremos el son que nos indique él. Ya nos llegará la ocasión, no lo dudes, Tony.

El inspector Toyers tocó un timbre y apareció un agente. Le dió las instrucciones precisas y el hombre partió con la rapidez característica de los federales.

—¿Cuáles son esas razones? —preguntó Toyers, encendiendo un cigarro más grueso que su dedo índice.

—La primera, que no quiera, en absoluto, por una indiscreción nuestra, que en el hampa se sepa que es confidente. Ya sabes cómo son estas cosas, Tony. Si la Policía tiene un confidente, lo protege y jamás lo hace salir a la luz, ni siquiera en un juicio. Se limitan a presentar, si es necesario para el Jurado, una declaración jurada del individuo, pero nadie más que el Tribunal la ve. En cambio, nosotros, si la vida de la nación está en juego, recurrimos a «todo». A «todo», Tony. Ésa puede ser la primera y la mejor de las razones.

—Sí, Nick. ¿La segunda?

—La segunda, que tenga algún motivo importante para no querer acercarse a nosotros. Imagínate que fuera un exconvicto o alguna cosa así. O un escapado de presidio. La ausencia de huellas dactilares en sus cartas parece indicar que ha tenido ya contacto con la Policía o con el

F. B. I.,

en alguna ocasión. Aunque también... —añadió pensativamente— pudiera ser que fuese alguien al que resultase fácil coger sus huellas, por hallarse cerca de nosotros. No lo sé, Tony, pero alguna de esas dos razones ha de ser la verdadera.

—Bien... —El inspector-jefe se desperezó como un viejo león—; creo que ya no podremos hacer nada hasta la mañana, ¿no? En ese caso, me voy a dormir.

—Hasta luego, Tony —repuso Scarlatti, contemplando sombríamente la carta que tenía en sus manos, mientras su amigo salía.

Luego escribió unas palabras en un «bloc» que había encima de la meca y, cogiendo su trinchera, salió también de la casa 240. Media hora después estaba en la suya propia.

III



efectivamente, en la primera edición matinal del «Herald», pero escasamente media hora después de que el inspector Scarlatti llegara a su oficina, una mujer gruesa, de aspecto marcadamente maternal (ya se sabe, esas mujeres recias, decididas y conscientes de sus derechos que hicieron posible la conquista del Oeste americano), apareció en Centre Street, llevando de la mano a un niño de unos diez años, y preguntando por quien quisiera oír algo importante que tenía que decir. El primer sargento policíaco al que echó mano, ya no se pudo soltar de ella. La historia era la siguiente:

Estaba con su chico, tomando el fresco en el parque Central, esperando a que su marido saliera de su trabajo, en la calle Cincuenta y Siete Este. Siempre lo esperaba en el parque, cuando

hacía buen tiempo, y cenaban allí juntos, bajo los árboles, porque su marido sí que lo era, sí, señor: era un hombre amante del campo como ningún otro. Pues bien: de pronto vió que su hijito, ese angelito, sí, señor, se le había escabullido, y cuando empezó a buscarlo, lo vió que se separaba de un desconocido, después de que éste le hubo dado algo. Como es natural, cogió al chico y le obligó a enseñarle lo que el otro le había dado. Era una moneda de cincuenta centavos.

Como era natural, lo regañó por aceptar dinero de extraños, pero el chico afirmó que se había ganado el dinero. Al preguntarle cómo, respondió que el hombre se lo había dado por poner un sobre con un papel dentro en un sitio. Nueva pregunta. Se trataba de un banco del parque, uno de esos bancos que están cubiertos con enredaderas. Pero cuando la mujer fué hacia el banco que señalaba el niño, lo encontró ocupado por una pareja. Y como el hombre era un marino, y ella sabía bien, ¡vaya si lo sabía bien!, los respetos que se deben a las fuerzas armadas, porque su marido también había sido soldado, pues había dejado la cosa así.

El sargento de Policía no tenía tiempo que perder con todas aquellas cosas y le dijo a la mujer que, seguramente, aquello no tendría importancia, que sería alguna broma. La mujer se lo quedó mirando con sorna, y el sargento enrojeció.

—¿No puede llevarme ante alguien más importante que usted? —le preguntó ella, con socarronería.

El sargento maldijo en voz baja y decidió «colarle» el asunto a un inspector que en cierta ocasión le echó una buena regañina. Indudablemente, el inspector iba a sudar antes de acabar con aquella ama de casa.

Y se lo «coló». En aquel momento, el inspector Smith estaba fumándose un cigarrillo con su colega Scarlatti, del F. B. I.

Fué ésta la razón de que Scarlatti oyese el relato de la mujer al mismo tiempo que el miembro de la Metropolitana.

Scarlatti saltó de su asiento.

—Señora —dijo, con aquella galantería que le venía de muchísimas generaciones de napolitanos educados—: es usted un verdadero ejemplo de civismo. Otra persona seguramente no habría dado importancia a la cosa, pero no usted. Tiene usted la seguridad

del más profundo agradecimiento de la Policía —y guiñó un ojo a Smith por sobre el hombro de ella. La mujer había engordado visiblemente y una sonrisa satisfecha se paseaba por sus gordezuelos labios—. Ahora sólo resta que el niño nos dé la más amplia información posible sobre el hombre.

El niño estaba preparado, pero su madre no le dejó empezar a hablar.

—Seguramente, yo no hubiera dado importancia a esto, y lo hubiera tomado como una broma, si no hubiera sido porque al contárselo a mi marido y darle cierto detalle, me dijo que debería dar parte a la Policía, aun cuando ésta se riese de mí.

—¿Qué detalle? —preguntó Scarlatti, con ansia.

—Verá usted... Todo el tiempo que estuvo hablando con mi hijo...

—...Llevaba un pañuelo en la mano y se tapaba con él la boca siempre —interrumpió el chiquillo, que también quería ser considerado como un ejemplo de civismo—. Llevaba un pañuelo y se tapaba con él la boca, pero...

—Pero... —El inspector Scarlatti estaba a punto de perder la paciencia.

—Pero cuando me fué a dar los cincuenta céntimos del ala —siguió el chico, en la forma en que él creía que lo haría un consumado «gángster» de película—, no los encontró en el bolsillo y tuvo que dejar el pañuelo. Tenía los dientes de oro.

—¿Cuántos? —preguntó Scarlatti, inclinándose sobre el chico—. Hay un dólar para ti si te acuerdas de cuántos eran.

—No me malcríe al chico... —empezó a decir la señora, pero Scarlatti la interrumpió, con un movimiento relampagueante de la mano.

—¿Cuántos? —preguntó, dando vueltas a un dólar en la mano.

El chico, hipnotizado, no dejaba de mirar la moneda.

—Media —dijo soñadoramente—. Toda una parte de la boca, porque sonreía. Toda una parte la tenía de oro.

—¿Cuál?

—Ésta —y se tocó la parte derecha de la boca.

Scarlatti se lo quedó mirando.

—¿Ésta? —preguntó rápidamente, llevándose la mano a la parte izquierda de la suya.

El chico asintió con recios cabezazos.

—Me lo figuraba —dijo Scarlatti—. El chico se ha señalado a sí mismo el mismo lado que le vió al otro, como cuando queremos indicar a alguien que tiene la cara manchada y le señalamos el lado contrario en nuestra propia cara. Bien, señora. Quedamos muy agradecidos. Tú, rapaz, gástate esto en helados de crema.

Un momento después estaba en el despacho de Toyers y le contaba todo cuanto había ocurrido. El inspector-jefe saltó de su asiento, presa de una gran agitación.

—¿Dientes de oro? —preguntó—. ¿Toda una mitad de la boca? ¡Cielos, Scarlatti, si esto es como si lo tuviéramos ya entre las manos! ¡Pero si ahora será facilísimo pescarlo!

Scarlatti hizo un gesto de ignorancia.

—Así parece, Tony. Empezaré ahora mismo las diligencias. Pide con Washington.

El

F. B. I.,

es la más rápida de todas las agrupaciones policíacas. Hubo un tiempo en que el Scotland Yard era el terror de los criminales. Lo sigue siendo, pero en mucha menor escala. Los modernos métodos policíacos de la Oficina Federal de Investigación de los Estados Unidos hacen que el trabajo de este organismo se deslice fácil, aceitosamente y con una eficacia mortal. Diez minutos después de recibirse en Washington la noticia de que había que buscar a un hombre que tenía media dentadura, la mitad izquierda exactamente, de oro, los gigantescos cerebros clasificadores de fichas estaban ya trabajando. Miles de fichas de maleantes con dientes de oro en las mandíbulas pasaron y repasaron por correas sin fin y por verdaderos laberintos de dientes metálicos que ajustaban perfectamente en sus perforaciones.

Células fotoeléctricas, engranajes pequeñísimos, rodillos, cientos de hombres vestidos con batas blancas y grises, se lanzaron como podencos a la caza de «Equis», el misterioso «Equis». Pero cuando el encargado del departamento de «Señales, cicatrices, defectos de configuración y demás», telefoneó a Nueva York, fué para comunicar que ninguna ficha con aquellas características aparecía en los archivos. Se habían encontrado cinco que tenían la boca enteramente de oro, pero nada más. ¿Estaban seguros de que aquel

hombre no tenía más que dos o tres dientes de oro y el chico se había equivocado? Scarlatti, al recibir la noticia, se encogió de hombros. No, no podían estar seguros en absoluto de que la imaginación del chico no le hubiera gastado una broma.

Pero Anthony Toyers, inspector-jefe de la División del F. B. I.,

en Nueva York, tenía cierta razón al decir que una señal así constituía una pista muy segura. En cinco minutos, las máquinas multicopistas del Departamento imprimieron unas circulares a todos los dentistas de Nueva York y se cursaron órdenes a Washington para que lo hiciera con el resto de los odontólogos de «la nación entera». Si la dentadura había sido construida en los Estados Unidos, y el dentista no era un cómplice de «Equis» sabrían quién se había hecho la media mandíbula dorada.

Pero a las once de la mañana, cuando acababan de dar las órdenes, el teléfono de Scarlatti sonó con insistencia. El guardia de la centralita le informaba que alguien intentaba comunicar con él. Cuando Scarlatti cogió el auricular y soltó el formulario «hello», el corazón le dio un vuelco dentro de la caja torácica y luego empezó a batir de una manera desaforada. La suave voz de míster «Equis» llegaba a sus oídos. Al instante, levantó los ojos y los fijó en uno de sus subordinados, indicándole claramente el microteléfono. El hombre dió un salto hacia la puerta y se precipitó por los pasillos en dirección a la centralita.

—«Hello», inspector Scarlatti —dijo aquella voz que siempre sonaba un poco velada. «El hombre— se dijo Nick —debía hablar con un pañuelo o un trapo cualquiera en la boca». Acabo de leer el anuncio de míster John Smith II en el «Herald».

—Escuche —dijo Scarlatti firmemente—: si no tiene usted nada que temer, de la cara. Sus servicios, hasta ahora, han sido de gran utilidad para nosotros, no lo niego; pero desearíamos conocer su personalidad. Si no lo hace, porque tema que va a ser descubierto por alguien que no fuésemos nosotros, puede ir desechando ese temor. El

F. B. I.,

lo protegerá con todo su poder, míster «Equis».

—Perdone, inspector —dijo la voz suave—. Repase usted a Virgilio: «Timeo dañaos et dona ferentes». Hay que desconfiar de

nuestros enemigos aun cuando nos traigan presentes. Seguramente que en este momento está usted haciendo que investiguen esta llamada. Y yo no quiero ser descubierto. No es, desde luego, que haya gran peligro, porque primero que llegasen aquí sus satélites, tardarían cerca de media hora, pero no puedo perder mi tiempo ni estafarle a usted el suyo, precioso para la nación.

Scarlatti comprendió que el otro tenía razón.

—Diga lo que quiera, míster... «Equis». Por cierto, que me gustaría llamarle de otra manera. Eso me parece muy melodramático.

—Pero tan seguro como otro nombre cualquiera, míster Scarlatti. Me gusta hablar con usted. A veces pienso que deberíamos conocernos. No cabe duda de que podríamos pasar un buen rato juntos, cenando y recordando nuestros amados clásicos.

—Por favor, míster «Equis». ¿Qué es lo que quiere usted?

—Cincuenta mil dólares, míster Scarlatti. Cincuenta mil dólares a cambio de una información valiosa para los Estados Unidos de América.

Scarlatti lanzó un ligero silbido. En aquel momento, el policía que había salido del despacho volvió a entrar en éste y tendió desanimadamente un papel al inspector. En el papel decía: «Cabina pública en el sector XY, Brooklyn».

Los ojos de Scarlatti echaron llamas literalmente, mientras contestaba a «Equis» de una manera distraída. El policía comprendió al punto y volvió a salir, sin hacer el menor ruido. Mister «Equis» se había confiado y ahora se estaba distrayendo. ¿Quién decía que era necesaria media hora para enviar Policía a Brooklyn? ¿No había teléfonos?

—Es mucho dinero, mister «Equis» —decía en ese momento—. La información, ¿lo vale?

—Claro que sí, inspector. Alguien está vendiendo las cifras exactas o casi exactas de la producción de armas de los Estados Unidos. ¿No vale cincuenta mil dólares la información de quién pueda ser esa persona? El Gobierno se gasta muchísimo más en minucias.

—Y usted ganaría más aún si procurase sacar dinero de ese hombre.

Hubo una risita seca.

—¿Y es un policía quien me dice eso? Parece «chantage». No, mister Scarlatti, no. En primer lugar, porque soy un patriota tanto como pueda serlo usted, aunque de diferente manera, y en segundo lugar, porque «Aquila non capit muscas». El águila no detiene su vuelo para entretenerse con una miserable mosca. Yo trato con los grandes o no trato. Un grande es el Gobierno de los Estados Unidos. Otro grande sería la Unión Soviética, pero ya le he dicho que soy un buen americano.

—Sí, pero —dijo Scarlatti, sintiendo el gozo recorrerle el cuerpo al ver cómo pasaba el tiempo—, pero, míster «Equis», «Abyssus abyssum invocat». ¿Recuerda este salmo?

—El abismo al abismo llama, una falta lleva a otra, ¿no es así? —Saboreó jubilosamente míster «Equis»—. Muy bueno, inspector, muy bueno, pero equivocado. Yo no he cometido ninguna falta hasta ahora. Y bien, terminemos. Una mujer —¿quién si no?— le llevará al nudo de ese fondo de espionaje. «Cherchez la femme, *monsieur*

l'inspecteur,

cherchez la femme». Hay una mujer que le llevará con toda seguridad. Ignoro su nombre, pero es joven, rubia y ocupa un puesto que, si no es de responsabilidad, al menos sí es de importancia en la Oficina de Control de Armamentos. Búsquela.

Y el inspector oyó el seco «clic» del teléfono de «Equis» al ser colgado.

—Tío listo —murmuró, mientras se ponía en pie a toda velocidad—. Sabía exactamente el tiempo que podríamos tardar en llamar a la seccional más cercana y que ésta enviase allí gente para rodear la cabina.

El sector XY, de la Standard, es el que comprende Flushing, donde está la sede de las Naciones Unidas. Buscar allí una cabina pública telefónica es algo así como la consabida búsqueda de la aguja en el montón de paja. Pero ya la Standard había dado el número y la situación exactos. Cuando el coche del inspector Scarlatti llegó allí, ululando y haciendo palidecer a los peatones al pasarlos rozando los zancajos en las curvas, había ya diez o doce policías de uniforme y un coche del

F. B. I.

La cabina correspondía a una droguería en la que se hallaban

consumiendo sus helados y dulces una docena de chicos estudiantes, todos muy asustados y temblorosos.

—No hay nada, inspector —informó su subordinado, tocándose el ala del sombrero—. Quien fuera se ha marchado.

—A ver, ustedes —dijo Scarlatti, dirigiéndose hacia el dueño de la droguería y a los chicos—: ¿quién utilizó la cabina?

—Un hombre —respondió el dueño, asustado.

—Lo sé; pero descríballo lo mejor eme pueda.

—Yo... estaba ocupado...; no me acuerdo de cómo era...

Una de las muchachitas, una graciosa pelirroja de unos quince años, levantó una mano en el aire. Scarlatti se volvió hacia ella paternalmente.

—Habla, hija —le dijo.

—Era un hombre de alta estatura y llevaba..., llevaba... varios dientes de oro. Me fijé en él porque...

—¿Por qué, hija?

—Pues porque cojeaba un poco..., ya sabe usted, señor... —añadió, enrojeciendo—, de esa manera como lo hace Herbert Marshall —y se puso aún más encarnada.

Pero Scarlatti era bastante buen psicólogo.

—Muy aristocráticamente, ¿eh, hija? Comprendo. ¡Vamos, vivo! Busquen a ese hombre aun cuando hayan de ir abriéndoles la boca a todos los semicojos que encuentren por el camino.

Pero no dió resultado. El enigmático míster «Equis» se había volatilizado, con su cojera y con sus dientes de oro.

Nadie hubiera podido darse cuenta, pero el caso es que a las cinco de aquella tarde, había veinte agentes del

F. B. I.,

de paisano esperando a que se abriesen las bocas de las oficinas de Control. A nadie hubiera extrañado el ver un par de fruteros ambulantes italianos, con sus carritos y sus grandes bigotes, un repartidor de telégrafos, un don Juan de guardarropía, muy elegante, con un traje morado, camisa amarilla y corbata con bañistas: un par de judíos que discutían animadamente...; las burbujas, en fin, de la gran Nueva York; las burbujas normales y cotidianas. Pero todos ellos eran agentes de la Oficina Federal de Investigación. Tenían la orden de vigilar a todas las muchachas

jóvenes, rubias, que saliesen de la Oficina de Control de Armamentos. Hubieran podido, sencillamente, fotografiar a las muchachas, peso ello hubiera supuesto mucho más tiempo.

En un edificio de veinticinco pisos, las diversas oficinas se turnan en sus horas de salida, de manera que sean, por ejemplo, a las cinco menos cuarto, una; a menos diez, otra; a menos cinco, otra..., etc., para evitar la congestión de los ascensores. Todos los agentes sabían que la Oficina de Control abría sus puertas a las cinco y cinco, exactamente, cronometrados hasta los segundos. A las cinco y tres, todos se prepararon.

A y cinco, diversas miradas se dirigieron hacia la puerta disimuladamente. A y siete minutos, empezaron a salir los empleados.

Uno, otro, otro..., diez, veinte hombres. Una mujer. Nada, era una mujer de mediana edad, de pelo gris. Más hombres, otra docena, y luego, tres mujeres. Las tres jóvenes, pero ninguna de ellas rubia. Más hombres. Una muchacha rubia, cogida al brazo de un hombre. Al instante, un vendedor de chucherías, con la caja colgando de su cuello por medio de una correa, se separó de la acera y siguió a la pareja. Más hombres. Una muchacha sola. Rubia. Al instante, el «don Juan» se colocó bien terciado su sombrero de gabardina y se acercó a ella, contoneando los hombros y echándole miradas incendiarias. Más hombres. Cinco muchachas riendo en voz alta. Uno de los judíos dió una palmada a su correligionario en los hombros y se separó de él, porque una de las chicas era rubia.

Cuando, a las cinco y cuarto, dejaron de salir los de aquella oficina, para empezar a hacerlo los de otra, sólo quedaba allí el vendedor de frutas italiano, el cual cogió filosóficamente su carrito y emprendo la marcha, después de haber despachado un par de manzanas a un arrapiezo. Habían salido diecinueve muchachas rubias. Claro que su edad debería oscilar entre, por lo menos, los veintisiete y los diecinueve años, pero el misterioso señor «Equis» no había especificado su edad. Todas, pues, serían vigiladas.

Cerca de la esquina más alejada de la manzana, un muchacho joven se acercó al del carro y empezó a hablar con el vendedor. Éste asentía con entusiastas gestos latinos, y por fin, muy satisfecho al parecer, dejó al joven con el carrito. Para cuando llegó a la estación del ¡Metropolitano!, cerca de la cual esperaba un «sedan» gris claro,

las características principales del vendedor habían sufrido una transformación sumamente extraña. Seguía con los mismos bigotes, pero éstos ya no se caían, y además, su espalda no era la encorvada del hombre que ha estado tirando siempre de un vehículo.

El agente especial William Carmetti penetró en el despacho del inspector Scarlatti, ya sin su mandil blanco.

—A la orden, señor. Diecinueve justas. Una más y hubiera tenido que seguirla con el carrito. Dentro de poco empezarán a llegar los informes.

—Gracias, Bill. Siéntate, hijo.

El inspector-jefe Toyers apareció en la puerta y se dejó caer en uno de los sillones.

—Tengo ganas de que ocurra algo —declaró, encendiendo uno de sus cigarros—. Muchas ganas, ¡cielos!

No tardó mucho. Uno tras otro, los agentes del

F. B. I.,

fueron apareciendo en la oficina. Llegaban, daban su informe lacónicamente y desaparecían. Pero hasta las diez de la noche no supieron de los dos últimos. Éstos eran el «don Juan» y el judío de mediana edad. Este fué el primero en, llegar.

—Nada en limpio, inspector —declaró Josuah Ehremberg—. Vive con otras dos chicas en un pisito pequeño como una caja de cerillas. La vigilaré. Sus informes son muy buenos, porque su padre murió combatiendo contra los japoneses en algún lugar del Pacífico.

—Gracias, Ehremberg.

Entonces entró el «don Juan». Era, en realidad, uno de los mejores agentes de la División, y el verse disfrazado con aquel traje insultante le molestaba, pero en el

F. B. I.

ñ se obedece sin rechistar.

—Emprendí la conquista —dijo, un poco turbado—, pero ella ni me miró. Media manzana más allá se encontró con un hombre de pequeña estatura, moreno, tan guapo como yo —añadió, sonriendo débilmente—. Entonces, para evitar la bronca, me dirigí a otra de las chicas, una pelirroja que había salido un poco después que ella. Ésta sí respondió, ¡vaya si lo hizo! —Se tocó los labios con el dorso de la mano—. Y me dijo que la rubia era la secretaria del director...

—La conozco —declaró brevemente Scarlatti.

—Pues que era una chica muy seria, que jamás había salido con ningún hombre, pero que ahora tenía prometido oficial. Incluso llevaba un anillo bastante caro. Parecía, según dijo la pelirroja vengativamente, enamorada de él como una asna blanca. Cito palabras textuales.

—La secretaria del director, ¿eh?...—preguntó Scarlatti, pensativo—. Un puesto, como diría «Equis», sin responsabilidad, pero si de importancia. Si «Equis» no se ha equivocado, me parece que tenemos al sospechoso número uno en el talego. Dos hombres a vigilar a esa chica sin que ni un solo parpadeo se les pierda, y otros dos a investigar hasta el día en que le salió el primer diente. A trabajar. Ehremberg.

—A la orden, señor.

—Usted permanecerá todo el tiempo a mi lado, con Carmetti. Necesitaré gente rápida, por si hay que obrar.

A la mañana siguiente empezaron a recibirse despachos de Washington. La pregunta hecha a los diferentes dentistas de la nación venía por Estados, y ni un solo odontólogo podría escapar de ella, porque también los protésicos dentales estaban incluidos. Cuando el informe del último Estado se recibió, se sabía que nadie había construido aquella media dentadura de oro. Nadie, claro, en los Estados Unidos.

—Pues no vamos a buscar por todos los dentistas del mundo entero —dijo Toyers, muy desanimado—. ¡Caramba, eso sería demasiado pedir hasta del

F. B. I.!

—Se llamará a toda la Policía del mundo civilizado si es necesario —declaró firmemente Scarlatti—. Pero...

Ya los agentes del

F. B. I.,

y los diversos organismos oficiales, entre ellos la Oficina de Control, estaban dando los informes sobre la secretaria del director de dicho Centro. Se llamaba Wanda Myers, de antecesores puramente ingleses e irlandeses, es decir, de los menos sospechosos. Huérfana. Su padre, médico militar, muerto el día 7 de diciembre de 1941, en Pearl Harbour. Ideas políticas..., ninguna. Patriota.

—Pues estamos listos —dijo Scarlatti, examinando aquellos informes—. Veamos, Josuah, Bill: ¿qué puede hacer que una

muchacha patriota venda a su país?

—Dinero —dijo el práctico Carmetti.

—O amor —intervino el judío—. Pero ¿conscientemente o no conscientemente?

—Has dado en el clavo, Josuah —respondió Scarlatti, dirigiendo una severa mirada al agente especial Carmetti—. No lo sabremos hasta no enterarnos de si esa muchacha (siempre suponiendo que sea ella) vende a su país a sabiendas o ignorándolo. Eso es lo que hemos de averiguar. El hombre que la siguió al principio dijo que ella se había encontrado con un tipo de baja estatura, etcétera, etcétera. Quiero que ustedes me vigilen, personalmente, a ese individuo.

—Sí, señor —dijeron ambos agentes especiales.

Y salieron del despacho dándose golpecitos en la espalda mutuamente.

IV



RA un lugar tan apacible, bello y tranquilo, que desembocar en él después de haber salido de la atroz Nueva York, era como alcanzar las puertas del cielo después de haber estado sumergido en el Purgatorio. Algo así era lo que sentía siempre Theodor Hillcrest cuando, en su automóvil, llegaba a la casa situada a orillas del lago Croton, cerca de la reserva india. Precisamente, gracias a la proximidad de ésta, habían conseguido tener una doncella de piel roja, una muchacha bastante agraciada, con un esbelto cuerpo cimbreante y un cabello que azuleaba a fuer de negro. Ella, María se hacía llamar desde que el padre Finn la bautizó católicamente, aunque su nombre primitivo hubiese sido el no menos poético de Sauce Joven, no participaba de las orgullosas ideas de sus hermanos de raza sobre la esclavitud, y no le importaba

servir honradamente a los blancos, mientras, por las noches, estudiaba por correspondencia. Quería abrirse camino.

El otro sirviente era un hombre de mediana edad, que andaba constantemente mascando tabaco con sus dientes amarillentos y fuertes, que contestaba a una pregunta con otra y que servía para todo, desde partir leña hasta cuidar malamente el jardín, pero era lo único que habían podido encontrar.

Hillcrest se apeó del «auto» en el camino que se separaba del vecinal y se alegró al ver el colonial porche de su casa. Hoy era el día fijado para que se reuniesen los cuatro y... Bueno; el que había de venir de la otra parte. A ése lo traería Sandy Lattimer.

María le cogió el sombrero con una ligera inclinación, e Hillcrest, que por naturaleza era expansivo, le dió un golpecito en la mejilla.

—Buenas tardes, preciosa. Creo que hoy os dejaremos libres a ti y Herbert (Herbert era el factótum), para que os vayáis al «cine».

—¿Podría quedarme en casa yo, señor? —preguntó María, esperanzada.

Hillcrest la miró un momento.

—¡Qué idea, hija mía! Hace una tarde tan magnífica que sería una verdadera lástima desaprovecharla quedándose aquí. Sal por ahí o métete en un «cine» de cualquier parte. La juventud necesita distraerse y tú trabajas aquí más de lo que debieras.

—Había pensado quedarme estudiando, señor —dijo ella—. Pero si...

—Tú no molestas, hija mía —respondió el paternal Hillcrest—. Pero es que..., Bueno; ya sabes cómo son los hombres. Nos reunimos aquí cuatro o cinco amigos, para descansar de la semana de trabajo en Nueva York, bebemos y demás, y la presencia de una mujer... Bueno; pues ya sabes, tú que eres una chica inteligente. Siempre coarta un poco.

—Comprendo, sí, señor.

Jansen llegó en su coche un cuarto de hora después. Luego, Gwen Doolittle, y los tres esperaron en el despacho. María se había marchado y Herbert debía haber hecho lo mismo, porque no se le oía.

—Cerciórate, Jansen —dijo Gwen.

El escandinavo se levantó y volvió al cabo de un momento.

—Estamos solos —dijo.

Hillcrest hizo un movimiento.

—¿Creeréis que me siento algo nervioso? —preguntó.

—Calma, Theodor —dijo Doolittle, tranquilamente—. Ya no pueden tardar.

Escasamente diez minutos después, un coche potente, lanzado a toda velocidad, pero sin llegar a contravenir las reglas de tráfico, apareció en el camino vecinal, procedente de la carretera del Estado. Inmediatamente, los tres hombres se pusieron en pie.

La tarde primaveral iba agonizando lentamente entre un estallido de colores y aromas. Del lago se levantaban unos transparentes cendales de neblina que parecían empañar la visión.

—Tranquilidad —dijo Gwen.

Del coche había descendido un hombre, que se volvió para ayudar a bajar a otro que estaba en el interior. El primero de ambos era Lattimer, el hombre del pelo de color de arena y pesados párpados.

El otro era un hombre de alta estatura, de pelo oscuro cortado a cepillo, a la moda prusiana, con los aladares y la nuca afeitados, y que vestía un traje de mezelilla bastante caro y evidentemente confeccionado a la medida. Pero lo más notable en aquel hombre era que llevaba los, ojos vendados.

Sandy lo tomó del brazo, ojeando a su alrededor, para evitar que nadie los viera, y atravesó el enarenado sendero hasta llegar al porche. Allí estaba esperando Gwen Doolittle. La puerta se cerró tras de ellos. Luego, entre ambos, cogieron al hombre por ambos brazos y lo introdujeron en una habitación de la planta baja; en la que previamente habían corrido las cortinas de las ventanas. La estancia quedaba, pues, alumbrada con una lámpara de pie, situada sobre una mesita.

—Ya —dijo Gwen, sentándose en una silla.

Hillcrest le imitó, siempre con la mano metida en el bolsillo de la chaqueta. Sandy Lattimer, con un movimiento rápido, pero no brusco, quitó la venda al hombre.

Los ojos del visitante eran de un azul claro, desvaído y sin brillo. En realidad, casi llegaban a confundirse con la blancura de la córnea. Eran unos ojos difíciles de olvidar una vez vistos. Parecían dos lagos helados.

—Ahora que ya ha terminado esta farsa —dijo, con voz fría y sin acento de ninguna clase—. Podremos dedicarnos a una ocupación más seria.

—Ésta; misma farsa la emplean ustedes todos los días en su país, míster Nijinski —dijo Gwen, sonriendo con su agradable sonrisa—. No es la forma, es el fondo el que interesa. Pero tenemos perfecto derecho de guardarnos en la forma en que nos parezca. Por otra parte, ustedes deben estar conformes, cuando han accedido a ello.

No había nada más que decir. El hombre de los ojos azules siguió mirándole fijamente, sin mover un solo músculo, como si lo considerase el único que había en la habitación.

—Bien, míster Nijinski. Tengo algo nuevo para usted. ¿Lo quiere?

—Diga qué es y fijaremos precio.

—Se trata de que se ha introducido una modificación pequeñísima en la forma de trabajar del control de armamento.

Nijinski, de pronto, se echó a reír heladamente.

—Me figuraba yo que ustedes no eran más que principiantes y me están dando la razón en este momento. Seguramente que ahora me van a decir que en la Oficina de Control se han dado cuenta de las filtraciones y están cambiando sus métodos en espera de cazarlos a ustedes.

Cuatro pares de ojos lo miraron, expresando muy distintos pensamientos.

—¿No es eso? —insistió Nijinski.

—No —respondió Gwen, con igual frialdad—. No lo es.

—Hable, entonces.

Pero las palabras del otro le hicieron comprender al galés algo que había venido preocupándole durante los últimos días. De nada servía tratar de engañar a un hombre que se había pasado la vida metido en cosas de espionaje. No obstante, no estaba dispuesto a darle la razón.

—Estoy esperando —dijo Nijinski.

Gwen miró rápidamente a Hillcrest y éste asintió con la cabeza.

—Se trata de que las cosas se han hecho un poco más difíciles ahora para nosotros, sí, pero eso no quiere decir que no podamos superar las dificultades. Lo que queremos es sencillamente..., más dinero.

Nijinski se puso en pie.

—Les pagamos a ustedes de sobra. Hasta ahora, nada que no fuésemos nosotros capaces de averiguar por nosotros mismos, nos han proporcionado ustedes —se había ido acercando a la ventana según hablaba.

—No siga por ahí —dijo Sandy Lattimer, elevando un poco sus párpados soñolientos—. No se acerque a esa ventana. Tengo un arma en el bolsillo y no vacilaré en emplearla.

Nijinski rió de nuevo.

—No sea melodramático, amigo. Quiero decirles que si hasta ahora hemos continuado en tratos con ustedes, ha sido esperando a que, en un momento dado, pudieran proporcionarnos cosas nuevas. No pagaremos por palabras vanas, téngalo bien presente, mi desconocido amigo. Si ésa es todo...

Gwen se puso en pie también.

—Tengo una información —dijo—. Pero quiero por ella más dinero que el que hasta ahora se nos ha dado.

—Si la información vale, pagaré —respondió Nijinski—. Pero antes démela.

Una nueva mirada se cambió entre Hillcrest y Gwen. Pero fue Jansen, el escandinavo, quien habló entonces:

—Queremos cien mil dólares por el conocimiento y emplazamiento exactos de una nueva fábrica de tanques de tipo pesado.

—Cada fábrica de automóviles que hay en los Estados Unidos —respondió Nijinski con calma helada— se convierte automáticamente, a petición del Gobierno, en una fábrica de tanques. Y nosotros conocemos los emplazamientos «exactos» —recalcó la palabra— de todas las fábricas de coches de la Unión. No vale. Y no tengo tiempo para perder en conversaciones ociosas. Necesito algo más y, por lo visto, ustedes no están capacitados para proporcionármelo. Pero... —hizo una pausa— pagaríamos muy bien por saber quién es la persona que les ha proporcionado hasta ahora sus informes a ustedes. Suponemos que es un empleado de la Oficina de Control, pero pagaríamos... doscientos cincuenta mil dólares por saber su nombre.

Algo así como un estremecimiento recorrió la espina dorsal de los cuatro hombres. Hasta ahora, solamente inferiores a diez mil

dólares habían cobrado por informaciones pequeñas. La cantidad de un cuarto de millón era para volverlos locos. Pero Gwen tenía un espíritu comercial que desmentían sus ensoñadores ojos.

—Tendríamos que pensarlo, míster Nijinski —dijo, en el momento en que Hillcrest abría la boca para contestar.

—Tómense todo el tiempo que quieran, hasta... tres días —respondió el otro—. Pasados estos tres días, seguramente no nos interesará el asunto. Considero que es un poco peligroso tratar con ustedes porque su excesiva juventud les impide darse cuenta de los riesgos que entraña la profesión en que se han metido. Así, pues...

—Sandy —dijo Gwen—: puedes acompañar al señor. Después de vendarle los ojos, naturalmente.

Lattimer puso la venda a Nijinski, mientras éste sonreía burlonamente.

—Vamos —dijo Lattimer.

—Adiós, señores. Y piénsenlo bien. Doscientos cincuenta mil dólares representan la fortuna para ustedes.

Y salieron definitivamente. Hillcrest lanzó un desgarrador suspiro.

—Gwen... —dijo, con voz un poco entrecortada—. Gwen...: son muchos... dólares...

—¿Crees que no lo sé? —respondió el galés acerbamente—. ¿Crees que no sé lo que significan tantos miles de dólares? ¿De veras lo crees?

María, la que antes de ser bautizada se llamaba Sauce Joven, oyó el ruido del automóvil al entrar en el terreno de la finca. Bien sabía ella que faltaba uno de los señores que habitualmente venían a pasar los fines de semana en la casa, y pensó que sería él. Por el momento, caminaba en dirección al cercano pueblo de Kitchavan, donde existía una biblioteca pública. Después de consultar algunos libros que necesitaba, se metería en un «cine» para ver una de aquellas emocionantes películas repletas de complejos y cosas así. El pensar en el «cine» le hizo acordarse repentinamente de algo.

Había olvidado su bolsillo. Aunque era conocida en el pueblo, difícilmente el portero del cinematógrafo la dejaría entrar sin abonar antes su entrada, por lo que, bien a despecho suyo, decidió volver de nuevo a la casa.

Pero el razonamiento que le había hecho el señor Hillcrest,

aquél de que, cuando hay hombres solos no le gusta la presencia de una mujer, le decidió a volver por la puerta trasera, sin hacer uso del llavín de la delantera que le había entregado Hillcrest. Dió, pues, la vuelta a la casa, y se encaminó hacia la entrada de proveedores. Esto le hizo recordar también que no había visto a Herbert marcharse, pero no le dió ninguna importancia.

Abrió la puerta sin ruido, y siguió corredor adelante hasta encontrar la de la cocina. Como era natural, allí no había nadie y aún no habían cogido las bebidas que ella misma preparara antes de marcharse. En especial, había confeccionado con mucho cuidado la del señor Doolittle, aquel joven moreno, de largas pestañas, que siempre le hablaba con una voz muy dulce. María era una sentimental incorregible y había llegado a creer que su grácil figura y su cara levemente coloreada, habían llamado la atención del apuesto mozo, y eso hacia latir agradablemente su corazoncito de india civilizada.

Sí, las bebidas estaban allí. Por una costumbre ancestral, y a pesar de que en vez de mocasines usaba zapatos, no había hecho el menor ruido. Por eso se sobresaltó algo cuando oyó un sonido procedente de la habitación contigua.

Entonces hizo menos ruido aún que antes. Silenciosa como una sombra, se dirigió a la puerta y la abrió. No sabía lo que iba a encontrarse al otro lado, no tenía la más ligera idea, pero su curiosidad femenina estaba excitada. Podía ser cualquiera de los señores; pero, en realidad, el sonido no parecía producido por alguien que estuviese en su propia casa y se moviese desahogadamente. No, era como un roce subrepticio, como si alguien intentase pasar inadvertido.

En efecto. No era ninguno de los señores. Era... Herbert, el hombre que servía para todo. Nunca había tenido María amistad con él. Eran demasiadas las cosas que lo impedían. Primero, la edad del hombre, unos cincuenta años y mal conservados por añadidura. A María le había parecido siempre un tipo un poco repulsivo, con aquel ojo que bizqueaba siempre y estaba lagrimeando constantemente, su cabeza de pelo gris muy revuelto y que ya claveaba en la coronilla, sus manos toscas y su costumbre de mirarla como si se tratase de una yegua joven. Y lo que estaba haciendo ahora Herbert era para tenerle menos simpatía aún.

Porque Herbert estaba subido en una banqueta y parecía que tenía la cabeza pegada a la pared. Al principio, la joven india no se dió perfecta cuenta de qué era lo que hacía en esta postura, hasta que comprendió que estaba mirando por un agujero disimulado. La habitación era una especie de trastero, lleno de muebles, viejos que habían dejado allí los anteriores inquilinos, y Herbert parecía haber apartado un armario que antes estuviera clavado en la pared. Allí, pues, debía estar el agujerito.

María se quedó parada un momento, pero luego, la lealtad hacia los que le pagaban y los que siempre se habían portado bien con ella, se impuso. Dio dos pasos hacia delante, siempre igual de silenciosa, y tocó a Herbert en la pierna.

—¿Qué hace? —le preguntó en voz baja.

El hombre se sobresaltó de tal manera que estuvo a punto de caerse de la banqueta. Cuando, aun estremecido, se volvió hacia ella, la joven leyó algo en su ojo bizqueante que le hizo retroceder dos pasos.

—¿Qué hace usted? —le volvió a preguntar.

Herbert se bajó de la banqueta, velando sus ojillos con los párpados enrojecidos.

—María —dijo—: me habías asustado, chica. ¿Qué hacía? Pues...

María se dirigió hacia la puerta.

—Tenía usted que haberse marchado —le dijo—. ¿Qué hace espiando?

El hombre ya estaba en el suelo. Era un poco más bajo que ella, porque, además de todos sus defectos, tenía las piernas arqueadas como los *jockeys*.

—Verás —dijo, mientras se le aproximaba—. Es que me parecía... Me parecía que habían traído a alguien nuevo, y yo quería darme cuenta de lo que era... Nada importante, chica. Me figuro que no irás a...

—Voy a decírselo a «ellos» —le cortó la joven india—. No tiene usted ningún derecho a espiarlos así. Se lo voy a decir y lo despedirán. No se conforma con robar la gasolina de los coches, sino que además ha de ir espiándolos. Veremos lo que dice el señor Doolittle de esto.

Pero no había pasado la puerta y esto le daba cierta ventaja al

hombre. Estaban ya casi juntos y ella esperaba como si él pudiera justificarse otra vez. Entonces, todo sucedió tan rápidamente, que María, Sauce Joven, no supo siquiera cómo fué. Ella no pudo ver siquiera el puñal que el hombre había sacado de la chaqueta que llevaba puesta, tan rápido fué el movimiento. Un instante después, el cuchillo entraba en su garganta con un ruido como el rasgar de un papel húmedo.

María puso los ojos en blanco y abrió la boca para gritar, pero sólo un chorro de sangre salió de entre sus labios. Se llevó las manos al lugar herido, volvió a cerrar los ojos y cayó hacia delante.

Herbert lanzó una maldición ahogada y, bestialmente, empujó el caído cuerpo con el pie, mientras en su rostro se reflejaba una furia vesánica. Aquella miserable india le había estropeado todo y si él no la hubiera matado, ella habría dado el «soplo» a los cerdos de la otra habitación. ¡Maldita puerca de roja piel!

Pero, por muy enfurecido que estuviera, no dejaba de comprender que se encontraba en una situación sumamente comprometida. Si los de la otra habitación habían oído algún ruido, vendrían y lo cogerían con las manos en la masa.

No tenía más remedio que huir, pero huir de una manera racional, procurando no dejar huellas detrás de sí. Intentó sacar el cuchillo de la herida, pero se dio cuenta de que esto sería más difícil de lo que había pensado. En efecto, los cuchillos no suelen salir con la facilidad con que entraron. Los tejidos se cierran sobre la hoja, hay que apoyar la mano en la cabeza de la víctima y empujar hacia abajo. No, no resulta tan fácil como se piensa.

Siguió maldiciendo, mientras se ponía malo por el asco, ya que era la primera vez que mataba. Él no era un asesino, pero se había asustado de tal manera cuando ella lo descubrió, que no había pensado siquiera en lo horrible que podía resultar aquello.

Desistió de sacar el arma, porque sabía que enfermaría si continuaba intentándolo. Pero las bascas no le impidieron el limpiar el mango del arma. Después de todo, a él se le suponía en el «cine», ¿no? Bueno; pues la puerta estaba abierta, cualquier vagabundo podía haber entrado allí, molestado a la muchacha, defendiéndose ésta y... ¿Para qué pensar más?

Casi corriendo, abandonó la casa, después de haberse cerciorado de que no dejaba nada. En el momento en que se disponía a salir

por la puerta, volvió de nuevo la vista hacia su víctima y sintió cómo un escalofrío le recorría la columna vertebral, igual que si una mano fantasmal le hubiera oprimido la medula. La joven india lo estaba mirando con los ojos muy abiertos, pero aquellos ojos no eran los de un ser sin vida. No «¡estaban vivos!», y lo miraban...

Ahogando un grito de espanto, echó a correr desatentadamente, mientras un estertor se insinuaba en el pecho de María, le subía garganta arriba y le salía de entre los labios en forma de una nueva bocanada que regueó barbilla abajo en un arroyuelo sangriento.

María no había muerto aún, pero se daba cuenta de que no tardaría en presentarse ante su Sumo Hacedor. Sus labios se movieron en una humilde plegaria a Aquel que todo lo puede, y luego, su mano derecha trazó algo, lenta, muy lenta y penosamente, sobre su pecho, por el que corría la sangre.

Kerbert llegó hasta el camino, corriendo como si el mismísimo diablo lo persiguiese, pero al llegar allí, dándose cuenta de que alguien podría descubrirlo si continuaba de aquella guisa, se paró, intentando reprimir los latidos de su corazón. No, nadie debía verlo de aquella forma. Y lo mejor para ello era no salir a la carretera. Andar por entre los sauces del riachuelo y confiar en la Providencia para que nadie lo viese.

¿Dónde habría estado? Sí, claro, en la taberna de Joe. Siempre habría allí un buen puñado de amigos que asegurarían que él se encontraba con ellos. Pero antes..., antes tenía que dar un recado por teléfono.

Cuando llegó al pueblo Kitchavan, se metió derecho en el primer teléfono público que encontró y marcó un número. Ya sabía que aquella llamada sería larga, por lo que dispuso otro níquel, para evitar que la telefonista le cortase la comunicación. Pero resultó más corta de lo que esperaba. Una voz suave inició un «hello».

—Oiga, aquí Herbert —dijo entrecortadamente.

—Le tengo dicho que no me llame a menos de que haya ocurrido algo muy grave —contestó la voz.

—Pero, oiga, si es que ha ocurrido algo gravísimo. Oiga, oiga, no corte la comunicación.

—No pienso cortar... aún —respondió la voz—. Hable coherentemente, míster Smith. Dígamelo, todo.

—Pues... yo me puse a espiar hoy, porque habían de venir

todos. Y les oí hablar, señor; pero era más importante que otros días. Habían venido con un hombre, con un hombre que se llamaba... algo así como «isky», sonaba a esos condenados nombres rusos, sí, algo así como «isky», y le pidieron dinero, pero él se negaba a dárselo si no le decían el nombre y la dirección de una muchacha.

—Todo eso me lo debía usted haber escrito —dijo serenamente la voz.

—Pero, oiga, oiga, si eso no ha sido todo... Es que..., es que la piel roja, me descubrió y yo..., yo tuve que matarla, porque me iba a delatar a los tipos esos. Sí, señor, ¡tuve que matarla! —Esta última frase era un verdadero lamento.

Hubo un largo silencio, tan largo, que Herbert creyó que el otro se había retirado e, histéricamente, empezó a preguntar. Pero la voz le llegó de nuevo:

—Cállese. No haga nada. ¿Está seguro de no haber dejado huellas?

—No..., n-n-no, señor; estoy seguro. Pero no pude sacar el cuchillo... ¡No, señor; no pude hacerlo! Aquello se agarraba como un demonio y no me dejaba tirar. Pero no dejé huellas, no, señor.

—Bien; entonces esperarás ahí hasta que ellos llamen a la Policía..., si es que lo hacen. No tengas temor. Nada te ocurrirá si haces exactamente lo que yo te diga. No te muevas, Herbert.

Lo había tuteado para dar mayor fuerza a sus palabras. Herbert no pudo murmurar más que un débil «sí, señor», y luego colgó el teléfono. Un momento después, limpiándose el sudor, se dirigía a la taberna para echar su acostumbrada mano de «monte».



NINO:

Ahora estás a tiempo de coleccionar
AVENTURAS DEL F. B. I.
¡MAGNIFICOS Y VALIOSOS REGALOS!



FUE Sandy Lattimer el que, sintiendo sed, se dirigió el primero a la cocina en busca de las bebidas que María debía haber preparado. Él sí que no estaba preparado en absoluto para lo que se encontró.

El cuerpo de la jovencita india estaba tirado casi al lado de la puerta que daba a la cocina, en la habitación de los trastos, cuya puerta estaba abierta. También lo estaba la de la cocina y la trasera de la casa misma. Pero lo horrible era la sangre que cubría el suelo y el cuerpo de la muchacha. Del cuello de ésta sobresalía el mango de un vulgar cuchillo de los que se encuentran en cualquier quincallería por unos pocos centavos. Pero un arma tan rústica puede segar la vida de un ser humano, la de aquella mujer, apenas una niña, que tan llena de vitalidad parecía cuando se por las

habitaciones cantando canciones indias.

Sandy Lattimer era el más frío de los cuatro camaradas, pero no era insensible. Él podría matar a un hombre si eso era necesario, pero suprimir el hálito en aquella carne joven... ¡Cielos, no, aquello no hubiera sido él capaz de hacer!

—¡Gwen! —llamó, con voz temblorosa—. ¡Gwen, Theo, venid pronto!

Y se arrodilló junto al cuerpo inerte. La joven yacía en posición decúbito supino, y una de sus manos se engarfiaba cerca del mango del cuchillo y la otra descansaba a su lado, junto al suelo.

El galés Y Theodor aparecieron en la puerta y ambos palidecieron. Habían llegado a querer a María y no era un espectáculo nada agradable aquél.

—¡Maldito sea quien la mató! —dijo Gwea, mientras se arrodillaba para encontrar algún signo de vida en aquel corazón. No lo había. Se miraron a los ojos, mientras Jansen, el último, entraba.

—Quizá un vagabundo —dijo Lattimer, asomándose a la puerta, mientras sacaba la pistola del bolsillo trasero del pantalón.

—¿Dónde está Herbert?

—Se marchó al «cine» o a la taberna. Y ella también se debía haber marchado —dijo Theodor—. ¿Por qué, Dios misericordioso, por qué?

—Sigo pensando que esto solo puede ser obra de un vagabundo —respondió Lattimer.

En aquel momento, la misma idea brotó en las mentes de los cuatro hombres. Hubiera sido o no un asesino, había que avisar a la Policía. Y ver a la Policía en la casa no era algo muy agradable. De nuevo se miraron uno por uno.

—Policía —dijo Gwen.

—Voy a ocuparme de los papeles —dijo Lattimer—. ¿Qué hago? ¿Los quemamos?

—Sí. Cuando la Policía se pone a registrar no suelen escapársele muchas cosas —respondió el galés, asumiendo la jefatura mecánicamente—. Quemadlo todo. Theodor: tú y Karl echaréis un poco de licor en el suelo de la sala en la que estuvimos y trasladad a ella todas las bebidas que haya en la casa. Recordadlo: no tuvimos necesidad de venir a la cocina hasta ahora, porque lo teníamos todo preparado en el comedor. Así, pues, nosotros creíamos que la

muchacha se habría ido al «cine». No podíamos suponer nada de esto. Verteos un poco de «*whisky*» en la ropa y bebed tres o cuatro copas. Lo necesario para que parezcáis borrachos sin estarlo. Celebramos una fiesta cualquiera. Nos pusimos a beber y...

Según iba hablando, sus compañeros estaban haciendo todo aquello, procurando dejar la mayor cantidad posible de huellas dactilares en todas partes. Cuando acabaron, Gwen se dirigió al teléfono y pidió con el puesto de Policía de Kitchavan, pero allí le dijeron que el *sheriff* había salido con toda urgencia. La razón de la urgencia del *sheriff* la tuvieron cuando, de pronto, el ruido de una sirena rasgó la calma primaveral de una manera estruendosa y agria. Los cuatro se miraron y se pusieron pálidos.

—No puede ser... —dijo Karl Jansen.

—No hay otra casa por aquí —dijo Gwen, con calma—. Muchachos: si queremos no vernos metidos en un lío gordo, hemos de conservar la calma.

Las sirenas pararon a la puerta de la casa y se oyó el chirrido de los neumáticos en la arena del camino. Un momento después, un hombre de paisano, seguido de dos agentes uniformados, apareció en la puerta.

—*Sheriff* —dijo, echando una rápida mirada a su alrededor, mientras se apartaba la chaqueta para que vieran la estrella de plata prendida en su chaleco—. ¿Qué ha ocurrido?

Gwen señaló el teléfono descolgado aún.

—Ahora mismo íbamos a llamar a la Policía —dijo, mirando al *sheriff*.

—¿Qué ha ocurrido? —volvió a preguntar el hombre fríamente.

A una señal suya, los policías se desbandaron por la habitación, para dejar paso a otros dos que llegaban desde fuera.

—Han cometido un crimen —respondió Gwen—. Ahí, en la otra habitación. Mataron a una muchacha.

El *sheriff* cambió una mirada con uno de los policías.

—Vamos a verlo. Ustedes no se muevan de aquí hasta que yo se lo diga. Venid, muchachos.

Un momento después volvía a salir el funcionario. Fijó su mirada, fría como la de un pez, en la cara de los cuatro y encendió un cigarrillo.

—¿Quién ha matado a la chica?

—No lo sabemos. Nosotros...

—Hable —olfateó y fijó sus ojos en las botellas vacías.

—Nosotros —respondió Gwen— estábamos celebrando una pequeña reunión y se nos acabó la bebida. Cuando mi compañero fué a la cocina, se encontró a la joven muerta. Es nuestra criada. Era, mejor dicho.

—¿Estaban ustedes solos con ella?

—Ni siquiera sabíamos que estuviera aquí. Le habíamos dado su tarde libre. La puerta de fuera estaba abierta.

La cara del *sheriff* parecía la imagen de la incredulidad.

—Tendrán que explicar muchas cosas cuando acabemos aquí, amigos. Estaban ustedes solos con ella, y ella está muerta ahora. No podrá contradecirlos, evidentemente.

—Tenemos otro sirviente —dijo Gwen, palideciendo—. Él podrá decirles que les habíamos dicho a ambos que se marchasen. Se llama Herbert Smith y debe estar en el «cine» del pueblo. O en la taberna. Pregúntenle.

—No se preocupe, lo haremos.

Media hora después, las cosas parecían haber cambiado. Los buscadores de huellas y los fotógrafos habían acabado su tarea.

—Ya no hay nada que hacer aquí —dijo el *sheriff*—. Lo siento, amigos, pero tendrán que acompañarme a la Jefatura. Hay algo bastante turbio en esto.

Herbert Smith había sido encontrado en la taberna y los policías se lo habían traído con ellos. Fué en ese momento cuando uno de los policías llamó la atención del *sheriff* sobre algo. El funcionario lo comprobó con una sola ojeada y luego se arrodilló junto al cuerpo de María.

—Curioso —dijo—. Por lo visto, no murió en el momento en que la apuñalaron, sino después —se volvió hacia los cuatro amigos—. A ver: ¿qué saben ustedes sobre esto?

Gwen miró por encima de su hombro. Y entonces se dieron cuenta de lo que quería decir el *sheriff*. La joven llevaba un vestido primavera, en el que alternaba el color azul con flores grisáceas y blancas. Pues bien: sobre el pecho de la joven se veía una cruz trazada, evidentemente, con su misma sangre. No se habían dado cuenta de ella al principio, porque todo estaba lleno de sangre. Pero no cabía ninguna duda: se trataba de una cruz, temblorosa y mal

trazada, pero una cruz, al fin y al cabo.

Gwen miró al *sheriff*.

—Es una cruz —dijo innecesariamente—. Pera no creo que tenga nada de particular. Ella era católica.

—¿Sí? —preguntó el *sheriff*—. Bueno; pueda que sea eso, pero... Está bien; supongo que habrá salido en las fotografías. Por si acaso no, sáquenle otra, procurando que ese signo se vea bien. Pudiera ser lo que usted dice, pero... Bueno; tendrán que explicar muchas cosas aún. Llénense el cuerpo, muchachos —ordenó, cuando vió que habían acabado.

Fue el inspector Scarlatti el que cogió el teléfono cuando éste empezó a sonar. Casi antes de levantar el auricular se había imaginado quién era el que llamaba.

—¡Hola, míster Scarlatti! —oyó decir a la voz suave—. ¿Tienen ustedes mucha conexión con la Policía del Estado?

Scarlatti sintió deseos de tener algo que apretar entre sus manos.

—Basta de bromas, míster «Equis». —¿Qué quiere ahora?

—Voy a darle un buen informe, míster Scarlatti, fuera de presupuesto. Lo hago porque es usted la única persona que puede hacer uso de él en la debida forma, y además, ¿por qué negarlo? Me es usted mucho más simpático que la mayoría de sus colegas. Aún recuerdo con gusto esa frase...: «Abyssus, abyssum...». Muy buena, muy buena, míster Scarlatti. Escúcheme con atención. A unas cuantas millas de la ciudad de Nueva York, en un lugar llamado Kitchavan, se ha cometido un asesinato. Una muchacha india ha sido muerta, apuñalada; pero la Policía, por sí misma, no creo que llegue a aclarar este asesinato. No, no creo que lo hicieran. Ya sé que un asesinato no les compete a ustedes, la Policía federal de los Estados Unidos, pero... Éste no es un asesinato corriente. Investigue usted, míster Scarlatti, investigue usted y encontrará raigambres extrañas.

—Una muchacha india... —repitió Scarlatti—. ¿Qué tiene que ver...?

—Investigue, míster Scarlatti, investigue... Una cosa que tiene tan poca importancia como ésa..., una muchacha india asesinada... ¡Ah! Ya sabe usted...: «Aequo pulsat pede»; la muerte llama lo mismo a la puerta de una choza que a la de un palacio. Investigue,

míster Scarlatti, investigue.

Y colgó. Scarlatti sabía que podía fiar de «Equis». En diversas ocasiones había demostrado ya que sus informes eran seguros. Se imponía el actuar, y actuar rápidamente. Se dirigió hacia el despacho del inspector Jefe Toyers y le expuso lo que acababa de oír. Tony le escuchó sin comentarios, pero al acabar dijo:

—No podemos pasar por alto algo que pudiera ser verdad, Nick. Entérate.

Y Nick Scarlatti se enteró. Un momento después estaba en comunicación con la Policía del condado de Westchester, Nueva York, y escuchaba los informes de labios del mismo *sheriff* del condado, secundado por el fiscal del distrito.

—Necesito —dijo Scarlatti— saberlo todo. Todo, en absoluto.

Cuando el *sheriff* acabó, le dijo:

—Dentro de un momento estoy ahí. Iré en avión. Porque ya sabía algo que la Policía del condado no podía ni remotamente saber. Ya sabía en qué estribaba, precisamente, la conexión entre el asesinato de una muchacha de color y la intervención directa del F. B. I.

Sólo tardó media hora en llegar, el tiempo justo que tardaron en proporcionarle un avión. Desde Kitchavan hasta la casa, el potente automóvil de la Policía del Estado fué el encargado de llevarlo.

Todos los sospechosos estaban en la casa, ya que había dado orden de que se los «preparasen». En el argot policíaco esto es lo que precede al «cocinamiento». Es decir, los policías procuran tumbar moralmente al detenido para que luego sea más fácil arrancarle la confesión. Por tanto, se comportan como si en todo momento estuvieran seguros de la culpabilidad del sospechoso. Esto suele abatir las voluntades débiles, aun cuando no hace sino endurecer las fuertes.

Allí, pues, estaban todos. Sandy Lattimer, con los párpados bajados como persianas francesas sobre sus pupilas. Karl Jansen, alto y rubio. Theodor Hillcrest, cuyo vientre empezaba a curvarse y Gwen Doolittle, impasible, mirándolo todo a través de la tupida red de sus largas pestañas. Al otro lado de la habitación, Herbert Smith, el factótum, encogido y dando muestras de un gran terror, entre dos fornidos policías. Bcarlatti se volvió hacia el *sheriff*.

—¿Todos? —preguntó.

—Sí, señor, todos. Aquí tiene usted las fotografías de la chica. Mire esa cruz trazada con sangre.

—La veo. Eso no querrá decir nada, supongo, si es cierto que ella era católica. Si el agua bendita tuviese color, yo llevaría siempre la frente pintada —luego se encaró con los sospechosos—: Basta de bromas, amigos. ¿Quién de ustedes es Doolittle?

Un estremecimiento recorrió a los cuatro hombres, pero fué una cosa casi imperceptible. Josuah Ehremberg, que con Carmetti habían acompañado al inspector, se inclinaron sobre éste.

—El moreno —dijo el agente judío.

Scarlatti se volvió hacia Gwen.

—Bien, mi amigo. ¿La mató usted?

—Bien sabe usted que no —respondió el galés fríamente.

—¿Fué usted quien llamó a la Policía?

—Verá. —Gwen iba a encender un cigarrillo, cuando uno de los policías se lo tiró al suelo de un manotón. Lo miró con rabia, pero no insistió—. Verá, inspector. Tenemos una Policía muy eficiente en este Estado. Apenas había llamado yo a la oficina de Jefatura y me dijeron que el *sheriff* no estaba, cuando ya llegaba nuestro buen *sheriff* para hacerse cargo de las investigaciones. Una Policía única en el mundo, le digo.

—Calle la boca —respondió Scarlatti. Y se volvió hacia el *sheriff*. Éste le hizo una seña y se lo llevó a un rincón.

—Hubo una delación, señor. Alguien llamó a mi oficina y dijo que había un cadáver en esta casa. A veces hay tipos que se entretienen en gastar estas bromas a la Policía, pero aquella voz parecía decir la verdad. Nos dijo que investigásemos bien, porque el criminal andaría muy cerca, mucho, según dijo.

Scarlatti lo miró con tal fijeza que el *sheriff* se sintió un poco a disgusto.

—Dígame cómo era esa voz —ordenó el inspector del F. B. I.

—Pues... —El otro arrastró un pie por la suela mientras hacía furiosos esfuerzos por recordar—, pues, una voz... yo diría que muy suave, como si el que hablara estuviera sonriendo o algo así. No sé si usted me comprenderá, señor, pero..., bueno, yo diría que algo así era.

—Comprendo... —Scarlatti sacó un lápiz del bolsillo y se puso a

darse golpecitos en los labios—. Comprendo, sí... Bueno, bueno. ¿Quién más vive en la casa?

—Nadie más. Estos cuatro pájaros, por lo visto, se vienen aquí algunos fines de semana para correrse unas juerguecitas. No molestan, ni la Policía tuvo nada que decir nunca de ellos, pero dicen que alquilaron la casa para vivir en ella, aun cuando luego cambiaron de opinión. Quizá sean casados y quieran estar lejos de sus mujeres por algún tiempo... Yo no sé...

—Que va, mi funcionario amigo. Escuche. Yo me hago cargo de la investigación en todas sus partes. Ordene a sus hombres que oigan lo que oigan, jamás repitan, ni aun hablando entre sí, lo que han oído. Ni en sueños, ¿comprende, *sheriff*?

—Sí..., sí, señor.

—Adelante. Nadie vive aquí, ha habido una delación pocos minutos después de cometerse el crimen... Sólo caben dos soluciones. Josuah, Bill, van ustedes a ver algo bueno.

El inspector Scarlatti dió dos pasos hacia adelante y se encaró con los sospechosos, mirándolos uno a uno. Luego, dijo:

—¿Quién de ustedes es míster «Equis»?

No fueron solamente los sospechosos los que le miraron con asombro, sino los policías del Estado también, empezando por el *sheriff*. Pero Scarlatti parecía muy seguro de sí mismo.

—Vamos, respondan, ¿quién de ustedes es míster «Equis»?

No hubo respuesta. Los cuatro hombres se miraron entre sí y Gwen Doolittle se encogió de hombros. Su movimiento era harto elocuente y se podía traducir como una opinión sobre el estado de las facultades mentales del inspector. Éste sonrió.

—Muy bien, lo enfocaremos de otra manera. Es casi seguro que uno de los que están aquí ha matado a esa pobre joven por los motivos que sean, eso ya lo averiguaremos después. Es también seguro que uno de ustedes avisó a la Policía. De lo contrario, ¿cómo hubiera podido recibir el *sheriff* la llamada tan oportunamente, quiere decir, tan temprano? Porque, métanse esta idea en la cabeza, amiguitos. Uno de ustedes avisó a la Policía. O avisó a alguien que a su vez llamó a la Policía.

Los detectives del

F. B. I.,

no quitaban ojo de ninguno de los sospechosos, atentos a la menor

reacción que pudieran provocar en ellos las palabras del inspector Scarlatti. Y las reacciones fueron curiosas. Evidentemente, ninguno de ellos se había hecho aquella misma pregunta. La mirada que se dirigieron, a hurtadillas, era él muy ocurrente. Las palabras del inspector del F. B. I, habían hecho nacer la duda en sus cerebros. Porque no reflejaban sino la verdad.

—Vamos, amigos, díganlo.

El silencio se hizo pesado. Los oscuros ojos de Gwen Doolittle pasaron de uno a uno de sus compañeros y luego se volvieron hacia el inspector.

—Pierde el tiempo —dijo, con una semi sonrisa—. Ninguno de nosotros llamó a la Policía, aun cuando yo mismo lo iba a hacer cuando ésta llegó. Ignoro quién pudo enterarse, pero lo más probable es que algún vagabundo hubiese querido entrar, la chica lo impidió y él la matase. Luego, aterrorizado, llamó a la Policía.

Scarlatti sonrió burlonamente.

—Da la casualidad de que yo sé que eso no puede ser verdad. No, amigo mío. Ese vagabundo solo existe en la imaginación de usted. Vamos, pronto, ¡usted! —señaló a Gwen—. Póngase un pañuelo delante de la cara y hable a través de él.

Una expresión de sospecha apareció en la cara de los cuatro amigos, pero Gwen obedeció. Su voz sonó ahogada, sumamente cambiada, más ronca.

—Usted ahora —exigió Scarlatti a Sandy Lattimer. Un momento después, los cuatro habían hablado a través del pañuelo. Decepcionado, el inspector movió la cabeza en dirección a sus subordinados.

—Lo hará de otra forma. Bien, registrenlos y luego empezaré a cuidarme de ellos.

Cuando los policías, ayudados por los agentes del F. B. I.

hubieron terminado de registrarlos y de registrar la casa, Scarlatti se sentó tranquilamente en una silla y los miró.

—Gwen Doolittle —dijo pausadamente—, ¿como sigue *miss* Myers, *miss* Wanda Myers? ¿Cuándo la vió usted por última vez?

Una densa palidez se extendió sobre la cara del galés.

—¿Qué quiere decir? —preguntó, haciendo un esfuerzo sobre sí mismo.

—Quiero decir solamente lo que dije, mi amigo. ¿Cómo sigue *miss* Wanda Myers? No tengo inconveniente en anunciarle que va a ser detenida por traición a su país. Así como que también usted será detenido. Ya sé que no tengo aún muchas pruebas, pero las conseguiré. No es cosa buena traicionar a la Patria, mi ambicioso amigo. Los informes que poseíamos de *miss* Myers eran muy buenos. Cómo diablos ha podido usted embaucarla para que vendiese a los Estados Unidos es algo que se me aparece bastante claro al verlo a usted. Sí, muy claro. Pero eso no impedirá que ella vaya a la cárcel acusada de espionaje en favor de una potencia... enemiga, podríamos decir.

—Usted no puede cargarnos... —empezó Gwen Doolittle. Pero se interrumpió al observar la expresión burlona del inspector.

—¿Que no puedo? Mi pobre amigo. Es usted tremendamente ingenuo. Un inspector federal en cumplimiento de sus funciones de protector de los Estados Unidos, «lo puede todo». Si confesasen, tal vez..., tal vez la pena no sería tan grande. Quién sabe.

—Son fantasmadas —gritó Lattimer, nervioso—. No haga caso, Gwen, porque lo que quiere ese tipo es hacerte hablar. ¡Calla!

—¿Hacerle hablar? —preguntó muy asombrado Scarlatti—. Vamos, vamos, míster. Si no tiene nada que decir, ¿cómo podría yo hacerle hablar? No, lo que voy a hacer es encerrarlos a todos hasta que tenga bastantes pruebas, no se preocupen. Claro que me facilitarían la labor si se decidiesen a hablar. Al menos, no se daría una desagradable publicidad al asunto. ¿No quieren?

Silencio. Los cuatro se miraron ceñudos. No cabía duda de que habían sido vendidos. Alguien conocía sus manejos y hablaba con la Policía. Gwen pensó rápidamente. ¿Quién de sus compañeros podía ser? ¿Sandy? Era el más encarnizado perseguidor del Gobierno americano, que creía él lo había abandonado cuando lo necesitó. ¿Theo? De él partió la idea. ¿Karl? Éste era, en realidad, al que menos comprendía. Nunca había querido decir sus motivos, pero todo el que le conociera sabía que sería incapaz de traicionar a un amigo. Aunque, el que traiciona a su Patria... Pero ¿y si no fuese ninguno de ellos? ¿Quiénes había en la casa? María, ellos y Herbert, aquel andrajo lloriqueante que estaba en el rincón sujeto por la Policía. Sí, Herbert pudiera ser el que se enteraba de las conversaciones y lo dijese a la Policía. Pero entonces, ¿por qué ésta

lo detenía? ¿Para desviar las sospechas de él?

Doolittle miró al criado malévolamente. A nadie se le había olvidado la presencia del criado, pero ahora se encaró con él.

—¿Qué sabe usted de todo esto? —preguntó, clavándole las pupilas con fijeza casi hipnótica.

—Yo... —El otro, sin saberlo, inconscientemente, fingía a la maravilla la expresión estulta de un campesino bobo—. Yo..., nada. Me fui a la taberna, a echar unas manos. Allí estaba yo, se lo aseguro.

Había tratado de sostener la mirada del inspector, pero no pudo hacerlo por mucho tiempo. Clavó sus ojos bizqueantes en otro lado y fué el detective Carmetti quien recibió de lleno el impacto de aquellas acuosas pupilas.

Carmetti era, como buen descendiente de sicilianos, un poco supersticioso. Ni siquiera el haber nacido en los Estados Unidos le libraba de ello por completo. Cruzó los dedos corazón e índice de la mano derecha y murmuró:

—Bisco...

El inspector Scarlatti saltó como si le hubiesen puesto carbones encendidos en la silla.

—¿Qué ha dicho? —preguntó, poniendo cara feroz.

Carmetti le miró con cierta aprensión mientras el agente judío esbozaba una sonrisa irónica al ver los dedos de su compañero.

—Dije bisco, inspector.

Scarlatti se puso en pie y se dirigió hacia Herbert, hasta quedarse parado a dos pasos de él.

—Herbert Smith, si es que ése es su nombre. Queda usted detenido por el asesinato de...

—María Kusklewa —terminó el *sheriff*, un poco asombrado, poniéndole unas esposas—. Pero ¿cómo diablos...?

—Lo que dijo mi ayudante —dijo Scarlatti, alzando la voz para cubrir los berridos de Herbert que aseguraba se cometía una indignidad contra él. Uno de los policías le dió un manotón en la boca, por cuestión de fórmula, y el hombre se calló al notar el regusto de la sangre.

—Muy fácil —dijo Scarlatti, contento, evidentemente, de sí mismo—. Lo que me dijo mi ayudante fue «bisco». Luego la cruz no tenía solamente el significado de persignarse, sino que señalaba a su

asesino[4]. Pero no he terminado aún con él, *sheriff*. Hasta ahora era cosa que le interesaba a ustedes solo. Ahora entra el Gobierno de los Estados Unidos en el asunto. Antes de que ustedes empiecen con él han de dejármelo unos minutos.

—Sí, señor —dijo el *sheriff*.

—En cuanto a esos otros cuatro, llévenlos a la prisión del pueblo. Saldrán en seguida rumbo a Nueva York. Creo que hemos terminado uno de los asuntos más enojosos de los que me han caído a mí en suerte.



CHICOS Y MAYORES

VEN Y LEEN

AVENTURAS DEL F. B. I.

VI



OR uno de esos azares tan frecuentes en Nueva York, durante la primavera, el temporal que llevaba un par de días debatiéndose sobre la costa de Nueva Inglaterra, desvió su rumbo en dirección Sudoeste y se precipitó sobre la ciudad y sus alrededores con la fuerza de un toro joven. La gente se metió en sus casas en espera de que pasasen la lluvia y el viento y volvió a abrir las llaves de la calefacción, porque el tiempo había enfriado considerablemente la atmósfera.

Los alrededores de la Tercera Avenida, allí donde los gigantescos y retumbantes pilares del elevado tiemblan a cada paso de un convoy del Metropolitano, son uno de los lugares más sórdidos del

mundo. Es extraño, en una ciudad tan joven como Nueva York encontrarse de pronto transportados a una especie de Soho londinense o Montmartre canalla parisién, pero así es. Allí los niños, hasta hace muy poco tiempo, nacían en andrajos, jugaban en andrajos, utilizaban los mismos servicios higiénicos toda una casa, es decir, con el reservado en medio del patio listo para ser utilizado por todos los vecinos, contraían epidemias y otras muchas cosas que contribuían a hacerles la vida agradable.

Los niños anglosajones e irlandeses perseguían a los niños alemanes. Los niños alemanes a los armenios y polacos y gitanos. Estos últimos a los turcos, los turcos a los judíos y los judíos a todo bicho viviente. Y, por encima de todos ellos, temidos, si no respetados, campeaban los italianos. Por su número, su fuerza, su destreza y su habilidad en hacer que las mayores barrabasadas fueran consideradas como accidentes, ellos eran los verdaderos dueños. A veces se aliaban con los judíos, en los que reconocían la inteligencia superior, para poder combatir con éxito contra los belicosos irlandeses o los estúpidos alemanes.

No se puede decir que los alrededores de la Tercera Avenida estén formados por callejuelas, como mucha gente pueda creer. No, lo que ocurre es que las grandes calles, desde la Cinco hasta la Trece, se han subdividido, si es que podemos expresarnos así. El caso es que han llegado a formar una especie de zona aparte del resto de la ciudad. Algo así como lo que ha ocurrido en el barrio chino.

En la Calle Seis, enfrente de un solar gigantesco en el que se sabía que pronto empezarían a construir un rascacielos, había una casa de dos pisos, ni mejor ni peor conservada que las demás. Una de tantas. La diferencia no se apreciaba hasta que no se pasaba del portal. Es decir, no podía apreciarlo más que una sola persona, que era a la que los vecinos veían siempre.

Ya se sabe lo que son las mujeres. Podrán tener muchísimo quehacer si tienen chicos, pero siempre les quedará un rato para dedicarlo a la dulce chismografía. Los hombres llegan a comprender que esto es tan necesario para ellas como el comer o beber agua y se lo permiten, con tal de que luego no les vengan a dar la lata con los chismes cuando ellos quieren dormir.

Aquella calle era un verdadero reducto irlandés, que se defendía

a patadas y puntapiés de las invasiones «extranjeras». Los chicos repelían cualquier intento de acercamiento por parte de las otras calles a ladrillazos, y los mayores impedían el acceso a sus tabernas (tan necesarias en cualquier reducto irlandés de cualquier parte del mundo que sea) a golpes de puño.

Necesariamente tenía, pues, que molestar tanto a mujeres, como niños, como varones el que hubiera en la calle un inquilino que no se dejaba ver. Se veía una luz pasar de cuando en cuando por entre las ventanas cubiertas de esteres, y a altas horas de la noche, cuando ya las tabernas habían cerrado, un hombre llegaba, abría la puerta de la casa y se colaba dentro. Esto es como para volver loca a una persona normal. Conque no digamos a las mujeres.

Éstas influyeron sobre sus maridos. Los maridos celebraron un conciliábulo y decidieron que aquella situación no podía continuar. Era necesario saber si no se estarían rozando con algún cochino judío o algún aceitoso italiano, tan peligrosos. Había que resolverlo.

Míster Michael Shanon, conocido más campechanamente con el diminutivo de «Mike», fué el encargado de averiguar la identidad del desconocido. Mike era un hombre concienzudo y se propuso cumplir su cometido de la mejor manera posible. Esto, para los que lo conocían, equivalía a que el desconocido recibiría la más hermosa paliza de su vida si trataba de impedirle el cumplimiento de su obligación.

Hay (esto sin generalizar) dos clases principales de irlandeses: los tipos altos, gigantescos, de puños como mazas, pelo rojo, ojos azules y cara llena de pecas, y los hombres de estatura mediana, morenos, de ojos generalmente azules o castaños, sin pecas. Los primeros son las fuerzas de choque. Los segundos, esos genios irlandeses que se han esparcido por todo el mundo en forma de pintores, escritores y soñadores. Entre ambas componen Irlanda. Mike Shanon, no es necesario decirlo, pertenecía a las fuerzas de choque.

Esperó una noche, después de cerrada su taberna, hasta casi quedarse helado. Esto era en invierno y ya empezaba a añorar su cama caliente y el buen vaso de ponche que le prepararla su Patricia, cuando vió la inconfundible silueta del desconocido. Mike sabía que no todas las noches venía allí, sino que, por lo visto, era un juerguista y se estaba de «parranda» toda la noche.

Pero he ahí la ocasión. Ya estaba. Iba a saber quién era costase lo que costase.

No es necesario tampoco decir que mister Shanon se había abrevado en la taberna con medio litro de buen «*whisky*» de centeno, acompañado de unos cuantos cubos de espléndida cerveza de la última cosecha. Se encontraba, pues, en un estado pletórico de euforia y de valor físico y espiritual. Conociendo a los irlandeses, esto quiere decir que se encontraba perfectamente dispuesto a partirle el alma a cualquiera que se le pusiera en el camino, sin ser absolutamente necesaria provocación alguna por parte del golpeado.

Se dirigió con paso entre matachín y vacilante hacia el hombre que llegaba, hasta colocarse a su lado. El desconocido llevaba un recio abrigo con cuello de piel, y las manos metidas en los bolsillos. Se paró al ver a Mike, pero no hizo gesto alguno para retroceder. Al irlandés le era imposible ver nada de la cara del otro, porque Ja llevaba casi tapada con el cuello del abrigo y el ala gacha del sombrero.

—Buenas noches —dijo Mike, tambaleándose un poco y acercándose más.

El otro no contestó. Permaneció en la misma postura, sin moverse.

—He dicho «buenas noches» —repitió el irlandés, empezando a amoscarse.

El mismo silencio.

—Cuando un caballero da las buenas noches es porque da las buenas noches —dijo Shanon, dando un paso hacia él—. Y ningún maldito puerco se queda sin contestar, si no es un judío, sí, señor. Y ahora verá lo que le voy a...

Su intención era quitarle el sombrero, verle la cara y después darle una buena paliza, pero cuando acabó de extender el brazo, no encontró nada corporal al final de él. Esta desconsiderada falta de cooperación por parte del otro, unida a la gran cantidad de alcohol que estaba fermentando en su estómago, hizo que cayese de rodillas. Aquello no estaba bien, no, señor, ni medio bien. Cuando un caballero le da un puñetazo a otro, lo menos que puede esperar es que el otro lo aguante y luego conteste a su vez. Pero eso de que se aparte...

No tuvo tiempo de pensar en más cosas. Algo descendió sobre su cabeza, atontándolo y lanzándolo a tierra como un buey. No perdió el conocimiento, porque tenía una céltica cabeza muy fuerte y dura, pero sí se quedó en esa especial situación que a veces nos acomete cuando no sabemos si estamos dormidos o despiertos.

Cuando logró despabilarse, el hombre había desaparecido. Fué inútil que diese golpes a la puerta, tratando de que le abriese el inquilino.

Lo único que consiguió fué que el policía de facción se acercase. Y daba la casualidad de que aquel policía no era irlandés, lo que ya de por sí es bastante raro. Pero sí convincente. El policía le ordenó que se largase a dormirla, si no quería acercarse a la seccional, y ello fué bastante para convencerlo. Ésa era la historia de mister Michael Shanon, mejor conocido por Mike.

Ahora, la cosa estaba aproximadamente igual. Nadie había vuelto a ver al inquilino, por mucho que habían tratado de conseguirlo, pero lo que nadie sabía era que el misterioso individuo entraba por otra puerta, y no precisamente de la misma casa, sino de la trasera, que daba a una calle habitada por más tranquilos judíos.

Tampoco lo sabía el grupo de hombres que aquella noche de mayo, mientras el viento y la lluvia se perseguían entre las calles. Lo único que sabían es que allí vivía, o desde allí operaba un hombre del que nadie sabía sino que se hacía llamar «Mister Equis», y sentía una decidida pasión por hacer tragar a los que lo escuchaban citas latinas que, casi siempre, venían a cuento.

Herbert Smith había entonado su canto utilizando sus mejores arpegios, creyendo que esto le salvaría de la silla eléctrica. Lo que no sabía él era que estaba condenado de antemano, porque su crimen había sido repugnante. Creyó que saldría, con una condena perpetua, y lo dijo todo.

Cuando se encontraba sin trabajo, había leído un anuncio en un periódico de Schenectady pidiendo un hombre que se encargase de todos los trabajos en una finca de unos señores. Sé presentó y se dio cuenta de que era el segundo que iba a solicitar el empleo. Pero como Herbert Smith era un desaprensivo, ofreció sus servicios a mucho menos precio que el otro individuo. Fue aceptado.

Y ahora venía lo mejor. Él vivía en Kitchavan, en una casita

vieja. La misma noche en que había aceptado el trabajo, al volver a su casa con las piernas un poco inseguras por la cerveza, se dió cuenta de que no estaba solo. Había alguien más allí dentro, pero estaba tan oscuro, que no podía ver nada. Herbert no era demasiado valiente, pero en sus tiempos mozos había pasado contrabando de alcohol metílico desde el Canadá, para refrescar las sedientas fauces de los americanos enemigos de la odiada Ley Seca.

Por lo tanto, se dispuso a encender la luz, cuando una voz le conminó desde las sombras para que no lo hiciera. La voz iba acompañada convincentemente por el rastrillar del seguro de una automática. En un caso así, la gente tiene la obligación de ser circunspecta, y Herbert era una persona que no intentaba jamás sobresalir por encima de los que le rodeaban. Se estuvo, pues, quieto, aunque, como la orden no incluía la lengua, empleó ésta con denuesto, afirmando que a él no podrían robarle nada, porque nada tenía, y que él era un humilde hombre que a nadie hizo daño jamás.

El hombre que se ocultaba en la sombra fue brutalmente franco. Ya que Herbert había conseguido el empleo que él solicitó por carta, debería servirle dándole los informes que ya no podría él recoger. ¿Estaba dispuesto a proporcionárselos mediante la cantidad de cien dólares todos los meses? Al oír la cantidad, Herbert se sintió desfallecer. No había vuelto a ver cien dólares juntos desde los tiempos de la prohibición. Por lo tanto, dijo que sí.

El trabajo era vigilar constantemente a aquellos señores dueños de la casa, siempre que estuvieran en ella. Anotar todo lo que decían, aunque fuese convirtiendo la casa en un colador, tomar nota de los que venían a la casa y sacar fotografías de ellos con una cámara pequeñita que le proporcionaría.

Herbert hizo todo lo que se le pedía, pero no había tenido tiempo de utilizar la cámara hasta esta tarde, en que fotografió al hombre cuyo nombre terminaba en algo así como «isky». Scarlatti se apresuró a incautarse de la fotografía y a enviarla a los laboratorios de Centre Street para su revelado.

Herbert había ido recibiendo honradamente sus cien dólares mensuales, y proporcionando informes al señor misterioso, al que, por otra parte, jamás había logrado ver. La noche que estuvo en su casa, al salir y pasar cerca de Herbert, se las arregló de tal manera, que la culata de su pistola entró en doloroso contacto con la nuca

de míster Smith y lo derribó a tierra, medio atontado. Lo cual bastó a «Equis» para salir.

El grupo de agentes del Gobierno llegó a la puerta, mientras algunos ojos curiosos observaban sus movimientos desde las casas de enfrente. El reducto irlandés se había dado cuenta, a pesar de la lluvia y la ventisca, de que algo raro ocurría en sus dominios, y se mostraba alerta.

La puerta de la casa se abrió con rapidez y el grupo de agentes, precedidos por Scarlatti, Carmetti y Ehremberg, se precipitó dentro. Scarlatti había sido partidario de vigilar la casa, hasta hacer que míster «Equis» se metiese en la trampa, pero Toyers era demasiado impaciente. Aunque, en realidad, no tenía nada que achacarle a «Equis» más que lo de que cobraba por la policía. Miles de confidentes hacen esto. Por lo demás, era solamente el prurito de serles absolutamente desconocido el hombre lo que no los dejaba dormir.

La entrada daba a un vestíbulo absolutamente desamueblado. Aquello producía la misma impresión de frío que un museo del que hubiesen sacado todos los cuadros. A aquella habitación seguía un corredor al que abrían dos cuartos más. No tenía baño, y el corredor terminaba en una cocina tan pequeña que parecía un pañuelo de mujer.

Todos los cuartos estaban absolutamente desamueblados, menos uno. Una especie de despacho con una mesa, una silla, una máquina de escribir, un fichero metálico y un teléfono. El fichero estaba vacío por completo. Solamente encima de la mesa se veía una hoja de papel, escrito a máquina en la que se leía: «Con mis saludos al inspector Scarlatti. Sabía que Herbert Smith hablaría en cuanto se supiese traicionado, según pensará él, y por tanto, no tengo más remedio que desaparecer eventualmente y “ad libitum. Ave”».

—¡Huellas! —rugió Scarlatti. Y, por primera vez en su vida, sus hombres lo vieron tan furioso, que se precipitaron como hienas a buscar algo que recordase, aunque no fuese más que vagamente a una huella dactilar.

—¡Tiene que haber alguna! —prosiguió el inspector—. Un hombre no se está tiempo y tiempo en una casa siempre con los guantes puestos. Alguna vez ha de quitárselos para alguna cosa, ¡diablos!

Parecía que no, que mister «Equis» se sentía demasiado a gusto con los guantes puestos para quitárselos alguna vez. Los hombres no dejaron un rincón sin investigar, pero les fué imposible encontrar ninguna. Por fin, cuando en un gesto desesperado volvieron el fichero metálico encontraron algo.

Poco, muy poco, pero era «algo». Al momento, Scarlatti se precipitó hacia el hombre que lo había encontrado y se lo arrebató. Se trataba de un sobrecillo de fósforos vacío.

—Kangaroo Club —leyó rápidamente. A Dios gracias, esto es una pista, por muy ligera que sea [5]. Llévense ese polvo para que lo analicen en Washington por si encontrasen algo. Y creo que ya nos podemos marchar. ¿Han terminado de mirar?

—Sí, señor.

—Pues vamos.

Es muy difícil que a nadie se le ocurra mirar debajo de la piletta de la cocina para descubrir allí, con muy poca luz, una trampilla. Esa trampilla, en este caso concreto, daba a otra trampilla exactamente igual colocada bajo la piletta de la casa vecina. Un hábil carpintero puede hacer que, de noche, y a una luz normal, sea imposible distinguir las juntas de una puerta, sí se disimulan éstas con desconchones del yeso mural. Sí, es muy difícil, y ninguno de los agentes se preocupaba de otra cosa que de buscar huellas.

No fueron los agentes federales remisos en despertar a los inquilinos de las casas fronterizas y aledañas, pero ninguno de ellos pudo facilitar información, exceptuando a mister Michael Shanon, que contó su aventura con su misterioso vecino, adornándola de tal manera, desde luego, que pareciera haber sido él el insultado. Pudo describir a mister Equis, si es que era él, como un hombre de alta estatura, no tanto como él, desde luego, pero más bien alto, y... nada más. Tampoco se creyó obligado a declarar que aquella noche estaba borracho y por eso no pudo darse bien cuenta de cómo era el otro.

Eso era todo. Quedaban aún algunas cosas que se efectuaron a la siguiente mañana, cuando ya el temporal iba cediendo el paso a un tímido, pero determinado sol primaveral. Una de ellas era la fotografía que Herbert Smith había tomado del visitante de los cuatro amigos. Apenas le echó encima la vista, Scarlatti se volvió hacia Ehremberg y se la alargó; el agente judío se echó a reír

silenciosamente.

—Si conseguimos que Herbert jure que oyó a este hombre conspirando contra la seguridad de los Estados Unidos —dijo—, tenemos ya cogido al buen Nijinski.

Nijinski era un producto, si no muy común, al menos muy frecuente, de lo que puede ser una época caótica en un lugar de la tierra, tan caótico como los Balcanes. Había nacido en Constanza, de padres rusos, lo cual quiere decir que podía optar por la ciudadanía búlgara si así lo deseaba al llegar a la mayoría de edad. Pero antes de llegar a la mayoría de edad ya le habían ocurrido bastantes cosas desagradables. Estalló la guerra turco-búlgara del doce, y las tropas del zar Fernando descendieron por el valle del Maritza, victoriosas, entonando su terrible canto de guerra que retumbaba en las escarpadas faldas del Istrandja-Dagh. La familia de Nijinski, que era casi búlgara por sus pensamientos, se alegró de todo corazón por la victoria de sus amigos, y siguió a las tropas.

No había contado con que los turcos, aun derrotados, eran de temer. En muchas partes, las tropas de la Sublime Puerta se revolvieron y cometieron desmanes, en legítima defensa de los desmanes de que los búlgaros no se privaban. Así fué cómo una partida de «bachibuzuks» tropezó, en su desesperado vagar por entre las montañas, con una pequeña aldea que los búlgaros habían abandonado al proseguir su victorioso avance. Solamente un par de gendarmes quedaban en ella, a más de la reducida población civil.

Armaron un buen fregado. El único que logró escapar de las bayonetas de los turcos fué un niño de doce años que logró esconderse en una cueva. Pero vió morir a sus padres, atravesados por el metal, y aquello perduró siempre en él.

A los dieciséis años se acordó de que era ruso y se incorporó al ejército de Alejandro para combatir contra las huestes de Hindenburg. Bien es verdad que no llegó a tomar parte en las batallas de los Lagos Masurianos ni en la de Tannenberg, pero lo pasó bastante mal. Era uno de los oficiales más jóvenes en un ejército en que suele haber bastantes, y ello le hizo adquirir gran fama entre sus compañeros.

Por fin, a principios del diecisiete, lo hirieron, aunque no de gravedad. Fué llevado a San Petersburgo, y cuando estaba convaleciendo, estalló la revolución. Nijinski no sentía ningún deseo

de que los comunistas lo pescasen, porque entonces estaban muy mal vistos los oficiales voluntarios. Por lo tanto, se escondió en San Petersburgo, pero cuando la cabeza del zar Alejandro cayó, encontró que el clima se había puesto demasiado cargado. Y se marchó en busca de los rusos blancos.

A las órdenes del almirante Kolchak recorrió media Siberia y sirvió también en los Regimientos de varios atamanes de cosacos.

En fin, que era un hombre que había vivido lo suyo. Como aún no había olvidado lo que hicieran los bachibuzuks con sus padres, cuando los griegos, sintiéndose fuertes, se abalanzaron sobre las pantorrillas de Turquía, allí estaba Nicolai Nijinski entre las primeras tropas de desembarco helenas. Mustafá Kemal Pachá echó a los griegos al mar y cogió prisionero a Nijinski y a punto estuvo de fusilarlo, porque parece ser que se había ensañado con algunos soldados turcomanos, pero al final no lo hizo. Al cabo de dos años, Nicolai volvió a Bulgaria, cuya nacionalidad adoptó, llegando a tiempo, en sus ínfulas aristocráticas (nadie sabía de dónde le venían, porque su familia era de campesinos), a tomar parte en el atentado y la muerte de Stanbulisky, lo cual le obligó a salir a toda prisa de aquel país para evitar que un grupo de campesinos que adoraban al líder agrario, lo colgase por los pies sobre una acogedora hoguera de leña, al ser descubierto.

Se perdía su pista, pero se sabía que había sido espía en varios países de la Europa Central, de los alemanes, de los checos, de los húngaros, de los italianos, de todo el mundo.

Y por fin, había aterrizado en los Estados Unidos. Las autoridades del Tío Sam se habían mostrado muy reacias a admitirlo en el país, eso sin saber siquiera que había sido espía, pero por lo visto tenía amigos fuertes y pudo lograrlo. Desde el año treinta y siete, en que entró, huyendo de los alemanes, que pretendían hacerlo picadillo por haberles espiado por cuenta de los checos, hasta la terminación de la guerra mundial, se había portado magníficamente, sin dar la menor molestia. Incluso sus servicios fueron bastante buenos cuando algo se necesitaba, porque conocía la pequeña cantidad de once lenguas diferentes y todas ellas las hablaba como un nativo. Era eso, un hombre enciclopedia para las lenguas, sus giros y acentos. Podía pasar por alemán en Hamburgo, por checo en Pilsen, por francés en Avignon y por italiano en Turín.

Pero de todas maneras, el Tío Sam no se fiaba de él y no le dió el puesto que solicitó en la oficina de Claves de Guerra, plaza que le hubiese venido magníficamente. Al terminar la guerra, estuvo algún tiempo sin hacer nada y, por último, empezó a moverse. Ahora ya sabía el

F. B. I.,

hacia dónde se movía. Alguno de los países de allende la Cortina Férrea lo pagaba para...

Ya se sabía.

VII



—ERO Nijinski parecía haber desaparecido. Se sabía que tenía una casa en la Cuarta Avenida, pero allí no estaba y todo denotaba una marcha apresurada. No era de extrañar, desde luego.

El polvo encontrado en el suelo, bajo el archivador metálico, demostró que quien limpiase el cuarto no se tomaba demasiada molestia seguir los métodos que recomiendan los higienistas, y había ido amontonándolo en aquel sitio. Reveló varias cosas:

Polvo en su mayor cantidad, ese polvo suplicio de las amas de casa. Pelusilla, tabaco y cenizas. Esto ya era algo, si a ello se agregaba el sobrecillo de fósforos. El examen microscópico y

químico de las cenizas y del tabaco reveló que míster «Equis» o quienquiera que habitase aquella oficina, fumaba algo no demasiado común: cigarrillos «Gauloises» suizos. El agente que hizo la investigación le aseguró a Scarlatti que, de cada diez mil americanos se podía encontrar uno que fumase tabaco europeo que no fuese inglés o turco. Es decir, que los tabacos franceses, suizos, alemanes, italianos y españoles son poco apreciados por los bronquios del Tío Sam.

Scarlatti no perdió un segundo. Inmediatamente, veinticinco o treinta agentes del

F. B. I.,

secundados por algunos centenares de detectives de paisano pertenecientes a la Metropolitana, se lanzaron de café en café, de hotel en hotel, buscando quién fumase aquello.

Es difícil conseguir esto, por la enorme cantidad de sitios en los que se expende el tabaco, pero ante el ceño de Scarlatti, los hombres a sus órdenes se precipitaron en pos de la posible pista.

Scarlatti, mientras tanto, tenía otra cosa que hacer. Por de pronto, había encerrado a los cuatro amigos y los estaba sometiendo a interrogatorios continuos. No obstante, aún no se habían decidido a confesar, aunque el inspector tenía la completa seguridad de que eran tan culpables como el tipo que raptó al chico de Lindberg.

Pero aquella noche cogió al joven agente judío Ehremberg y lo remolcó hacia la calle Catorce. Allí, entre la Quinta y Sexta Avenida, estaba situado el Kangooro Club.

Era un sitio elegante. De eso no cabía la menor duda. El que en él, se jugase discretamente, el que en él se pudiesen encontrar heroína, morfina, «coca», opio o «hasehis», no importaba para que fuese elegante. El «maitre» era francés, los camareros obsequiosos hasta el empacho y el cocinero francés también. Además se había contratado para aquella temporada a una pareja de bailes españoles y la belleza morena de la danzarina hacía subir visiblemente la recaudación.

El puesto de periódicos y revistas que el Kangooro ponía a disposición de sus clientes, estaba situado al lado del guardarropa. Un detalle poco común era que la encargada del puesto y la del guardarropa eran hermanas gemelas. Ambas iban vestidas con algo

que debía tener una lejana relación con lo que el dueño del club se imaginaba que eran los trajes de las primitivas australianas o tasmanianas antes de que las caritativas tropas británicas acabasen con ellas. Es decir, que la ropa no les sobraba por ninguna parte, aun cuando ellas debían estar acostumbradas porque no parecían darle importancia.

Ehremberg era un gigante de cerca de seis pies y medio, con un pelo muy rubio y unos ojos muy azules, lo cual demostraba que debía haber algún antepasado suyo que no era completamente semita. En realidad, podía pasar por un perfecto anglosajón en cualquier sitio. Scarlatti le hizo una seña y se aproximaron al puesto de periódicos y tabaco.

—Aquél —dijo Scarlatti.

—Lo sé —respondió Ehremberg—. Los vi en la guerra. Son muy parecidos a los «Gauloises» franceses.

—Casi iguales si se exceptúa el color —respondió el inspector.

Estaban mirando unos paquetes cuadrados de color azul profundo, con letras negras y blancas.

—No es mal tabaco, aunque prefiero el nuestro —dijo Ehremberg—. Voy a tantear. Busque usted mesa entre tanto, señor.

El «maitre» se había acercado e hizo ante Nick una inclinación versallesca, como demostrando al mundo lo honrado que se sentía el Kangooro de albergar semejante distinguido huésped. Tironeándose de los faldones del «*smoking*», Scarlatti lo siguió mientras echaba rápidas miradas a su alrededor.

Ehremberg se aproximó a la encargada y le echó una devastadora mirada destinada a ablandarle el corazón. Incluso esas muchachas, que están ya acostumbradas a las galanterías mecánicas de todos los que van a comprarles tabaco, revistas o a dejar sus gabanes, tienen su corazoncito, que puede latir apresuradamente cuando un gallardo mozo se les acerca con el aire de estar deslumbrado por su belleza.

—Deme... un paquete de cigarrillos suizos —dijo Josuah, con el mismo acento con que hubiera podido decirle: «¿Podré verla esta noche, rayo de sol?».

La joven alargó la mano bajando delicadamente los ojos, y claro, se equivocó de paquete, cogiendo uno de «Gauloises» Caporal.

—No, no —reprendió Ehremberg, con dulzura—. Éstos son

franceses. Yo quería de los suizos.

—Sí... perdón —respondió ella, procurando sacudirse aquel sopor extraño que le entraba cuando le clavaba él los ojos. Era como una mariposa atraída por la luz, sin poderse mover. Cogió el paquete azul claro, lo devolvió a su sitio y tomó el bueno.

—Gracias —dijo Josuah, dejando un dólar sobre el mostrador, ya que no tenía la menor idea de lo que podría costar un paquete de tabaco europeo. Con una sensación de rabia vió cómo la joven no le devolvía más que cincuenta centavos. El tabaco americano más caro, el Herbert Tareyton, es sabido que no cuesta más que veinte.

—Siempre se les hará extraño a ustedes que alguien pida esto, ¿no? —preguntó Josuah, encendiendo un cigarrillo como si lo estuviese ansiando desde hacía mucho rato.

—Sí, señor.

—Apuesto a que soy el único en la ciudad que lo fuma. Pero me acostumbré en Europa y ahora no puedo dejarlo.

Las preguntas, hechas así, son difíciles de dejar sin contestación. Está uno mirando fijamente a su interlocutor y éste se siente llevado a responder. Automáticamente lo hizo la joven.

—No, señor. Hay algún caballero que lo fuma también. No sé por qué, porque yo prefiero el nuestro o el inglés.

Cuando Ehremberg volvió al lado de su superior, además de haberle dicho a la encargada del quiosco que ya estaba loco por sus ojos traía buenas noticias.

—Buen trabajo, señor —dijo—. Aunque me parece que me va a costar tener que salir con esa chica.

—No está tan mal —respondió Scarlatti escandalizado, porque era un hombre que jamás había mirado a una mujer desde que conoció a la suya.

—No es por eso, señor. En fin, hay un hombre que siempre que viene aquí fuma ese tabaco, y ese hombre, señor, es alto sin exageración, bien vestido y es bueno en las propinas. Da un dólar por cada cajetilla.

—Claro, lo pagamos nosotros —respondió amargamente Scarlatti—. Pero será por poco tiempo. ¿Ha leído usted el periódico? Mire, han vuelto a robar en un Banco federal. La última vez que ocurrió esto, míster «Equis» nos dió las instrucciones precisas para coger a los delincuentes. Aunque la mayor parte del

botín no fué hallado. Lo mismo ocurrió en un par de ocasiones con las drogas. Y lo mismo ha ocurrido en el caso éste de esos cuatro necios de muchachos. Hay algo que falla, Ehremberg, y usted podría decirme qué es.

El judío lo miró un momento, con sus ojos inteligentes, levemente caídas las comisuras.

—¿Quiere decir, señor, que siempre hay algo que no se puede encontrar?

—Mientras hemos trabajado con «Equis», así ha sido, Jos. Conclusiones.

—Se las arregla de manera de quedarse con la mayor parte, señor. Y además cobra de nosotros.

Scarlatti lanzó a su alrededor una mirada de modestia, pero se veía que estaba bastante orgulloso.

—¿Sabe por quién lo siento? Por la chica ésa, la Myers. Ella no ha tenido la culpa de tropezarse con un Don Juan profesional que la ha hecho perder la cabeza. Sí, me da lástima. Por cierto que usted también se aprovecha demasiado de los dones que el buen Dios le concedió. No me gusta su manera de mirar a la chica de los periódicos.

—Conque ése es el juego que se trae el amigo «Equis»... Ahora me explico las ganas que tenía usted de encontrarlo, señor. ¿Hace mucho que lo sospechaba?

—Desde el principio, pero no quise decir nada al viejo Toyers...; quiero decir —añadió rápidamente—, al inspector jefe Toyers. Él se hubiera impacientado demasiado. Y yo quiero coger a «Equis», me cueste lo que me cueste. A veces sueño con sus condenadas frases en latín. Y menos mal que hasta ahora sólo le ha dado una vez por el griego, porque de ése me acuerdo muy poco.

—Bien, de todas maneras ya sabemos que viene siempre por aquí. Al menos algunas veces.

—Voy a poner un hombre de vigilancia cerca del puesto de cigarrillos y que me va a llevar a Centre Street a todo aquel caballero que les tenga la guerra declarada a los tabacos nacionales. Vaya si lo haré.

Las luces se habían ido atenuando, dejando solamente iluminado el rectángulo central, la pista. La orquesta dejó de trombonear excitantes ruidos negroides y atacó cadenciosamente una pieza que

parecía correrle a uno por las venas espesando la sangre. Un hombre y una mujer, vestido él con pantalones muy ajustados y ella con un vestido constelado de lunares azules y rojos, salieron a la pista y empezaron a girar uno alrededor del otro, como si se estuvieran acechando, mientras ella movía serpentinamente el esbelto y bien formado cuerpo.

—Lo vi una vez en Francia —dijo Ehremberg—. Es algo gitano.

—Sea lo que sea —sentenció Scarlatti cuyos gustos en materia de música eran bastante exigentes—, me gusta más que lo que tocaban antes. ¿No puede usted llevar más cuidado? ¡Porras! —Acabó con muy poca elegancia.

Pero tenía bastante razón. Un individuo había venido tambaleándose a causa de la poca luz y acababa de tropezar con su mesa. Sólo la oportuna intervención de Josuah impidió que media botella de un «*whisky*» no precisamente barato, se estrellase contra el «*parquet*».

—D-d-d-ispensen —dijo el otro como si tuviera la boca llena de patatas cocidas—. Y-y-y-yo quiero disculparme.

No es que armase demasiado ruido, pero un camarero se acercaba a paso de carga, porque la bailarina española empezaba a mirar coléricamente hacia quien interrumpía. En vista de lo cual el borracho continuó su camino en procura de la puerta y del benéfico aire exterior.

—No ha sido nada —dijo Scarlatti al camarero—. No sigamos dando un espectáculo, por lo que más quieran, o esa bailarina nos va a sacar los ojos con una de sus horquillas.

Pero la pareja siguió bailando su zambra o lo que fuese y por fin, entre una salva de aplausos encendidos, dedicados más que nada a la belleza y a la gracia de la joven, se encendieron las luces. Algunas de las damas que acompañaban a los caballeros estaban verdes de rabia. No es fácil soportar con tranquilidad el que sus maridos o prometidos se coman con los ojos una morena cimbreante que bailaba como si hubiese nacido haciéndolo.

Pero había algo más.

—Parece que el camarero no se fía de nosotros —dijo Ehremberg—. Ya nos ha dejado la cuenta.

Scarlatti miró al papel que le señalaba su compañero, y que estaba encima del mantel.

—Los camareros, en los lugares elegantes —anunció sin moverse para tomarlo—, tienen la costumbre de presentar las adiciones en una bandeja más o menos plateada.

Ehremberg lo cogió y le echó un vistazo. Al instante sin entretenerse, se precipitó hacia la puerta como una flecha, sin respetar pies ajenos.

«La chica de los periódicos —pensó Scarlatti, sintiéndose un poco molesto por el comportamiento de su subordinado—. ¿Qué le dirá para haberlo vuelto loco de tal manera?».

Cogió el papel y lo leyó. Y ya no fué solamente Ehremberg quien salió corriendo, sino el mismo inspector Scarlatti. La nota no decía más que:

«Con mis respetos, inspector, será inútil que busque quién fuma los cigarrillos “Gauloises”. Yo los he comprado algunas veces, pero no siempre los uso. “De gustibus et coloribus...” como diría un escolástico. El caso es que eso no va a constituir una pista para usted. Estuve por dejarle una funda entera en mi oficina, pero decidí ser un poco más justo con la inteligencia de usted. Amontóné el polvo debajo del archivador, dejé caer allí el sobrecillo de fósforos y... a esperar, mi culto amigo, a esperar. Sabía que vendría usted por aquí. ¿No le extrañó no encontrar huellas dactilares en el sobrecillo de fósforos? Vamos, vamos, inspector. Son esos detalles menudos los que me han acostumbrado a respetar a usted. “Minimum pro magnurn placet tibi”, lo menudo te gusta por su grandeza. Lo siento, inspector. Lo siento, pero yo he de defenderme. Quiero cincuenta mil dólares, inspector. A cambio de ellos le daré algo muy grande, mucho. Tendrá usted noticias mías dentro de dos días. Y perdone esta pequeña broma de un hombre que no se divierte mucho». «Equis».

Pero la carrera fué absolutamente inútil. Como es natural, el aparentemente borracho caballero, no había dejado tras de sí una estela para que se le pudieran seguir los pasos. Era absoluta y perfectamente inútil el tratar de buscarlo en parte alguna. El agente Josuah Ehremberg se dirigió hacia la vendedora de revistas.

—¿Por qué no me dijo usted que el hombre que fumaba «Gauloises» estaba aquí esta noche? —preguntó enseñándole la placa—. La joven, despechada, respondió:

—Porque usted no lo preguntó, señor.

Era inútil reprocharse más. Pero cuando ambos volvieron a Centre Street, demasiado fastidiados para intentar siquiera seguir cenando, Scarlatti prorrumpió en una de sus rarísimas explosiones de ira.

—¡Maldito sea, sí, maldito tres veces, noventa y nueve veces! ¡Es la primera vez que esto me ocurre a mí!, pero te juro, Jos que he de cazar a ese hombre aun cuando sea lo último que haga en mi vida. ¡Lo juro!

Y también, por primera vez en su vida, quizá, hizo algo que jamás hubiera pensado y de lo que luego se avergonzaría un tanto. Como los campesinos italianos, cruzó el dedo pulgar sobre el índice, cerró los otros tres y se llevó la mano a la boca, separándola después violentamente.

—Eso es serio, señor —dijo Josuah, mirándolo atentamente.

Scarlatti se puso un poco encarnado.

—Nunca lo he hecho. Es lo que hacen en Italia cuando juran algo. Se me ha escapado.

—Comprendo, señor. No se preocupe.

—Me voy a mi casa —dijo Nick—. No me importa decirle que mi mujer me quita más preocupaciones en un cuarto de hora que el resto del mundo en tres días. Ríase si quiere, pero así es.

—No pienso reírme, señor.



XX

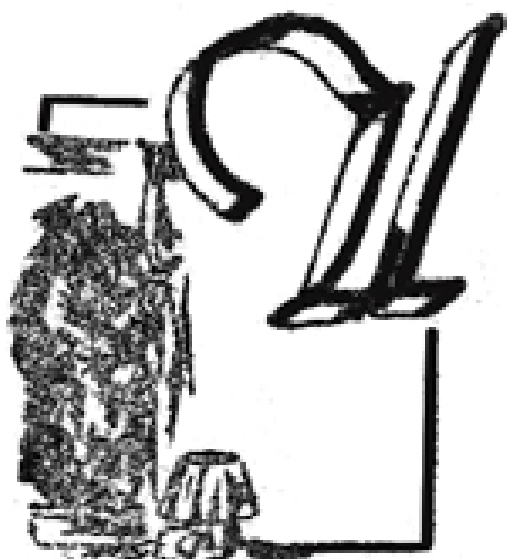
Pidan los inigualables cuadernos de
AVENTURAS DEL F. B. I.

A

EDITORIAL ROLLAN

SAN BERNARDO, 68.—MADRID

VIII



NA joven ojerosa, con la cara muy pálida y aspecto de haber perdido varias libras en poco tiempo, salió del edificio y se quedó deslumbrada, mirando a un lado y otro con aire ausente. Un par de transeúntes la empujaron, pero ella no pareció darse cuenta siquiera, aun cuando uno de los tipos gruñó por lo bajo.

Luego, pareció decidirse y echó a andar. En ese momento, un hombre alto, rubio y muy apuesto, se le puso al lado. Ella lo miró como entre sueños, sin reconocerlo apenas.

—Soy Ehremberg —dijo el hombre de una manera casual—. Estaba ahí dentro, ¿no recuerdas?

—Sí —respondió ella—. Andaba de una manera pesada, como si apenas le sostuvieran las piernas. Él la cogió del brazo posesiva, pero dulcemente.

—Lo primero que hemos de hacer es tomar un buen café o alguna otra cosa. Pero un café nos vendría mejor, *miss* Myers.

Conozco un sitio en que lo hacen estupendo.

—No quiero tomar nada. Quiero estar sola, por favor.

—No hablemos de eso. Mire qué día más espléndido. Nueva York en primavera es el lugar más bello del mundo, se lo digo. Mire, aquí es.

Ella no pudo resistirse cuando él la arrastró dentro del café. Un momento después había puesto en movimiento a todo el establecimiento, en el que no había más que muchachas, con su simpatía y su atractivo. Incluso, en cierta ocasión, logró arrancar una sonrisa de los descoloridos labios de su compañera.

La reprimenda del inspector Scarlatti a Wanda Myers había sido dura, pero Nick quería dejar bien sentadas las cosas. Se sabía que ella no había proporcionado informes de valor a Doolittle, y que lo había hecho sin darse cuenta, pero ello no evitaba que hubiera podido causar un gran daño a su país. No querían ser demasiado severos con la hija de un hombre que había dado su vida por la patria, pero desde luego ya no podía seguir desempeñando su puesto en la oficina de Control. Sería vigilada cuidadosamente y se le rogaba que no saliese de la ciudad de Nueva York sin hacer saber previamente al

F. B. I.,

dónde dirigiría sus pasos y en qué lugar permanecería. Nada más.

La joven no había derramado una sola lágrima. Era fuerte y lo había demostrado. Cuando el inspector Scarlatti terminó, salió sin decir nada, tambaleándose.

—Síguela, hijo —le ordenó el inspector a Ehremberg—. Y, por una vez en tu vida, emplea bien ese don que Dios te dió de gustar a las mujeres. Procura que no haga ningún disparate y trata de distraerla. Haz de ama seca.

—Con gusto —respondió Josuah—. Tardaré un par de días en hacérselo olvidar, por muy enamorada que haya estado del otro.

—¡Impertinente, presumido! —dijo escandalizado Scarlatti, mientras lo miraba alejarse—. Por Dios, yo mismo no tuve mal físico a los veinticinco años, pero jamás me di esa importancia.

Josuah se bebió su taza de café, encargó otra y le echó mano a una fuente de emparedados, todo ello sin dejar de hablar ni de sonreír. Aquel hombre podía hacer diez cosas al mismo tiempo sin parecer que hacía ninguna. Era, además, de la madera de los

diplomáticos, ya que ni una sola vez se le ocurrió aludir a los sucesos pasados.

La joven parecía ir entrando en reacción. Pero quizá eso era peor, porque cuando la temperatura anímica está a cero, las lágrimas se hielan. Al amable calor de aquella personalidad, empezaron a deshelarse y Josuah vió dos brillar en las azules pupilas. Fué entonces cuando él se puso serio.

—No me estropee el día de mi cumpleaños —mintió—. Vamos, anímese y pruebe estos emparedados.

—A usted lo han puesto para que me vigile —dijo ella con voz blanca—. A usted lo han puesto a mi lado para que vigile a una espía, a una mujer que ha vendido a su patria. A usted lo han puesto aquí para...

Su voz había ido subiendo de tono y el ataque de histeria no se haría esperar. Josuah la cogió del brazo, la sacó del café, en el que él era muy conocido y la llevó a la parte trasera. Luego, la abofeteó una y otra vez, mientras ella empezaba a sollozar. Cuando acabó, la separó de sí y se la quedó mirando.

—La Patria no volverá a ocuparse de usted a menos que usted haga algo que la obligue a ello. Estoy aquí por mi propio gusto. Y quiero tomarme mi café sin necesidad de escuchar histerismos. ¿Está dispuesta a portarse bien?

Ella hizo un gesto afirmativo, cansadamente. Volvieron al café como si no hubiera ocurrido nada.

—Nadie lo sabrá jamás, porque hemos impedido a la Prensa el paso a las noticias. Lleve, pues, la cabeza alta. Ha pagado su culpa, *miss* Myers, no remache las cosas.

Tomaron su café en silencio, pero ella no quiso comer. A la pregunta de Josuah de si continuaría viviendo en Nueva York, ella respondió negativamente.

—Pienso marcharme al Oeste tan pronto como pueda reunir el dinero necesario para el tren —dijo—. No quiero vivir más tiempo que el preciso en esta ciudad —hablaba en voz baja, sin inflexiones.

—Me parece muy bien —dijo él mientras bajaba del taburete y la ayudaba—. Quizá alguien pueda ayudarla a conseguir el dinero.

—No tengo a nadie —respondió ella sencillamente. Así, como si hubiese dicho: «Voy a comprarme un par de zapatos ahí». Josuah sintió un leve nudo en la garganta.

El hombre que leía el periódico, bajó éste un poco y los miró. Eran azules muy claros, tan claros que casi se confundía la pupila en la córnea. Fríos, gélidos. El pelo, oscuro, lo llevaba cortado casi a cepillo. Nicolai Nijinski no sonreía cuando pagó su consumición y siguió detrás de ellos. Podía oír incluso la conversación.

—...No debe encerrarse en casa, *miss* Myers, si no quiere volverse histérica otra vez. Mire, tengo el día libre y no me importaría pasarlo con usted. ¿Por qué no vamos a Coney?

—No —respondió ella—. No quiero ir a ninguna parte. Quiero estar sola.

—Está bien. ¿Dónde vive?

—Avenida Lafayette, en Brooklyn.

—La llevaré.

El autobús que une el norte de Brooklyn estaba muy cerca. Pero más cerca estaba el sedan «Mercedes» de Nijinski. Ya es sabido lo poco corriente que es encontrar coches europeos en Estados Unidos. Los que más abundan son los «Rolls,» «Issotas» y «Mercedes». Pero Nijinski basaba en esto, precisamente, la seguridad de no ser sorprendido. No hay mucha gente que sepa qué marca de coche es un «Mercedes». Lo único que podrá decir es: «Se trata de un coche europeo». Nada más, en cuanto se le haya quitado el círculo y el triángulo que llevan en la tapa del radiador.

El «Mercedes» siguió, pues, al autobús, mientras los ojos del perseguidor no se separaban ni un momento de él, para evitar que se bajasen los otros sin haberlos visto él.

Cruzaron el puente de Brooklyn y se internaron en el superpoblado barrio. Cuando dejaron el vehículo, estaban nada más que a media manzana de la Avenida Lafayette, esa gran arteria completamente recta que une Bushwick con Flatbush. Ningún trabajo tuvo el conductor del coche alemán en seguirlos hasta que los vio pararse ante una casita de dos pisos, con gradas en la puerta y las entradas a dos sótanos a los lados de éstas.

Vió cómo se daban la mano y cómo el joven se alejaba rápidamente. Lo que no vio fué que el muchacho llegaba hasta la esquina, se metía en un bar y se sentaba cerca de la ventana. No, eso no pudo verlo, porque el café tenía la entrada por la calle transversal.

Nijinski esperó unos momentos, luego acercó el coche a la acera

pausadamente, se apeó, cerró la portezuela mirando distraído a su alrededor y se dirigió hacia la casa.

Desde su puesto de observación, en el interior del «Mercedes», había visto cómo la muchacha bajaba las tres gradas que conducían a la entrada de uno de los semisótanos, el de la derecha, y desaparecía en su interior. En la boca de rasgos finos de Nijinski había una suave sonrisa de burla.

Bajó y golpeó la puerta suavemente. Al principio nadie contestó, pero oyó el leve roce de algo que se movía en el interior. Entonces llamó otra vez, más perentoriamente. La puerta se abrió.

La muchacha no había tenido tiempo de cambiarse de ropa, si es que pensaba hacerlo. Pero sí se veía que había estado desahogándose llorando. Al ver que era un desconocido, quiso volver a cerrar, pero él se lo impidió colocando un pie en la rendija.

—Por favor, *miss* Myers. Sólo quería hablar un par de palabras con usted. ¿Me permite pasar?

—Estoy sola en casa y quisiera seguir estándolo —dijo ella, aunque débilmente—. Váyase, por favor.

—No será más que un momento, *miss* Myers. Le doy mi palabra de que no la entretendré.

La joven, indecisa, se apartó. Nijinski penetró en el cuarto, que era sumamente pequeño. Él parecía llenarlo casi todo con su gran estatura y corpulencia.

Miró a su alrededor distraídamente y luego clavó sus ojos en los de ella.

—No emplearé preámbulos de ninguna clase, *miss* Myers. Sé que está usted en una mala situación y quisiera ayudarla.

—¿Quién es usted? —preguntó ella, asombrada.

—Eso podemos dejarlo por ahora. Imagínese que sólo soy un hombre que desea ayudarla. ¿Por qué no me lo permite?

—Yo..., pero yo no sé...

—Lo está, *miss* Myers —continuó él, persuasivamente, acercándose un paso, pero deteniéndose al ver el ligero movimiento de retroceso de ella—. No sienta temor alguno. Por casualidad me he enterado de su apuro. Sé que necesita usted dinero para marcharse de Nueva York. Quiero ofrecerle ese dinero.

»Nadie da dinero así, tan filantrópicamente, pensó ella, como entre brumas. No, nadie lo da si no es que espera algo a cambio. El

hombre no le gustaba. Con ese especial instinto que poseen las mujeres, adivinaba en él a uno de esos seres fríos, que se dirían fallados en hielo. Todo en él hablaba de frialdad, desde la mirada de sus ojos azules hasta la inmovilidad casi absoluta del rostro. Las manos, largas y finas, quizá las manos más largas que había visto en su vida, era lo único que se movía en él. Ahora jugueteaban con un par de guantes de ligera cabritilla».

—¿Por qué quiere ayudarme? Usted no me conoce.

—Por el contrario, la conozco. ¿Será necesario que le diga cómo? Usted, *miss* Myers, era una empleada de una oficina del Estado. Usted tuvo una debilidad muy humana. Permítame expresarle mi sentimiento por ello. Se comportó usted como cualquier mujer enamorada hubiese hecho en su lugar.

No había nada de sentimiento en su voz. Nada, absolutamente. Sonaba de una manera impersonal, como si se estuviera dirigiendo a un animal.

—¡Váyase! —ordenó ella, con voz temblorosa—. ¡Váyase! —repitió, retrocediendo otro paso, hasta tropezar casi con la mesa. Pero él no hizo ningún movimiento para obedecer.

—Escúcheme, por favor. Quiero que acepte usted el dinero para marchar a otro sitio donde pueda olvidar más fácilmente. No vea en mí ninguna intención que no pueda expresar aquí mismo y delante de usted. No es tampoco, se lo digo para evitar que pueda creer en una piedad dolorosa, mi intención regalarle este dinero. Más adelante ya veríamos la manera de que pudiera devolvérmelo.

La joven creía que estaba viviendo en un sueño. Eso sólo podía ocurrir en los cuentos que su madre le leía cuando era pequeña o en las novelas de amor. El desconocido caballero que se presenta en el momento oportuno para sacar de apuros a la doncella. El sentimiento de la realidad se impuso.

—Lo siento, pero no puedo aceptar dinero de nadie. Yo sola sabré salir adelante. Se lo agradezco.

El otro no movió un músculo.

—Creo que obraría mal si eso hiciese, *miss* Myers. El que haya usted saldado cuentas con la Policía federal de los Estados Unidos no quiere decir forzosamente que las haya saldado con los ciudadanos de este mismo país.

Ahora lo veía ella. Angustiada, apartó la vista. Sí, claro, eso era.

Si no quería aceptar el dinero del desconocido, la gente se enteraría, sabría que ella había sido una espía, pero no sabría que lo había hecho inconscientemente. No, creería que se había vendido a otro país por dinero. Sintió que la cabeza le daba vueltas y se apoyó en la mesa para no caer.

—Sí —dijo el otro, casi brutalmente por la sequedad de la expresión—. Eso mismo que está usted pensando, *miss* Myers. A veces es preferible la cárcel al desprecio de nuestros semejantes. Me refiero, claro está, a ciertas personas entre las cuales no dudo en colocar a usted. ¿Aceptaré el dinero que le ofrezco? Se abre ante usted un porvenir más claro y más risueño que el que pudiera soñar si se limita a vegetar tranquilamente en cualquier villorrio del medio Oeste. Tendrá dinero, joyas, y representación en el mundo. A cambio de ello...

—¿A cambio de ello? —preguntó la muchacha, sintiendo que desfallecía.

—A cambio de ello, la persecución incesante por parte de aquellas personas que perdieron un hijo o un marido o un padre durante la guerra. De aquellas personas que podrían perderlos en una nueva guerra. Ya ve si soy claro, *miss* Myers. Le hablo con completa claridad y poniendo todos los triunfos encima de la mesa. Hable usted ahora.

Ella sentía la lengua espesa y apenas podía moverla dentro de la boca. Unas atroces ganas de llorar, de deshacerse en sollozos, la invadieron. Y allí estaba aquel horrible hombre, con sus ojos fríos y su cara impasible, proponiéndole, conscientemente ahora traicionar de nuevo a su país. A cambio de ello, joyas, dinero... Ella que siempre había despreciado aquellas cosas, ella que hubiera cambiado todas las joyas del mundo por una sola mirada de Gwen. Gwen, el que también la había traicionado al mismo tiempo que a la patria...

¿Qué le quedaba ahora? La huida, la huida eterna cada vez que alguien se enterase en cualquier sitio donde estuviese, de su pasado. La huida en medio del más negro de los desprecios por parte de todos. Si se negaba a lo que le ofrecía este hombre, jamás podría vivir tranquila. Jamás. Pensaría, sin duda, hacer de ella una espía, una de aquellas vampiresas de labios muy pintados y lujosos vestidos que deambulan por las, cancillerías y por los casinos de

Europa... ¿Ella vampiresa?

—Lo... haré —dijo.

Ni siquiera ahora cambió la expresión de Nijinski.

—Es lo mejor, *miss* Myers. Escuche. Se marchará usted tan pronto pueda hacer la maleta.

—Pero... he de advertir a la Policía... —empezó ella. Una brutal carcajada la interrumpió.

—Mi querida niña, no sea tan estúpida. Cuando la Policía quiera buscarla no la encontrará. Será usted una persona completamente distinta de la que ellos busquen. Saldrá usted de Nueva York apenas esté preparada, sin comprar aquí nada. Irá a Philadelphia, a las señas que alguien le dará en el tren, quizá yo mismo, y esperará allí de nuevo mis noticias. ¿Ha comprendido?

—S-s-s-sí...

—Bien. Aquí tiene usted dinero para el pasaje en el tren. Y una cosa debe tener bien presente, *miss* Myers. Jamás vivió nadie que me hubiese traicionado aun cuando sólo hubiese sido con el pensamiento. Pero usted vivirá si me traiciona. Y no necesito decirle qué clase de vida será la suya.

Y salió. Mecánicamente, la joven bajó la vista hasta posarla en los billetes. Jamás había visto tanto dinero junto, porque su padre había sido un simple mecánico de precisión que alcanzó en el Ejército el grado de capitán. Porque es que encima de la mesa había cinco mil dólares en billetes de cien.

Cogió los billetes y los metió en su bolso. Luego, desatentadamente, buscó a su alrededor hasta descubrir el ligero abrigo que llevaba cuando llegó a su casa acompañada del joven rubio.

Pero ahora ya tenía un objetivo en su vida. Una sola vez y sin saberlo, había traicionado a su país. No lo volvería a hacer aunque su vida, su reputación, su destino entero, dependiesen de ello. No y mil veces no. Su padre el ajustador mecánico, había muerto por su país, voluntariamente. Y podía haber vivido solo con que se hubiese retirado a tiempo de un nido de ametralladoras que estaba empezando a ser rodeado por las tropas del general Takaza Namura. Pero se quedó allí, disparando mientras tuvo municiones. Y luego empleó la navaja de asalto hasta que los menudos amarillos acabaron con él. Pero no cedió ni un ápice del terreno que

consideraba suyo. Y ella...

«Loca», se dijo. Es una cosa de sobra sabida que, por muy fuerte que sea una impresión anímica, la acción rápida y seguida basta para defendernos de ella. Es una especie de equilibrio. Quien se autocompadece, muere en cada minuto que pasa y sufre mucho más que el que se lanza a hacer algo. Eso le ocurría a ella. «Loca. Quizá está él esperando en la esquina para ver si vas a decírselo a los hombres del Gobierno. Si has de hacer las cosas, hazlas bien».

Abrió la puerta y salió al pequeño rellano descubierto. No tenía más que dar una pequeña vuelta y se encontraría en casa de los Tipper, los cuales tenían teléfono. O podría cruzar hasta la casa de enfrente, donde en un bar había un teléfono público. Si el hombre de los ojos azules le estaba vigilando, como suponía que sería, no podría extrañarse de si ella entraba a tomarse algo. Necesitaría un trago, después de todo, pensaría. Pero, mejor sería hacerlo en casa de los Tipper.

Llamó a la puerta, y la gruesa *mistress* Tipper le abrió. La joven pasó dentro y continuó hasta el teléfono. Aquello era una cosa corriente en ella, ya que mientras sus relaciones con Gwen duraron —aquí una mano de hielo le estrujó el corazón— había estado utilizando el aparato.

Míster Tipper, un fornido cerrajero, estaba leyendo el periódico. La joven buscó la guía, pero no la encontró.

—Míster Tipper —preguntó—. ¿Podría usted decirme el número de la Policía en la Central?

—¿Le ocurre algo, hija?

—No, nada, pero deseo hablar con un policía al que he conocido ayer. Se trata de un policía federal.

—Tres mil uno —dijo el otro, extrañado. Pero salió de la habitación para dejarla hablar con tranquilidad.

A través del hilo le llegó una voz que reconoció inmediatamente. Se trataba de la del inspector que le había reñido tan duramente aquella misma mañana.

—Tengo algo que comunicarle, señor, pero no puedo hacerlo aquí. ¿Podría enviar a alguien a recogerme a mi casa?

—Enviaré un coche —dijo Scarlatti con voz animosa—. No se preocupe, irá segura en un coche de la Policía.

—No, no, señor —dijo desesperada—. Lo..., lo sabrían.

Scarlatti no hubiera llegado a inspector del
F. B. I.,

si no hubiera tenido una vertiginosa rapidez de comprensión.

—Hay alguien, ¿eh? Bien. Un «taxi» amarillo irá a buscarla.

—Gracias, señor. Saldré con una maleta.

La joven respiró aliviada, pero al mismo tiempo sintió el sudor correrle por la frente. Iba a dar, quizá, el paso más decisivo de su vida. Pero ya no estaba atemorizada.

Eso era. Saldría con una maleta en la mano, y si el hombre de los ojos azules la seguía, creería que iba a la estación. Después de todo, la Jefatura de Policía está, recordó con alivio, justamente en el camino que tendría ella que llevar, pasando por el puente de Brooklyn, hasta la Estación Pennsylvania. El haberse dado cuenta de esto, la reanimó. Era señal de que el cerebro funcionaba bien.

A través de la mirilla de la puerta, al cuarto de hora, vio a un «taxi» amarillo detenerse en la puerta. Entonces, mirando temerosamente a su alrededor, salió a la calle y se dirigió hacia él. No pudo ver nada que le indicase que era espiada.

El chofer le abrió la puerta y le ayudó a meter la maleta, mirando también. Era un joven de ademanes decididos y mirada serena.

—¿Ve a alguien? —le preguntó en voz baja.

—No —respondió ella, metiéndose nerviosamente en el interior.

El coche partió a marcha moderada, como todos los «taxis», pero al doblar la esquina, allí donde había un café, aminoró aún más. Un hombre, un gigante rubio, saltó al estribo como una centella, abrió y se sentó a su lado, mientras ella ahogaba un grito de sobresalto.

—No se apure, soy yo —dijo el rubio.

—Pero...

—La estaba esperando, *miss* Myers. Dígame qué ocurre.

—Un hombre vino a mi casa apenas llegamos... —Pero no pudo continuar. El chofer la interrumpió.

—Llevamos un coche europeo a la cola, camarada —dijo dirigiéndose a Ehremberg.

—¿Crees que me habrá visto?

—Respondo de que no. Subiste demasiado de prisa. Pero te puede ver si no quitas la condenada cabeza de delante de la mirilla posterior.

El rubio se encogió cuanto pudo, apartándose de la mirilla. El chofer continuaba observando por el espejo retrovisor.

—Es un coche alemán, un «Mercedes» —informó—. Conduce un hombre moreno, pero no le veo bien los ojos. Parecen azules.

—Ése es —dijo ella, temerosamente—. Yo tengo que ir a la Estación Pennsylvania para tomar el tren a Philadelphia. Es lo que me ordenó él.

—No se preocupe —le dijo el judío—. Ya hablará delante del inspector Scarlatti. Cuando lleguemos a la estación, se apea usted y se mete entre la gente. Luego se dirige hacia la línea de Long Island y sale por la Séptima Avenida. Allí estaremos nosotros. No podemos perder el tiempo. Luego ya volveremos a la Jefatura.

La cosa fué, al menos así le pareció a Wanda, de una facilidad asombrosa. Cuando se vió de nuevo en el «taxi», después de haber pasado como si se filtrase entre toda aquella gente de la gigantesca estación, el chofer informó de que sólo coches de fabricación americana se veían en todo lo que alcanzaban sus ojos.

El inspector Scarlatti los recibió en su despacho. Le bastó ver la cara de la muchacha, para darse cuenta de que algo grave ocurría. Escuchó su relato atentamente y luego se acercó a ella, cogiéndole la mano.

—Ha sido usted muy valiente, *miss* Myers —le dijo—. Ha demostrado que no era indigna de la confianza que pusimos en usted. Se lo agradezco, en nombre de los Estados Unidos.

—Gracias —dijo ella débilmente, mientras miraba la protectora y gigantesca figura del agente Ehremberg—. Pero ahora... yo tengo que marcharme. Salir...

—Cogeremos a ese hombre antes de que transcurran muchas horas, *miss* Myers. Y cuando lo cojamos no podrá hablar. No se preocupe, porque usted seguirá siendo desconocida para los buscadores de noticias sensacionalistas. Yo se lo garantizo. Pero hemos de pedirle un último favor. Si queremos coger a Nijinski, usted deberá tomar el tren para Philadelphia. Y no tenga ningún cuidado. En el momento en que aparezca, mis hombres se harán cargo de él.

—Es... ¿necesario? —preguntó ella, casi sin voz.

—Sí, lo siento. Su trabajo, señorita Myers, tendrá la recompensa de saber que ha borrado su pasada inconsciente culpa. ¿Nos

ayudará?

—Sí señor. Lo haré.

—Brava muchacha. Mi subordinado Ehremberg estará constantemente cerca de usted. El impedirá que nada desagradable pueda ocurrirle.



NINO:

¿SABES QUIEN ES **BILL BOY**?

BILL BOY es hijo de un «gangster» protegido de un valeroso Agente Especial del **F. B. I.**

BILL BOY es un muchacho valiente, ejemplo de la juventud.

Conócelo en
AVENTURAS DEL F. B. I.

IX



L hombre terminó de escribir en su cuadernillo y levantó la cabeza con un gesto satisfecho. Efectivamente, muy satisfecho de sí mismo se sentía.

«Soy único —se dijo—. Sí, único. También yo podría decir como Octavio: “El telón ha caído, he representado bien”, cuando me llegara la hora. Yo he sido el único hombre que ha jugado con ellos y que los ha vencido. Yo».

Se detuvo ante la puerta de Centre Street, dando golpecitos con su bastón sobre las losetas del pavimento. Con una mirada de orgullo, examinó el gris edificio del que le separaban tres gradas.

—¡Ah! —dijo—. Qué cosa más buena. Pensar que ahí dentro están rompiéndose la cabeza miles de personas y que yo, una sola... ¡Ah! —Este «jah!» era todo un poema.

De pronto, entornó los ojos. Tres personas salían en aquel momento por la puerta de la Jefatura de Policía. Tres personas, una de las cuales era una mujer. Y a aquella mujer la conocía él.

—Caramba —murmuró, y se acercó a un coche que había parado en la acera y del que había descendido él mismo hacía un rato para dar aquellos orgullosos paseos ante la Jefatura y escribir en el cuadernito.

Porque en vez de meterse en un coche oficial, lo que hubieran hecho si llevasen detenida a la muchacha, se habían metido en un «taxi». Un «taxi» amarillo que se tragó a los tres.

«Caramba», se dijo para sí mismo, «¿qué juego se trae la Policía con *miss* Myers? Creí que habrían terminado con ella».

Se metió en su coche y siguió al otro, procurando estar medio tapado por la circulación. El «taxi» se dirigió hasta la Estación Pennsylvania, donde se apearon sus ocupantes. El seguidor se encaminó tras ellos, después de cerrar la llave de ignición de su coche.

También distinguió que había varios coches negros, sombríos, parados en diferentes sitios y que algunos hombres se movían con aparente afán de un lado a otro.

—A alguien quieren cazar —dijo el hombre. La joven se había dirigido hacia la máquina mecánica de billeteaje, pero ya iba sola. El hombre lanzó un ligero silbido.

—Una trampa —dijo.

Y él mismo se proveyó de un billete. La máquina era para Philadelphia.

Siempre detrás de la joven, pero procurando pasar por diferentes sitios para no llamar la atención de los policías que sabía estarían vigilando a *miss* Myers, tomó el tren, que empezaba a echar humo en aquel momento, apresurando los latidos de sus hornos.

Wanda Myers, que, pese a las recomendaciones de Ehremberg, no hacía más que mirar a un lado y otro nerviosamente, vió sentarse enfrente de ella a un caballero de mediana edad, más bien alto, y perfectamente vestido, que sostenía en la mano un puro que apagó en cuanto entró en el compartimiento. Se quitó el sombrero y lo dejó sobre sus rodillas.

—Buenas tardes —dijo.

Ella movió la cabeza de arriba abajo, y el caballero sacó un

periódico del bolsillo. Los rasgos de su cara eran muy armoniosos y respiraba salud y serenidad. En aquel momento, un agente, en el que reconoció a uno de los que habían ido con ella, el chofer, pasó, pero esta vez iba vestido con el uniforme de un revisor. Ella, asombrada, lo miró quizá demasiado tiempo, pero Carmetti le hizo una seña brusca. También reconoció a Ehremberg, vestido con una gorra a cuadros. El caballero del periódico se dió cuenta de la maniobra y sonrió detrás del diario. Evidentemente, se estaba divirtiendo.

El tren partió, acelerando la marcha, mientras el hombre leía su periódico y el revisor pasaba monótonamente de un lado a otro, como si esperase el momento oportuno para el control de billetes.

Son muchas las cosas que se pueden pensar en media hora, y media hora tardó el tren en llegar a Plainfield, en Nueva Jersey. Allí se detuvo, resoplando, durante dos minutos. Cuando la joven levantó la cabeza, un negro estaba delante de ella.

—Esto tengo para usted, señorita —dijo. Y le alargó un papel. En el mismo momento, el negro, que iba vestido como los camareros de todos los ferrocarriles de la Unión, se vió cogido por cuatro poderosos brazos.

—Tuerce, moreno —dijo Carmetti, quitándose la gorra rameada de revisor—. Venga eso.

El negro giró enloquecidamente los ojos de un lado a otro, aterrado.

—¿Quién te lo ha dado? —preguntó Ehremberg.

—Un señor. Un señor en el andén —suspiró el moreno apagadamente—. Un señor me lo dió, sí, señor, para que se lo entregase a la señorita.

El papel decía:

«Washington Highs, 2150, Phil»

Nada más.

—El hombre, ¿iba en coche? —preguntó Ehremberg.

—Sí, señor. Pero no era un coche moderno, no, señor, sino uno antiguo.

—El «Mercedes» ese del diablo —dijo Carmetti, echando a correr pasillo adelante.

Un momento después, el teléfono del tren avisaba a la Jefatura

de Nueva Jersey City, y ésta, a su vez, radiaba a todos los coches patrulleros la orden de detención de todos los vehículos marca «Mercedes» que hubiera dentro del Estado, mientras avisaba asimismo a la cercana Philadelphia. No serían muchos.

—Ese tipo ya está en el bote —dijo Carmetti, volviendo junto a su compañero y la joven—. Ya podemos volver a Nueva York, señorita, en cuanto el tren pare en la próxima estación.

—¿Me permite preguntar si ocurre algo de particular? —preguntó el caballero del periódico, levantándose y saludando cortésmente.

—Nada importante —dijo Ehremberg—. Hemos detenido a un ladrón.

—Gracias —respondió el otro.

Y volvió a sumergirse en la lectura del diario.

La captura de Nicolai Nijinski por el
F. B. I.,

no fué ocultada a la Prensa. El nombre era demasiado conocido para ello, y la organización policiaca se apuntó un tanto que fué la envidia de varios Ministerios europeos. Como exilado político, había recibido la acogida de los Estados Unidos, pero había conspirado contra ellos. Cuando lo metieron en la cárcel, sabía que le esperaban, por lo menos, quince años de reclusión penal en Sing-Sing o en Alcatraz.

Aquella misma tarde, el inspector Scarlatti, que había recibido por teléfono un mensaje de felicitación que le hizo esponjarse porque procedía del hombre que posee la mascarilla de Dillinger, recibió un mensaje, que le amargó el triunfo.

Estaba en su casa y miraba cómo su mujer se afanaba, inútilmente, pensaba, en tejer un jersey, que luego él se negaría a ponerse, cuando el teléfono sonó con insistencia.

—Contesta tú, querida, y di que no estoy en casa. Que me he ido a Florida a descansar.

Ella cogió el teléfono y, de pronto, lo miró. Una especie de tensión eléctrica se estableció entre ambos, porque hacía ya muchos años que vivían juntos y se conocían perfectamente. Algo ocurría.

Se acercó y cogió el aparato. Al instante supo que su mujer no se

había equivocado, aun cuando no había oído jamás la voz de mister «Equis».

—Buenas tardes, mister Scarlatti. Quisiera comunicarle una cosa.

Nick Scarlatti se había acostumbrado a no interrumpir a «Equis» con demandas de que estableciese de una vez su identidad. Sabía que sería completamente inútil hacerlo, por lo que esperó a que el otro quisiera seguir hablando.

—Mister Scarlatti, voy a darle una mala noticia. Es decir, mala para su orgullo, aunque muy buena para mí. Yo estaba presente en el momento en que detuvieron (según los periódicos) al tristemente célebre capitán Nicolai Nij inski, o Kikolas Nikinspoulos, como se llamaba cuando yo oí hablar de él en Grecia, hace ya muchos años.

Scarlatti sintió que el rubor le quemaba la cara.

—Está usted mintiendo, mister «Equis» —dijo de una manera insultante ante lo que creía ser una broma pesada.

—No, inspector. No estoy mintiendo, aun cuando usted quiera creerlo así, para calmar su orgullo. Pregunte a sus hombres y a la muchacha que sirvió de anzuelo (estoy seguro de ello aun cuando nada dicen los periódicos. Lo comprendo, por razones de discreción, ¡pobre muchacha!). Pero pregúntele, mi estimado aun cuando no demasiado inteligente amigo. Pregúntele y sabrá que un caballero leía un periódico y que preguntó qué pasaba cuando el negro entregó la carta. Yo era el caballero. Estuve separado de sus subordinados solamente por la escasa cantidad de espacio de una media yarda. ¿Qué le parece, inspector?

—Nada —respondió adustamente Scarlatti—. Creo que dice la verdad.

—Bien, inspector; no quiero lastimar demasiado su orgullo profesional, muy razonable, por otra parte. Voy a pasar a hablarle de un asunto que nos interesa de sobra a los dos.

Scarlatti calló un momento. El otro preguntó:

—¿Está usted ahí, inspector? —Al oír la afirmación, prosiguió—: La cosa es ésta: depositará usted la cantidad de cincuenta mil dólares de la manera acostumbrada (sin truquitos, inspector), en las señas que le daré mañana. Inmediatamente le diré el sitio y la hora exactos en que una cuadrilla, de hombres decididos piensan robar el correo de la nación. ¿Acaso no lo vale?

Scarlatti frunció las cejas como recordando algo. Luego, para evitar que el otro repitiera, dijo:

—Sí, lo vale, míster «Equis», aun cuando tasa usted demasiado alto sus servicios, especialmente teniendo en cuenta que el dinero no aparece siempre completo en sus informaciones.

—¿Qué quiere decir, míster Scarlatti? —preguntó la voz.

Y el inspector del

F. B. I.,

se dió cuenta de que el otro había abandonado su guardia por un momento, porque su voz sufrió una ligera variación. Algo así como si hubiera separado el pañuelo que debía tener constantemente ante la boca.

—Que los botines nunca han aparecido completos. Míster «Equis», ¿qué ha hecho usted de lo que faltaba en diferentes ocasiones? Supongo que, convertido en dinero contante y sonante, reposará en algún Banco de América del Sur, ¿no es así?

Hubo un largo silencio.

—¿Le interesa mi proposición, míster Scarlatti? —preguntó la voz, volviendo a su suavidad anterior—. Debo decirle que solamente tengo el dinero que ustedes me han pagado, como lo habría hecho a cualquier otro confidente. Nada más. Las drogas reposan en el fondo del río, en algún sitio que ignoro, y el dinero, los ladrones sabrán de él. Se lo aseguro.

Parecía muy ansioso de que se le creyera, pero Scarlatti estaba demasiado contento para contradecirle.

—Está bien, míster «Equis», lo creo. Tendrá usted el dinero mañana mismo.

—Gracias, míster Scarlatti.

Y ambos cortaron al mismo tiempo.

Scarlatti no perdió el tiempo.

—Mi sombrero —exigió, mientras se ponía rápidamente la chaqueta—. Dentro de un par de horas tenme una maleta preparada con lo más necesario, porque seguramente tendré que ir a Washington.

—¡Qué humos! —opinó su mujer, dirigiéndose hacia el trastero—. ¿No vas a cenar?

—No, prepáramelo todo inmediatamente.

Y cogiendo el sombrero, salió como una exhalación. *Mistress*

Scarlatti conocía a su marido. Sabía que dentro de poco tiempo, alguien tendría que sentirlo, ya que era un hombre que raramente perdía la calma, pero cuando la perdía... Bueno; alguien lo pagaba.

Scarlatti tomó un «taxi» y penetró en su despacho de Centre Street como una tromba.

—¿Dónde está Ehremberg? —preguntó a Carmetti, que se hallaba de guardia.

—Paseando con esa chica Myers —dijo el italiano—. Yo creo que nuestro apuesto Apolo ha caído ya de su pedestal inalcanzable —opinó.

—Guárdate tus observaciones impertinentes y búscalo por todas partes. Y a la chica Myers, también. Ténmelos aquí dentro de un cuarto de hora o...

—¿Cómo quiere que en un cuarto de hora...? —protestó Carmetti.

Pero al ver la cara de su superior no siguió. Salió corriendo.

Scarlatti se dejó caer en un sillón y dió un suspiro de satisfacción.

—¡Gracias, Dios mío! —dijo—. Al fin voy a poder dormir a gusto.

No un cuarto de hora, pero sí media hora después, tenía a los tres delante de él.

—Muchachos y *miss* Myers —dijo, con cierta pomposidad—: los necesito como quizá jamás he necesitado a nadie. ¿Verdad que no defraudarán al viejo Scarlatti? Ustedes vieron a un hombre en el compartimiento del ferrocarril en que viajaba *miss* Myers cuando detuvimos a Nijinski, ¿no es así?

—Sí —dijo la joven.

Los hombres asintieron con la cabeza.

—Pues, estaban ustedes delante de míster «Equis». Me lo acaba de decir por teléfono.

Los tres abrieron la boca asombrados. La muchacha, porque jamás había oído hablar de míster «Equis», y los dos detectives, porque la sorpresa no les dejó por el momento ni respirar.

—No puede... ser —dijo penosamente Ehremberg.

—¿Por qué no? —preguntó Scarlatti, con suavidad—. ¿Por qué no puede ser, míster Josuah Ehremberg? Encuéntreme usted una razón que abone semejante afirmación y me callaré.

No había nada más que decir y tanto Ehremberg como Carmetti lo sabían. El primero se limitó a decir:

—¿Bien, señor?

—Miren, hijos, no les voy a reprochar el que no se dieran cuenta. Yo habría obrado exactamente lo mismo que ustedes en su caso. Por ahora se trata de algo más importante. Ustedes tres han visto cara a cara al más grande de todos los ladrones —sí, digo ladrones, a pesar de los servicios que nos ha prestado— de nuestro tiempo. Al hombre que no vacila en traicionar a sus compañeros de fechorías para encima obrar por nuestra cuenta. A ese hombre. Señorita Myers, más tarde sabrá usted algo más de este hombre. Pues bien, ustedes tres lo han visto y tienen que describírmelo. ¿Sabe usted dibujar, *miss* Myers?

—No —contestó ella, sorprendida.

—No. Bueno, ya sé que ninguno de ustedes. Pero, aquí es donde *míster «Equis»* ha fallado. Ha confiado demasiado en su inteligencia y no se ha dado cuenta de que el

F. B. I.,

tiene el brazo muy largo. Señores, dentro de media hora salimos en un avión para Washington.

El luminoso sol de la mañana penetraba por el amplio ventanal iluminando la cara de los cuatro hombres y la mujer que se encontraban en el despacho. Carmetti, Ehremberg y Scarlatti miraban fijamente al hombre robusto, de mandíbula cuadrada que se encontraba de espaldas a la ventana. Tenía una voz poderosa, pero de bajo tono, con la que acababa de dar dos órdenes por un dictáfono.

—Les deseo suerte —dijo por fin, volviéndose hacia ellos—. Scarlatti, siempre he confiado en usted.

—No faltaré, señor; así lo espero —declaró Scarlatti un poco emocionado—. Confío en que cogeré a ese hombre dentro de poco, con muy poca ayuda que me puedan prestar mis agentes y la señorita Myers, la que, por otra parte, nos ha prestado en la detención de Nijinski un servicio que borra toda culpa anterior.

—Lo sé —declaró el hombre corpulento, dirigiendo una mirada a la joven—. Lo sé. La señorita Myers gozará de nuestra, protección. Vaya y arrégleme ese asunto, Scarlatti. No me importa darle dinero

a un confidente, pero no pienso seguir dándoselo a un ladrón.

Cuando salieron del despacho, Scarlatti los condujo sin vacilar por una serie de corredores en los que había indicaciones de luz fluorescente para por la noche, hasta un grupo de habitaciones, una de las cuales, la primera, estaba ocupada por varios jóvenes que trabajaban en mangas de camisa, cada uno inclinado sobre un tablero de dibujo. Las paredes, menos en los sitios en que se abrían las ventanas, estaban llenas de archivadores hasta el techo. Uno de los jóvenes se adelantó hacia ellos y estrechó la mano de Scarlatti.

—Les presento al Inspector Marvin —dijo este último—. El nos sacará de apuros, probablemente.

—Tengo una botella mágica con toda clase de soluciones para toda clase de conflictos —declaró el otro, sonriendo—. ¿De qué se trata esta vez, viejo?

—Tengo aquí tres personas que vieron a un individuo —dijo Scarlatti, señalando a sus acompañantes—. Pero no tengo al individuo y quiero tenerlo. Dos de ellos han pasado por las pruebas de reconocimiento nuestras en Quántico, pero el tercero, la señorita Myers, deberá fiarse de una memoria no demasiado desarrollada.

—Nadie me pidió mi opinión —dijo Wanda, sonriendo por primera vez desde que Ehremberg la conocía—. Pero si se trata de memoria, puedo decirles que en el colegio dibujaba los mejores mapas de memoria que salieron de él. Algunos de ellos aún se conservan en las exposiciones perpetuas del colegio.

Scarlatti lanzó un suspiro de alivio mientras sus dos subalternos sonreían.

—Bien, *miss* Myers, va a resultar usted un auxiliar precioso. Bueno; el inspector Marvin les irá preguntando y ustedes contestarán a sus preguntas, procurando que las respuestas sean lo más acertadas posibles. Ustedes, Carmetti y Ehremberg ya conocen esto. Adelante.

El inspector Marvin hizo señas a uno de los jóvenes, el cual se levantó y se acercó hasta donde estaban ellos.

—El agente Rosellini —dijo Marvin, escuetamente—. Empecemos.

Y bajo la mirada aprobadora de Scarlatti empezó el interrogatorio.

—Imaginen ustedes —los miró con atención— que están viendo

a aquel hombre de perfil. Lo vieron así, ¿no es cierto?

La joven inclinó la cabeza en señal afirmativa y los dos agentes la imitaron en silencio.

—Bien, pues imagínenselo. ¿Pelo?

—Castaño —dijo Ehremberg.

—Un poco más claro que lo normal —añadió Carmetti, con rapidez.

—Tenía grandes entradas en las sienes y el pelo le crecía con una especie de triángulo en la frente. Como un pico que descendía hacia el entrecejo —añadió la muchacha, mientras los agentes la miraban aprobadores.

El agente Rosellini había empezado su trabajo.

Sobre un papel espeso, muy blanco, estaba dibujando. Alzó la cabeza.

—¿Rizado? —preguntó.

Los tres negaron al mismo tiempo.

Rosellini trazó una línea curva que no acababa en la parte de detrás. De ella empezó a partir el pico de que hablara la joven.

—Nariz —dijo Marvin.

—Recta, de punta fina —dijo Ehremberg.

—Más bien larga, sin ningún rasgo clásico —intervino la joven.

—Frente. —Marvin hablaba de nuevo.

—Redondeada ligeramente. Eso era lo que impedía que la nariz fuese clásica —dijo el judío.

—Ojos.

—Castaños, ligeramente rasgados, hacia las comisuras.

—Me pareció que su córnea era muy blanca —dijo *miss* Myers, que estaba resultando insustituible.

Cuando llegaron a la boca, hubo la primera divergencia de opiniones. Wanda sólo había visto al hombre sonriendo, mientras que los dos detectives lo vieron hablar seriamente. La joven opinaba que era carnosa y los otros dos que era más bien fina. Pero aquello acabó pronto.

Rosellini se levantó y cogió un par de gruesos volúmenes, con los que volvió a la mesa. Abrió uno de ellos y les enseñó un dibujo.

—Vean —dijo—. Por las señas que hasta ahora me han dado, solamente puede corresponderle esta boca. Miren las dos formas.

Los tres se inclinaron sobre el dibujo y lo examinaron. Un

momento después se miraban sonriendo.

—No hay motivo para discutir —dijo Carmetti—. Ésa es la boca que yo vi.

—Y la mía —remachó la joven—, ésta. Conformes.

El interrogatorio continuó durante media hora, pero ninguno de ellos parecía cansarse en el apasionante juego de la búsqueda de detalles. Sobre el papel blanco iba apareciendo un dibujo incompleto aún, hasta que Rosellini le agregó la curva occipital y tiró un esbozo del cuello.

—¿Era éste el hombre? —preguntó, cuando hubo acabado.

Hasta entonces no había dejado que los testigos vieran su obra.

Los tres lo miraron y una expresión de desencanto apareció en la cara de *miss* Myers.

—No... —dijo, un poco decepcionada—. No era así...

Ehremberg le puso la mano en el hombro protectoramente.

—No, claro que no; pero ya verá cómo acaba por ser cómo él. No se impaciente, porque Rosellini sabe trabajar.

El nombrado sonrió.

—Dígame por qué no es el mismo hombre, *miss* Myers —pidió.

—Aquél tenía la nariz más... aguda en la punta.

Rosellini borró ligeramente la nariz y la trazó cómo pedía la muchacha.

—Ninguno de ustedes mire todavía —pidió, dirigiéndose a los dos detectives—. ¿Qué más, señorita Myers?

—La barbilla. Esta barbilla... es quizá un poco débil. La de él era enérgica, sin ser cuadrada. No sé si usted me entenderá.

—Perfectamente —ojeó un momento el libro y dibujó con rapidez otra barbilla.

Siguiendo las instrucciones de la joven, corrigió la cabeza y le alargó más el pelo en el pico sobre la frente.

Cuando acabó, la joven había recobrado en gran parte su optimismo.

—Ahora está bastante más parecido —dijo—, aun cuando continúa no siendo el mismo.

Les tocó el turno a los dos agentes, uno por uno. Con rapidez y competencia profesional, ambos encontraron en seguida los errores y éstos fueron subsanados con no menos rapidez. Cuando, después de coloreado a pincel, Rosellini levantó el papel para que lo vieran,

la joven Wanda Myers lanzó un suspiro de asombro.

—Se le parece mucho —dijo, aturdida—. Mucho.

Pero Scarlatti ya estaba en acción.

—Gracias, Marvin. Por ahora no te doy más la lata a ti ni a los tuyos. Me voy al departamento de identificación. Va a ser un trabajo duro, pero vale la pena.

En Washington, la primavera había llegado como un estallido y era un placer pasear por sus calles amplias y soleadas y por sus parques y jardines. Wanda Myers conoció la dicha de, sin tener que asistir a su rutinario trabajo, pasear y pasear, sin hacer otra cosa que pasear, mientras docenas de empleados compulsaban miles de fichas, tratando de encontrar la fotografía de un hombre que respondiese al dibujo que Rosellini trazó. Según las características generales del rostro, así están divididos en secciones las diversas secciones de identificación. Es inútil buscar en todas las fichas de un archivo, si el individuo en cuestión tiene la barbilla cuadrada. Para eso está una sección de mentones de ese tipo. Y en cada una de las secciones que correspondían a las señas personales de «Equis» estaban trabajando unos cuantos funcionarios.

Pero Ehremberg disponía de horas libres, ya que aquél no era su trabajo, y las aprovechaba todas para enseñarle la ciudad. Poco a poco fué desapareciendo del rostro de la joven aquella expresión de intensa desesperación que tuviera cuando la conoció, y el mismo Josuah se admiraba al ver la transformación sufrida.

Al cabo de dos días, el departamento de Identificación de Fotografías anunció que mister «Equis» no estaba fichado en el F. B. I.

La estancia, pues, de ellos en Washington era inútil ya, porque solamente quedaba un recurso.

Tomaron el primer avión para Nueva York y llegaron a esta ciudad en la mañana del lunes. En el despacho de Scarlatti había un mensaje de mister «Equis», pero esta vez el inspector no sintió aquella rabia sorda que le invadía cuando veía la escritura a máquina del confidente.

«Me extraña en gran manera, inspector, su retraso en poner a mi disposición el dinero que, según acordamos, me abonaría usted. O el F B. I., para ser

más exactos. Le llamé hace dos días para decirle el sitio y la hora en que me había de entregar el dinero. ¿Qué ha ocurrido? Le dije que ningún truco, porque ya sabe que no puede usted luchar conmigo. No me negará usted que sería una lástima el que robasen dos o tres millones de dólares del erario público por ahorrarse la insignificante cantidad de cincuenta mil. ¿Ha olvidado ya que se asaltará, en fecha próxima, al correo de los Estados Unidos? Espero que no.

»Inspector: espero esos cincuenta mil dólares sin falta, pasado mañana. Se entregarán de la manera siguiente: usted se los dará, en un paquete (bueno, usted o cualquiera de sus hombres), a un muchachuelo cualquiera de los miles que golfear en la calle Siete, cerca de la Tercera Avenida (ya se acordará, inspector, mi antiguo domicilio) y le dirá que lo lleve a un bar situado en la misma calle, en el número 235. Que se meta en el reservado y que lo deje allí, en el suelo. Yo mismo, en persona, pasaré a recogerlo. Buena ocasión para mostrar su inteligencia, ¿eh, inspector? Le doy mi palabra de que yo mismo pasaré a recogerlo, ante las mismas narices de sus hombres, si es que se le ocurre ponerlos a vigilar. Pero si lo hace, míster Scarlatti, además de quedarme con el dinero, no les diré cuándo será el robo.

»Soy su más seguro servidor y admirador».

Scarlatti llamó a Ehremberg y le enseñó la carta (Toyers estaba fuera de Nueva York). El judío lanzó un silbido.

—Ya tiene agallas, ya —opinó—. Claro que él no sabe que conocemos su filiación.

—No, no lo sabe, aun cuando no va a tardar mucho en enterarse. ¿Trae usted las copias?

Ehremberg sacó un montón de fotografías de su bolsillo y se las enseñó.

—Bien. Hágalas distribuir entre «todos» nuestros confidentes. Hoy mismo. Creo que se va acercando el fin de míster «Equis», querido Josuah.

NINO:

Ahora estás a tiempo de coleccionar

AVENTURAS DEL F. B. I.

MAGNIFICOS Y VALIOSOS REGALOS!

X



L chiquillo jugueteaba con los pies desnudos metidos en un arroyo. Era un irlandesco de rojo pelo y facciones que casi desaparecían bajo una espesa capa de pecas y mugre, a partes iguales. No metía los pies en el agua para limpiárselos, sino para ensuciárselos un poco más y no tener que ir al colegio, ya que el agua estaba fangosa.

Alzó la cabeza y vió delante de él a un hombre alto, vestido con demasiada elegancia para aquel barrio. Eso equivalía a decir que se le podía manchar el traje con una buena pella de barro o escupirle por detrás en el traje o cualquier cosa de éstas, pero el caballero era digno de todos los respetos: Llevaba un dólar en la mano.

—Hala —dijo el hombre.

El chico se calló sin dejar de mirar el dólar.

—¿Quieres ganarte esto?

—¿A quién hay que matar? —preguntó el chico como había oído decir muchas veces a su padre, sin saber siquiera lo que decía.

—Llegarán unos caballeros dentro de un momento. Buscarán un chico y le darán un paquete. Procura ser tú ese chico y además de este dólar te daré... diez más. ¿Vale?

Los ojos del chico podían hacer competencia a las estrellas.

—Sí, milord —dijo.

—Pero si eligen a otro chico, ¿qué harás?

Brillaron aún más los ojos, pero esta vez peligrosamente.

—Le daré una paliza, milord, y le quitaré el paquete. Soy Mike Shanon, el más fuerte de todos.

—Bien, ¿conoces el bar de Tim?

—Claro, milord —el pequeño Mike no sabía llamar de otra manera a quien prometía diez dólares. Pero quizá hubiera sido muy feliz su padre si hubiera sabido que su chico estaba hablando con el hombre que una noche lo golpeó.

—Llevarás allí el paquete. Seguramente, aquellos hombres te seguirán. Te metes a toda prisa en el excusado y... ¿conoces el excusado del bar de Tim?

—Claro, milord. Tiene una buena ventana.

—Pues saltas por la ventana y estarás en el patio de *mistress* Moore. La puerta de ésta estará abierta y tú, siempre con el paquete, echarás a correr pasillo adelante. No habrá nadie en la casa. Cuando llegues a la calle, continúas, la atraviesas y entras en la casa de míster Flannagan. Haces lo mismo y en la calle Nueve estaré yo esperando. ¿Entendido?

—Claro, milord. Descuide, milord, que yo llevaré el paquete.

Uno a uno, Scarlatti, Carmetti y Ehremberg fueron tomando sus posiciones. Lo más probable, pensaba amargamente el inspector del F. B. I.,

era que míster «Equis» estuviese al tanto y que reconociese a alguno de ellos, pero tampoco podía arriesgarse a perder los cincuenta mil dólares. Su propio puesto estaba en una casa de la calle Siete, en la que había un confidente, que le había dejado pasar la noche anterior. Él había dormido allí. Lo mismo habían hecho Carmetti y Ehremberg, pero éstos habían tomado habitaciones en un hotel. El

teléfono, al lado de Scarlatti, le recordaba a éste constantemente que las fotografías sacadas del dibujo de Rosellini habían sido ya distribuidas entre todos los confidentes neoyorquinos y que quizá alguno de éstos llamase para decir que conocía a «Equis».

Porque no se adquiere el conocimiento del hampa que tenía éste viviendo en un barrio burgués. Aquel hombre estaba constantemente en contacto con los bajos fondos. Y estos bajos fondos eran los que cubrían esos hombres anónimos que son los brazos y piernas de las Policías de todo el mundo.

Las diez, las doce de la mañana. Mediodía. Ahora era la ocasión. Sacó su pañuelo y lo agitó delante de la ventana como si se estuviera limpiando el sudor. Al instante, un hombre de paisano salió de la taberna de Mitchell y miró a varios lados de la calle.

Unos cuantos chiquillos harapientos que zancajeaban en el arroyo, lo miraron indiferentes, excepto uno de ellos, un pelirrojo, que se le acercó como si estuviera hipnotizado por su traje.

—¿Quién quiere ganar? —empezó el hombre.

El pequeño Mike Shanon miró a su alrededor con aires de perdonavidas y los demás chicos no se movieron de su sitio.

—Yo, amigo, quiero ganarme cinco centavos —dijo disciplente.

—Medio dólar te vas a ganar si llevas este paquete donde yo te diga —dijo el hombre cogiéndolo del brazo—. Ven —y le dió rápidamente unas instrucciones. Mike asintió con la cabeza, cogió el paquete y desapareció rápidamente calle arriba.

Desde la mañana, había un hombre borracho como una cuba en la taberna de Tim

O'Flaherty,

pero como era un inconfundible hijo de la verde Erin, los sentimientos patrióticos de los irlandeses estaban a salvo. ¡Ah, si hubiese sido un estúpido alemán o un puerco judío, otra cosa hubiera sido! Pero un irlandés es otra cosa. Hay que ayudarlo cuando ha bebido. Parecía un chico de clase media que había corrido la juerga a gusto aquella noche. Además, ya había invitado a un par de rondas.

Pero ninguno de los clientes de Tim

O'Flaherty

había caído en la cuenta de que, de los diecinueve mil policías que hay en Nueva York, casi nueve mil son descendientes de belicosos

hijos de la citada verde Erin, y que en el

F. B. I.,

tampoco escaseaban estos bravos servidores de la Ley. Claro que tampoco le hubieran pegado si era un policía, pero a nadie le gusta beber si hay un «poli» cerca.

Cuando el pequeño Mike Shanon entró en la taberna, su padre, que estaba trasegando un gigantesco jarro de buena cerveza, lo miró de través.

—Vete y dile a tu madre que me prepare la comida —dijo—. ¡Hala, rápido!

—Voy, Dad —y se metió hacia los fondos, en busca del retrete.

El irlandés borracho se separó del mostrador trabajosamente y se dirigió al mismo sitio, sin que a nadie le llamase la atención. El que bebe...

Pero apenas desapareció de la vista de los otros, el agente del F. B. I.,

se lanzó rápidamente por el pasillo, oyendo los pasos del chico que corría delante de él. Lo vio cómo desaparecía por la puerta y apretó la marcha.

Pero no había contado con la ligereza de un golfillo, tanto si es irlandés como si ha nacido en el Soho. Cuando penetró en el excusado, se encontró con que el chico había saltado ya por la ventana, corría por un patio y se metía en el portal de enfrente.

Con un suspiro de intensa desesperación, el agente se dió cuenta de que mister «Equis» había jugado con ellos. Solamente un chico cabía por aquella ventana. Sus anchos hombros jamás pasarían hasta el patio.

Nada a hacer. Dió media vuelta y salió corriendo hasta la taberna, mientras pensaba que quizá aún no fuese demasiado tarde. En el momento en que llegaba a la calle, divisó la alta figura del inspector Scarlatti, que atravesaba la calzada.

Alzó las manos con un gesto de desesperación.

—A la calle Ocho, inspector. El chico ha escapado por una ventana demasiado estrecha para un hombre.

Un coche negro, silencioso, se detuvo junto a ellos. En su parte superior se veía la alargada antena de la radio.

—A la calle Ocho —dijo Scarlatti.

De los varios portales habían ido saliendo agentes y policías, y el

reducto irlandés se hallaba en plena ebullición. Míster Michael Shanon «sénior» daba unas voces desaforadas, asegurando que mataría a media Nueva York si a su retoño le ocurría alguna cosa, y dos policías le tuvieron que sujetar cuando quería apalear a alguien, a quien fuese.

Pero la calle Ocho no les reveló nada en absoluto. El pequeño había desaparecido como si se lo hubiese tragado la tierra. No apareció hasta media hora más tarde, con la boca llena de caramelos y paseando por la calle con las manos en los bolsillos como un potentado. Al instante, diez policías le echaron mano, lo cogieron en volandas pese a su desesperado pataleo y lo llevaron ante el inspector Scarlatti.

Éste tenía el ceño convenientemente fruncido, a pesar de hacerle mucha gracia la desenvoltura del chiquillo.

—Te voy a meter en la cárcel —le dijo sin preámbulos—. ¿Sabes que has engañado a la Policía? —añadió iracundo.

—Yo... —El chico se tragó de golpe toda su facundia, muy asustado, y miró a su alrededor en busca de su padre—. Yo... no he hecho nada.

—Engañar a la Policía. Hala, a la cárcel con él. A no ser que me digas a quién entregaste el paquete.

—A un señor que me dió... diez dólares, señor. Le juro que yo no sabía que la «Poli»..., digo la Policía, tenía que meterse en esto, señor, se lo juro por todos los santos.

—Bien... ¡Hum...! Te creo. ¿Le entregaste el paquete a este hombre? —Y le enseñó una de las fotografías sacadas del dibujo. El chico lo miró y movió la cabeza afirmativamente.

—Sí, señor; le juro a usted por los santos que era ése.

Scarlatti sintió que le invadía el gozo.

—Está bien, chico; pero no vuelvas a hacer encargos sin consultar al policía de la calle. Vete a comer.

Scarlatti dió la vuelta y se dirigió hacia el coche patrullero. Pero antes de que pudiera llegar hasta él, el chofer asomó la cabeza por la ventanilla.

—¡Inspector Scarlatti! —llamó—. Hay algo para usted.

Nick, seguido por sus subordinados, se dirigió hacia el coche más rápidamente. El policía de los auriculares estaba escribiendo con rapidez en su agenda.

—Ha llamado a Centre un hombre llamado Popescu —fué diciendo—. Dice que al

F. B. I.,

le interesarla pasarse por el gimnasio de Trotter, en la Ciento Sesenta. Es algo relacionado con un retrato.

—¡Qué! —aulló Scarlatti, casi rompiéndose la cabeza por meterse en el interior del coche—. ¡Aprisa, hijos, por vuestra vida! ¡Que no nos sigan los otros coches, pero avisen a los patrulleros de cerca de la Ciento Sesenta de que estén prestos a intervenir! ¡Vamos!

El coche, sin la sirena, cargado con los cuatro agentes del

F. B. I.:

Ehremberg, Carmetti, Scarlatti y el irlandés, enfiló rápidamente la Tercera Avenida y se dirigió con velocidad creciente hacia el Norte.

Scarlatti se limpió el sudor de la frente.

—¡Cielos! —dijo—. Si es verdad que hoy cazamos a «Equis» les pago a ustedes una comida. O los invito a mi casa. Es ya una cuestión personal en mí el acabar con ese hombre. Quiero verle en la cárcel, porque ha sido el tío más listo con el que me he enfrentado, y el tener a tíos tan listos sueltos es una amenaza de que puedan tener discípulos. Por la tranquilidad de la nación, en primer lugar, y por la mía, en segundo lugar, Quiero verle a través de barrotes.

El coche atravesó Central Park para evitar las congestiones de tráfico de la Quinta Avenida, mientras uno de los policías de uniforme hojeaba una guía.

—El gimnasio de Trotter está en el Quinientos veintiuno de la Ciento Sesenta Este, señor.

—Está bien. Pare cerca, pero no delante. El coche no tiene demasiado camuflaje, que digamos.

Por fin llegaron a la calle Ciento Sesenta.

Cuando se apeaban del coche, Scarlatti dijo:

—Ustedes —a los dos policías de uniforme— se quedan aquí, dispuestos para intervenir. Y vosotros —añadió, volviéndose a sus agentes—, aun cuando veáis a «Equis» y lo reconozcáis por la fotografía, no deis ninguna muestra de haberlo reconocido. Tened en cuenta que él no sabe que tenemos un retrato de él. Este fué el único fallo de uno de los mejores ladrones que ha habido jamás. El

sentir la vanidad de hacerme saber que había estado tan cerca de mis colaboradores.

Vamos.

La puerta del gimnasio estaba abierta y había un negro de portero. No les hizo ninguna pregunta, pero sus ojos los siguieron cuando ascendieron la escalera. Los del

F. B. I.,

no son policías corrientes a los que el hábito de mando les da un porte inconfundible. Un agente del F. B. I. puede parecerse lo mismo a un boxeador que a un contable o a un chico de la buena sociedad. Ninguno de aquellos cuatro hombres tenía aspecto de policía, pero el negro era bastante suspicaz. Además, vio a un número desacostumbrado de agentes de uniforme. Esto empezaba a preocuparle.

El primer piso estaba dedicado a gimnasio. El segundo, a sala de boxeo, y el tercero, a prácticas de «judo». Este último era el más concurrido, porque un japonés bajito y no demasiado grueso, que llevaba enrollada en la cintura la faja verde del segundo año, le estaba dando una buena paliza a un americano alto y fuerte.

Al mismo lado de la pista había un hombre alto, bien vestido, con un puro en la mano. Scarlatti sintió que su corazón latía violentamente. Sin ser de un parecido exacto con el dibujo de Bosellini, «aquel hombre era inconfundible». Se hallaban en presencia de míster «Equis».

—¿Quién es Trotter? —preguntó Scarlatti a uno de los que se hallaban rodeando la pista.

El hombre señaló con el pulgar hacia el del puro. Éste se había vuelto perezosamente hacia ellos, pero al instante desapareció toda su pereza. No es que cambiase de expresión, sino que se tornó más atento. Luego se volvió de nuevo hacia el cuadrilátero y siguió mirando hacia los luchadores.

—Usted en la puerta —dijo Scarlatti a Ehremberg—, y no deje salir a nadie. Tú, Carmetti, prepárate para tocar el silbato en la ventana. Voy a hablar dos palabras con míster «Equis».

Con paso cuidado, serios, decididos, los cuatro hombres fueron tomando sus posiciones entre la indiferencia general de los espectadores. Sólo uno de ellos se había apercebido de la maniobra, pero antes de que pudiese pensar siquiera en lo que iba a hacer,

Scarlatti estaba a su lado.

—«Finis», míster «Equis» —dijo con voz serena—. Me alegro de conocerlo.

El hombre se volvió, asombrado.

—¿Cómo dice? —preguntó.

—Dije: «Finis», míster «Equis». ¿Quiere usted seguirme sin necesidad de escándalos?, o prefiere...

Algo duro se apoyó en la espalda de Scarlatti.

—Arriba las zarpas, amigo —le dijo una voz al oído—. No te muevas.

Pero sólo era un gorila, y los otros, cuatro. El agente irlandés le dió un golpe en la cabeza con la pistola que acababa de sacar del bolsillo y Ehremberg gritó fuertemente. Al instante, el silbato de Carmetti empezó a llenar de ruido la habitación. Varios le contestaron desde la calle y se oyó el pataleo de numerosas botas claveteadas que ascendían la escalera.

—Míster «Equis» —dijo Scarlatti, apartándose a un lado para cubrir a los espectadores, entre los que habría, probablemente, algún cómplice más que el que le había amenazado—, ¿prefiere jaleo o prefiere que no se derrame sangre? No creo que sea usted de los tipos a los que les gusta derramarla. Conteste, «Equis»..., o Trotter, como guste.

En la cara redondeada de Trotter brilló por un momento una sonrisa.

—¿Cuántos años? —preguntó.

—No puedo saberlo, pero no creo que suban de diez o quince años. Siendo bueno...

—Dice usted bien, mister Scarlatti. Prefiero que no se derrame sangre. Me gusta luchar con las armas de la inteligencia. ¿Cómo me encontró?

—Método de investigación e identificación por facciones —dijo Scarlatti—. Jamás debió usted decirme que mis hombres habían estado cerca de usted. Ellos y *miss* Myers lo recordaron rasgo por rasgo. Mire —y le enseñó una de las fotografías sacadas del dibujo de Rosellini—. ¿Es exacto?

Una expresión perpleja apareció en los ojos de mister «Equis», al que en este momento le estaba Carmetti colocando unas esposas.

—Pero... —dijo—. Si yo llevaba ese día un bigote. Siempre me

lo pongo cuando viajo. Mírelo —y sacó un bigotito del bolsillo. Con rapidez, se lo adhirió al labio superior. Scarlatti se volvió hacia sus hombres.

—¿Cómo...? —empezó. Pero se echó a reír al ver la confusión de ambos—. ¿De modo que tres personas ven a un hombre y no advierten que lleva un bigote? Mister «Equis», esto ha terminado en una paradoja. Vea lo difícil que es tratar de engañar a la Policía. Cuando usted quiera, míster «Equis».

FIN

¡TERROR! O. C. TAVIN F. B. I.

¡LA TRILOGIA DEL EXITO!

¡TERROR!

Es el relato más escalofriante que se ha conocido, por la fuerza dramática de sus escenas cuajadas de tensión emotiva. Un agente especial del F. B. I. avanza temerario en las redes de la intriga, con la "German Luger" al frente y con el propósito de morir en el ataque final...

O. C. TAVIN

El magnífico autor que tantos laureles ha cosechado en sus producciones anteriores, nos muestra ahora una nueva faceta de su atrevido estilo literario y de sus ideas siempre crudas y realistas.

¡TERROR!

Se publicará próximamente

♦ ♦ ♦

JOVENES: ¡Los mejores Cuadernos Infantiles!

Aventuras del F. B. I.

NOTAS

[1] Sandy, arena en inglés. (N. del E.). < <

[2] El 4F es el certificado norteamericano de inutilidad total para el Ejército. (N. del B.). < <

[3] Así llaman familiarmente a esas columnas en Estados Unidos en las que se ofrece comprar o vender toda clase de cosas. < <

[4] Para la mejor comprensión del lector español, hay que aclarar que en Inglés, bizco, es *cross-eyed*, y *cross*, significa también cruz. (N. del E). < <

[5] Seguramente que no necesitaremos recordar al lector que en los Estados Unidos, casi no existe a venta de fósforos. Casi todos los establecimientos públicos, especialmente los cafés y bares, los regalan, en sobrecitos de veinte, con un cartelito de propaganda (Nota del Editor). < <